

STAN

IONOMA DE NUEV
NERAL DE BIBLIO



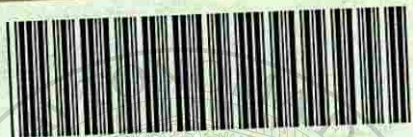
PABLO BAZÁN
OBRAS
Completas

5
CUENTOS
DE MARINEDA

PQ6629

.A7

C68



1020027898



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

RICHARDO GONZÁLEZ DOMÍNGUEZ

OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO V

CUENTOS DE MARINEDA

154

Núm. Clas.	CC
Núm. Autor	D2263m
Núm. Adg.	33686
Procedencia	-8-
Precio	
Fecha	AS
Clasificó	
Catálogo	69

OBRAS DE LA AUTORA

NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.^a edición, un volumen.
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.^a edición, un vol.
LA TRIBUNA, un vol.
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)
UNA CRISTIANA, un vol.
LA PRUEBA, un vol.
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas.)
LOS PAZOS DE ULLOA, 2.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
LA MADRE NATURALEZA, un vol. (3,50 pesetas.)
CUENTOS DE MARINEDA, un tomo (3 pesetas.)

CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.^a edición, dos volúmenes.
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.^a edición, un vol. (3 pesetas.)
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.^a edición, un vol. (5 pesetas.)
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

VIAJES

MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

POESÍA

JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

EN PRENSA

ESTUDIOS LITERARIOS Y POLÉMICAS.

EMILIA PARDO BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.— TOMO V.

CUENTOS

DE

MARINEDA



ADMINISTRACIÓN

calle de S. Bernardo, 37, principal.

MADRID

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

099967

33636

863
P.B.



PA 6629
A7
C68

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTIN AVRIL.—Impr. de la Comp. de Impr. y Lib.
8. Bernardo, 92.—Teléfono núm 3.074.

LA DAMA JOVEN

Aún ardía el quinqué de petróleo, pero ¡con qué tufo tan appestoso y negro! Para alimentar la carbonizada y exprimida mecha quedaban sólo en el fondo del recipiente unas cuantas gotas de aceite mineral, envueltas en impurezas y residuos. La torcida, sedienta, se las chupaba á toda prisa.

Renegando de la luz maldita, subiéndola á cada momento, cual si, á falta de combustible, pudiese mantenerse del aire, las dos hermanas trabajaban con ardor. En medio del silencio de las altas horas nocturnas, se oía distintamente el choque metálico de las tijeras, el rechinar de la aguja picando la seda y tropezando con-

tra el dedal, el crujido de la tela á cada movimiento de la mano. ¡Qué lástima que se apagase el quinqué! Estaban en lo mejor de la faena; mas la luz, que no gastaba miramientos, parpadeó, y con media docena de bufidos y chisporroteos avisó que no tardaría en cerrar su turbia pupila. La hermana menor levantó la cabeza, respirando y escupiendo para soltar una hebra de seda que tenía enredada entre los dientes.

—¡Dolores!

—¿Qué?—murmuró la mayor, sin interrumpir la costura.

—Que nos quedamos á oscuras, chica.

—Si no me das otra noticia...

—Pero es que yo á oscuras no coso.

¿Hay petróleo?

—Ni miaja.

—¿Cabos de vela?

—Tampoco. ¡Echa cabos!

—Pues entonces, ¿qué haces ahí, tonta? A dormir. A mí ya me duele el cuerpo de estar doblada.

Suspiró Dolores, y el quinqué, suspirando también estertorosamente, dió prin-

cipio á su rápida agonía. Apenas tuvieron tiempo las costureras de echar la labor sobre un sofá inmediato, cubriéndola con un lienzo; tal fué de pronta la muerte de aquella angustiada luz. Al quedar en tinieblas, el primer movimiento de las dos muchachas fué soltar la risa. ¿Acertarian con la cama? A tientas, y con las manos extendidas, avanzaron en busca de sus lechos, tropezándose en mitad del camino, lo cual las puso de mejor humor, si cabe.

—Ahora no te equivoques, y por acostarte en la cama te acuestes en el sofá—exclamó Dolores.

—Mujer... lo peor será si pongo en la almohada los piés.

Se percibía ruido de corchetes desabrochados, resbale de sayas, música de enaguas con almidón; siguió la estrepitosa caída del calzado y el gemido de los jergones bajo el peso del cuerpo. De una de las camas salió también un rumor confuso, como de voz que mascullaba muy bajito oraciones diferentes. La otra cama no chistó, dando motivo á una interpelación de la rezadora.

—¡Concha!
 —¿Eh?
 —¿No rezas hoy, ó qué te pasa?
 —Mujer... tengo más gana de dormir que de rezar.

—Vaya, que un credo y una salve no te privarán el sueño.

Concha obedeció, y después del rezo dió varias vueltas en la cama, lo mismo que si alguna inquietud la desvelase. Volvió su hermana á interrogarla. ¿Qué tenía?

—No tengo sueño. Me he despabilado.

—Pues mañana ya sabes que hay que madrugar.

—¡Madrugar! ¿Tú qué hora piensas que es?

—¡Qué sé yo!... ¿Las dos y media?

—Las cuatro, chica. En el reloj de la Intendencia las acabo de oír.

—¡Mujer, estás loca!

—Sí, sí, descuidate... Las cuatro.

—Ea, pues chitito y á dormir.

Callaron ambas; pero la excitación de la afanosa vigilia producía su efecto, y aunque rendidas y deseosas de sueño, no

podían conciliarlo. Era el instante en que se piensa en todo, recordando lo pasado, evocando con terror ó ilusión lo futuro. Mientras los ojos ven en la sombra abrirse un círculo de lívida luz, una especie de foco trémulo y oscilante, verde, violado y amarillo, la imaginación exaltada acumula cuidados y memorias, un tropel de deseos, esperanzas, dolores muertos que renacen, figuras y escenas ya borradas que vuelven á tomar cuerpo al calor de leve fiebre cilla.

Dolores, la mayor, cavilaba. Tenía doce años más que su hermana, y contaba apenas trece cuando quedaron huérfanas. Se veía tan chiquilla aún, calentando el biberón por la mañanita, antes de salir para el taller donde trabajaba, y metiendo el pezón artificial, tibio y blando, en la boca del pobre angelito, para que no llorase. Los domingos era dichosa, porque podía tener en brazos todo el día á la nené. Por fin el rollo de carne con patas echaba á andar, y Dolores, hecha ya una mujer, un tanto relevada de sus tempranas obligaciones maternas, empezaba á dejarse

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

tentar, alguna vez que otra, á ir á los bailes de los Círculos de recreo. En Carnaval asistía á tres seguidos, con flores en el pelo y guantes prestados. Después... un episodio que Dolores no quería recordar, pero cuyos menores detalles tenía grabados, como en bronce, allá en no sé qué rincones del cerebro, donde habita la memoria de las cosas tristes... Unos amoríos breves, la seducción, la deshonra, el desengaño... Historia vulgar y tremenda. La enfermedad trajo de la mano la miseria; el fruto de las entrañas de Dolores, mal nutrido por una leche escasa y pobre, languideció y sucumbió pronto, dejando contagiada á la niña de cuatro años, á Concha, con la horrible tos ferina, tos que arrancaba de sus tiernos pulmones estrías de sangre. No tuvo Dolores tiempo de llorar á su hijo; era preciso cuidar á su hermana, hacerla mudar de aires en seguida... Y no poseía un céntimo, y había empeñado hasta sus botas de salir á la calle y su único mantón. No olvidaría, no, la tarde en que, á cuerpo, tiritando de frío, entró en la iglesia de San Efrén á

rezar una Salve á la Virgen del Amparo. Al lado del camarín clareaba la reja de un confesonario; tras la reja, había un sacerdote. Arrodillada, con inexplicable consuelo, refirió todas sus cuitas. Al otro día la visitaban dos socias de San Vicente de Paúl; al final de la semana le daban bonos de pan, chocolate y carne; de allí á medio mes colocaban á Concha en casa de una lechera que vivía á dos leguas, en una aldehuela sana y alegre; al mes y medio la niña regresaba robustecida, curada de su tos y acostumbrada á comerse una libra de pan de maíz en un cuartillo de leche. Dolores la adoraba; ya no tenía más pensamiento que aquella criatura. Anhelaba borrar lo pasado y proteger á Concha. Aborrecía á los hombres; que no la hablasen de bailes ni de jaleos. Confesábase, primero cada mes, luego cada domingo. Ya no necesitaba el socorro de los paúles, y se había apresurado á decirselo, redimiéndose, no sin cierto vanidoso contentamiento, de una protección que el artesano laborioso juzga siempre humillante, por lo que trasciende á limos-

na. Mas le restaba el auxilio moral, la recomendación de las socias, que jamás la consintió carecer de trabajo. Prefería las casas al taller, porque en las cocinas la permitían dar de comer á Concha, y aun le rogaban que la llevase, enamorados de la hermosura y despejo de la rapaza. Así que ésta fué creciendo y pudo coser también, se hizo preciso mudar de sistema y volver á los talleres; no era fácil que en las casas facilitasen labor á dos modistas á un tiempo, y antes se dejaría Dolores cortar una mano que apartarse una pulgada de su chiquilla, alta ya y formada, tentadora como el fruto que empieza á madurar. ¡Eso sí que no! Para desgraciada bastaba ella; á Concha que no la tocase ni el aire; corría de su cuenta defenderla con dientes y uñas. Todo cuidado era poco en aquella ciudad de Marineda, donde chicos del comercio, calaveras y señoritos ociosos no pensaban más que en seguir la pista á las muchachas guapas. Temía Dolores, en particular, á los señoritos; ¿por qué no se dedicaban á las de su clase? ¡Tanta señorita

sin novio, y las artesanas obsequiadas, perseguidas, cazadas como perdices! Mirando lo que sucedía, era cosa de temblar; ¡cuántas chicas preciosas, que serían buenas si no hubiesen tropezado con un pícaro, y que se veían perdidas, desgraciadas para siempre! Unas, teniendo que mantener dos y tres criaturas; otras, descendiendo poco á poco desde el primer desliz hasta caer en la vida airada... Daba compasión. ¡Y el lujo! Eso, eso era lo que ponía á Dolores fuera de sí. ¡Bailles, chaquetas de terciopelo, disfraces en Carnaval, botitas de á cuatro duros! ¡Muchachas que ganaban una peseta y cinco reales diarios, dígame V.; por Dios, de dónde lo han de sacar! Ya se sabe: teniendo un oficio de día y otro de noche. ¡Malvadas!

No eran tales soliloquios nuevos en Dolores, sino tan antiguos como las inquietudes respecto á su hermana; mas lo curioso del caso fué que, sin que un solo día dejase de hacer semejantes reflexiones, á medida que Concha se desarrollaba y empezaba á celebrarse su lindo palmito,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

4- 1625 MONTERREY, MEXICO

despertábase en la hermana mayor esa vanidad característica de las madres, y á costa de privaciones y escaseces la emperjilaba y componía, para que no quedase por bajo de las demás, y por el delito de mantenerse honrada, no pareciese la puerca Cenicienta. Con este motivo sufrió Dolores alguna fuerte reprimenda de su confesor, jesuíta sagaz, que la decía:—Si tú misma fomentas en la chiquilla la presunción, ¿cómo quieres que no te dé á la hora menos pensada un disgusto? Ponla de hábito, anda. ¿No has aprendido en tu cabeza?

¡De hábito! Dolores lo usaba hacia muchos años, desde su *desgracia*; pero... cubrir con aquella estameña burda el gentil cuerpo de Concha! Prefirió confesarse menos, y se retrajo algo de sus devociones, á fin de no ser reñida por su inocente vanidad maternal. Redobló, eso sí, la vigilancia, y se hizo centinela asiduo, infatigable, siempre alerta. Concha era fácil de guardar: no quería salir sola: á los bailes, á los temibles bailes, prefería el teatro, su única afición. Tomaban dos entradas de cazuela, y la niña, colgada de

la barandilla, gozaba lo indecible. Al regresar á casa, se sabía de memoria trozos de verso, fragmentos de escenas. Semejante gusto no parecía peligroso: mas el diablo la enreda, y he aquí cómo vino á resultar alarmante. Conservaba Dolores una casa, donde cosía desde tiempo inmemorial, y cuya dueña era cuñada del vicepresidente del Casino de Industriales, la sociedad más floreciente y numerosa de Marineda. Acababa esta sociedad de organizar una sección de declamación, dirigida por un ex-actor, y menudeaban en el teatrillo del Casino funciones de aficionados. La parte masculina no estaba del todo mal, ni faltaban aprendices; en cambio las mujeres escaseaban. Al saber las disposiciones dramáticas de Concha, tramóse en casa del vicepresidente un pequeño complot; comprometieron á Dolores, que no pudo desenredarse, y su hermana hubo de tomar parte en algunas piecicillas.

Nuevo disgusto con el confesor, que censuró agriamente la debilidad de Dolores. Esta, bajando la cabeza, reconoció toda su culpa. En efecto, con el tal teatro se

había introducido en la existencia de las dos hermanas un elemento de desorden: setrasnochaba, se pasaban las horas muertas discurrendo trajes y adornos: Concha no pensaba más que en estudiar y ensayar su papel; á los ensayos, por supuesto, la acompañaba Dolores, cosida á sus enaguas; con todo, era muy arduo vigilar, en la confusión de entradas y salidas al vestuario y escenario. Prueba de ello fué que una noche, al regresar á su casa, Concha sacó del bolsillo un papel blanco dobladito, y echándolo en el regazo de la hermana, dijo desenfadadamente:

—Mira eso.

Dolores lo cogió palideciendo, con dedos ávidos. Era una declaración amorosa, y al través de las frases, tomadas indudablemente de algún libro de fórmulas epistolario-amatorias, de los *volcanes que arden en el corazón*, las amorosas llamas y otras simplezas por el estilo, percibió Dolores así como un olor de honradez, que se exhalaba de la gruesa letra, del tosco papel, y, sobre todo, del párrafo final, que contenía una proposición de ca-

samiento y una afirmación de limpios y sanos propósitos. Respiró. Al menos, no era un señorito, sino un artesano, un igual suyo, resuelto á casarse. ¡Casar á Concha, ante el cura, con un hombre de bien, era el ensueño de Dolores! Creyó, no obstante, que su dignidad la imponía el deber de enojarse un poco, y de exclamar:

—¿Y cuándo te han encajado este pape-lito, vamos á ver?

—Hoy... Cuando pasé al cuarto para vestirme, allí detrás de la decoración me lo dió.

—¡Valiente papamoscas! ¿Y tú, qué dices?

—Mujer... ¿Y qué he de decir? Si me pide que le conteste, le diré que hable contigo antes.

—Eso es, eso es; las cosas derechitas—murmuró Dolores del todo satisfecha.

Y así sucedió. Dolores no cabía en sí de júbilo. Fué á contar al confesor el caso, y encareció las prendas del mozo, un chico honrado, formal, un ebanista, que tardaría en casarse lo que tardase en poder establecer por cuenta propia un almacén de muebles. Nadie le conocía querida: ni

jugador, ni borracho. Vivía con su madre, muy viejecita. En fin, sin duda la Virgen del Amparo había oído las oraciones de Dolores. Otras andaban tras de los señoritos, de los empleaditos, de los dependientes de comercio: ¿y para qué? Para salir engañadas, como había salido ella.—Cada oveja con su pareja, hija,—confirmó tranquilamente el Padre.—Sólo que... á pesar de todas las bondades del novio... conviene no descuidarse, ¿eh? Tu obligación es no perderles de vista, hasta que tengan encima las bendiciones.

¡Buena falta le hacía á Dolores el encargo! ¡Perderles de vista! Nunca estuvo más adherida á su hermana. Los novios se veían al salir del taller; él las acompañaba hasta su casa. Veíanse también en el Casino, los días de función ó ensayos, sólo brevísimos instantes, pues Dolores no quería dar espectáculo. ¡La gente es tan maliciosa! Dando una vuelta en su cama, Dolores pensaba en el día de la boda, el día de la tranquilidad completa, porque desde entonces las dos hermanas coserían en su propia casa, poniendo un

tallercito modesto. ¿Cuando llegaría tan apetecido instante?

Mientras la hermana mayor soñaba en bodas ajenas, la presunta novia estaba á dos mil leguas de acordarse de semejante suceso. La juventud suele vivir sólo en lo presente, ó al menos en lo futuro inmediato. ¡Casarse! ¡Bah! Claro que se casaría; pero, ¿qué prisa corría eso? Lo importante era lo que se preparaba para mañana—mejor dicho para hoy, pues ya no distaba mucho el amanecer.—¡Era fatalidad que, justamente durante la época más ahogada de costura, cuando se acercaban los Carnavales, los bailes, los trajes para las mascaradas y comparsas, y no podía ella faltar del taller donde desempeñaba las importantes funciones de aparejadora, se le ocurriese al Casino de Industriales dar una gran función de teatro, para redimir á un socio de la suerte de quinto! Y se ponía en escena una obra de Ayala, *Consuelo*, muy famosa según decía Don Manuel Gormaz, el director de la sección; y á ella le había tocado en el reparto el principal papel, cosa que no dejó de lisonjear-

la, porque añadía el señor Gormaz que era obra *de prueba*, digna de una artista... ¡Artista! ¡Qué bien le sonaba á Concha el nombre! Ser *artista* era pertenecer á una clase aristocrática, superior á la humilde condición de costurera... ¡Artista! En los días de beneficio de las actrices, Concha había leído versos de esos que se arrojan desde las galerías, impresos en papeluchos azules y amarillos, donde tras del epígrafe "á la eminente artista Fulana," ó "á la célebre artista Mengana," venía una serie de calificativos y epítetos, entrelazados como guirnaldas de flores, y se las llamaba hurfes, ruisñores, ángeles y otras mil cosas así. ¡Una artista! Concha repetía en voz baja, cuando estaba sola, la fascinadora palabreja.

¿Cómo saldría ella de aquel apuro? ¿Se cortaría? ¿Se le olvidarían los versos? Jamás le había sucedido tal cosa; es verdad que al pisar el escenario le latía el corazón muy de prisa; pero luego recobraba todo su aplomo. Sólo que aquella función era diferente de las demás: tratábase de una comedia en tres actos, y ella nunca

había pasado de sainetes y piececillas; además, como el beneficiado era hijo de un portero de la intendencia, el intendente, persona sociable y bien quista en Marineda, había repartido las localidades todas entre lo más lucido del vecindario, y se susurraba que la función estaría brillante: lleno completo. En fin, un compromiso gravísimo. ¡Y los trajes! Para *Consuelo* se precisaban tres diferentes, elegantes todos: el del último acto, descotado y con cola. ¡Qué de mañas, ardidés y cálculos representaba la conquista de esos trajes! Vamos, á no ser por la señorita del intendente, tan franca y tan amable, no acertaba Concha cómo habría salido del apuro. Afortunadamente la señorita fué su providencia: desde zapatos blancos de raso hasta flores artificiales y brazaletes, todo se lo prestó. Cierta que eran cosas bastante usadas, y hubo que refrescar, lavar, planchar, alargar ó encoger... Y aún no estaba terminada la faena, y quedaba un día solo, y no podía faltar al taller, ni al ensayo general... ¡Imposible que alcanzase el tiempo para todo! Si el mal-

dito quinqué no se hubiese apagado, ya tendría listo el traje! ¡Cuánto iban á apretar las uñas al día siguiente! ¿Amanecería pronto? Cavilando así, sintió Concha un estremecimiento de frío y se arropó. Se unieron involuntariamente sus párpados y con indecible bienestar se quedó dormida.

Apenas comenzaba á saborear el dulce reposo, la sacudieron y zamarrearón sin misericordia. La fría luz del alba se colaba por las rendijas de los ventanillos, y Dolores, de bata ya, con una toquilla de estambre muy enrollada al cuello, se disponía á enristrar la aguja y tocaba diana para que la ayudasen. Concha entreabrió los ojos, borracha de sueño, de ese sueño de la primera mocedad, tan parecido al de la niñez en su intensidad reparadora. Fué preciso repetir la sacudida; entonces, de no muy buen talante, echó fuera una pierna para calzarse las babuchas.

Tentadora ocasión de describir, en tan indiscreto minuto, á la futura *Consuelo*, cuando sus carnes tibias conservan aún

la suave morbidez del sueño y la breve camisa descubre mucha parte de su gallarda escultura. Los brazos blancos y puros, los piés rosados por la frialdad del piso, los senos recogidos y breves como capullos de flor, hacen honesta por extremo aquella semidesnudez juvenil, que la claridad del amanecer baña con delicados matices opalinos. Remata el cuerpo una cara oval, sanamente pálida, algo pecosa hacia el contorno de las mejillas; el pelo, rubio como la harina tostada, nace copioso en la nuca y frente, y desciende en patillas ondeantes hasta cerca del lóbulo de la oreja; entre los labios, gruesos y cortos, brilla como un relámpago la nitidez de la dentadura. Los ojos, aunque hinchados de dormir, no encubren que son garzos, y candorosos todavía.

Para despejarse, necesitó Concha pasar agua fría por la cara. Dolores, entre tanto, abría las maderas, aseaba un poco el cuartito abuhardillado y encendía en la cocinilla próxima seis carbones para calentar el puchero de *cascarilla* y la correspondiente leche. En un santiamén se

desayunaron. Concha, bien despierta ya, consagraba toda su atención á los trajes. Al lado de la ventana, sobre el quebrado sofá, lleno de hernias de crin que se salía, reposaban las galas de la noche. Concha se acercó á la fiel aliada de la modista, la máquina, que, dada de aceite, limpia, con su carrete enarbolado, con la mesilla reluciente de barniz, aguardaba lo mismo que un centinela, arma al brazo, las órdenes de su jefe. Dolores se aproximó también, exclamando:

—Tú á los volantes y yo al cuerpo.

Salió el famoso vestido de baile. Era de seda azul bajo, algo verdoso ya y salseedo por muchas partes; pero merced á la buena idea de Concha, de velarlo con infinitos volantes de tarlatana del mismo color, parecía nuevecito de allí á poco. La cadencia de la máquina se interrumpía á cada volante y el vestido giraba, giraba como una peonza, todo hueco y cada vez más vaporoso. Al cabo brotó la falda, fresquita, soplada como un buñuelo, y fué á ocupar su puesto en el sofá al lado de otros pingos, también remozados

y disfrazados hábilmente, con recogidos, lazos y encajes. Dolores pegaba al cuerpo el último corchete y orlaba de tul blanco las cortas manguitas. Terminado lo grueso de la labor, dedicáronse á las menudencias y accesorios. Pendían de una cuerda tendida de un lado á otro de la pared, dos guantes blancos, largos, muy tiesos, con las puntas de los dedos amarillentas y arrugadas, y mientras Concha los soplabá con ardor para despegar aquellas malditas puntas, que delataban el paso ineficaz de la bencina, Dolores, por medio de una plancha caliente, estiraba varios cintajos, lacios como tripas de pollo, dedicándose después á frotar con miga de pan los zapatos de raso y á pegar con goma una varilla del abanico. Las cosas que iban estando dispuestas pasaban á una cesta, cuidadosamente colocadas; de pronto, Concha se dió una palmada en la frente.

—¿Qué te pasa?

—¡Las medias! ¡Que se nos olvidaban las medias!

—¿Qué más da? Llévalas blancas.

—¡Mujer... son tan cursis! ¿Tienes agua caliente?

—La pondré á calentar.

—Anda, que se lavan y se secan pronto... A la noche están sequitas.

En tanto que Dolores jabonaba el par de medias azules, Concha, cosiendo el dedo de un guante, se preguntaba á sí misma en voz alta:

—¿Tendrán que hacer esto las cómicas el día que representen?

—No, mujer... —murmuró Dolores. — Esas lo tienen todo arreglado.

—Dichosas ellas. A mí me venía bien ahora repasar el papel.

—Pues no te descuides, que pasa ya de las ocho y media. ¡Cuando se acabarán estos jaleos de teatro! Me duele la cabeza de discurrir para refrescar vejesterios.

Quedábales aún algo por hacer; pero el tiempo urgía y el taller aguardaba. Convinieron en que á la hora en que Concha fuese al ensayo, Dolores volvería á casa, terminaría todo y llevaría la cesta al Casino, donde Concha aguardaría ya

para vestirse. Por excepción, una vez nada más, que eso de dejar sola á Concha no estaba en el programa.

—Mujer, no hay remedio — exclamó Concha. — Desde el taller al Casino no me morderá ningún perro rabioso.

—No me dan á mí cuidado los perros de cuatro patas, sino los de dos — murmuró Dolores, guiñando un ojo. — Conque mucho juicio, ¿eh? Si sale Ramón á acompañarte le dices que se vuelva á su casa, ó que te espere en el Casino.

—Bien, bien.

¡Bastante pensaba Concha en Ramón! Todo el día, en el taller, estuvo repasando su papel mentalmente. ¡Don Manuel Gormaz la había encargado tanto que *se fijase* y que *tuviese alma* en algunas escenas! Tener alma... ¿sería gritar mucho? No, porque se reirían de ella... ¿Sería pronunciar recalcando, como la que hacía de *graciosa*? No, eso tampoco... Procuraba recordar las inflexiones de voz de la actriz que había representado *Consuelo* el año anterior en el Teatro Grande... ¡Lástima no acordarse punto por punto!

¡Si ella supiese que con el tiempo le tocaría representar ese papel! Mientras arreglaba los pliegues de una sobrefalda, ó sacaba un patrón por el figurín, Concha repetía entre dientes las redondillas de Ayala, bien ajenas de ser pronunciadas en semejante sitio.

Al salir del taller se separaron las dos hermanas, tomando cada una opuesta dirección. Iba Concha distraída, andando rápidamente, cuando alguien emparejó con ella.

—¡María Santísima... qué susto me has dado!

El novio se sonrió afablemente, no sin mirar á todos lados, convenciéndose por fin de que Concha iba sola, hecho extraordinario y singular. Manifestó su admiración, diciendo:

—¿Y Dolores? ¿Qué milagro es este?

—No pudo hoy acompañarme... Tenía que acabar de alistar unas cosas. Viene después.

No puso Ramón cara compungida al oír la nueva, y siguió andando al lado de Concha por la calle Mayor, donde algunas

tiendas comenzaban ya á encender su alumbrado. Concha se volvió de pronto toda alarmada:

—Mira, vete, vete... No me acordaba ya... No puedes acompañarme hoy.

—¿Por qué, chica?

—Porque voy sola... No me hizo otro encargo Dolores.

—¡Vaya con la ocurrencia!— exclamó él súbitamente enojado, deteniéndose ante un escaparate en que brillaba ya el gas.— ¡Pues me gusta! ¡Sólo eso faltaba! No seas tonta; yo te acompaño. ¿Qué necesidad hay de que se lo cuentes á tu hermana?

Concha le miraba con sorpresa, viéndole de levita. Era una levita negra, arrugada y floja en los sobacos, que caía mal, amén de relucir demasiado, conociéndosele las dobleces de las prendas guardadas mucho tiempo en cajones; no obstante, la negrura del paño y la blancura de la pechera limpia realzaban la varonil presencia de Ramón, mocetón arrogante y guapo, aunque tosco; de ancho pecho, oscura barba, pelo rizado y grandes y vigorosas manos. Concha se sonrió.

—¿Por qué vienes tan elegante?

—¿No sabes que tengo que cantar en el Orfeón? Ayer toda la noche hemos estado ensayando la *Barcarola* nueva.

Ella bajó la cabeza dándose por convencida; de repente volvió á ocurrírsele lo que diría Dolores.

—Anda, lárgate, que no tengo gana de fiestas... No quiero oír sermones por causa tuya.

—¿Quieres que me vaya? Corriente—pronunció él con despecho—pero también es mucha ridiculez... Seis meses que somos novios, y aún no hemos podido hablar en paz y en gracia de Dios un cuarto de hora.

Dijolo con tal rabia, que Concha, cediendo á un movimiento compasivo, le llamó.

—Bueno, ven... Pero no hay que contarlo, ¿eh? Silencio.

Siguieron su camino, él satisfecho ya, ella un tanto envanecida, allá en el fondo del alma, por llevar de acompañante á su novio, un novio de levita que podía confundirse con un señorito. Callaban, pre-

ocupados por la misma novedad de la situación, y sin despegar los labios, salieron de la calle Mayor al paseo público, á la sazón desierto. Hacía frío. Los árboles sin hojas y las farolas apagadas se perfilaban sobre el gris ceniza del crepúsculo invernal; un pilluelo pasó corriendo, dando un empujón á Concha, que llamó á su acompañante.

—¡Ramón! ¿Tú qué tienes?

En efecto, parecía pensativo. Con voz algo dura, contestó:

—No tengo nada.

—Nada, y vas ahí que pareces un muchuelo ¿Después de que te dan gusto, llevas ese gesto?

—No tengo obligación de estar hoy tan contento como tú.

—Y yo, ¿por qué he de estar contenta hoy?

—Porque vas á lucirte, á ponerte muy maja y muy bonita para salir á las tablas.

Echóse á reír la muchacha.

—No te rías—articuló él con acento opaco...—Haz el favor de no reírte, que yo no hablo de broma.

—Pero hombre... ¡no me he de reir! Te enfadas porque me presentaré en las tablas muy compuesta... ¿Pues, no vas tú también con el fondo del baúl encima? Vamos—añadió viendo la fisonomía contraída de Ramón—no seas majadero; ya sabes que trabajo por compromiso con el Vicepresidente y por complacer al señor de Gormaz... Buenos apuros me ha costado la tal función; hace tres noches que no duermo casi... Maldito el chiste que...

—Sí, sí; dices eso, pero otra te queda... Si no te gustase, no irías allí de muestra; no irías.

—¿Tienes ganas de armarla hoy? Pues para eso, pude venir sola.

—No—replicó él con más blandura—no te digo nada, Dios me libre, haz lo quieras; pero tengo que advertirte una cosita, eso sí; no te parezca mal.

—Vamos á ver qué sale después de tanto preámbulo.

—Cuando nos casemos...

—¡De aquí allá!

—Cuando nos casemos—reiteró con firmeza el mozo—yo no consiento que vuel-

vas á representar, aunque se empeñe Dios del cielo... ¿Te has enterado?

—Bien... De aquí á que suceda eso...

—¿El qué?

—Lo del casamiento.

—Yo me entiendo... Cuando menos se piensa... En fin, ve acostumbándote á la idea, por si acaso. No me gusta á mí, ni á ningún hombre blanco, queriendo á una mujer como te quiero á ti, oír que dicen en las butacas estupideces y barbaridades... al lado de uno mismo, con la poca crianza que tienen esos brutos de señoritos, Dios me perdone...

—¿Y qué dicen?—preguntó curiosamente Concha.

—Mil desvergüenzas... Que si tienes buen éste, y buen aquél, y... Calla, calla, que yo paso las de San Patricio... Un día hago un disparate.

Concha, muy colorada, bajaba la cabeza; por fin articuló entre enojada y vergonzosa:

—¿Y á ti qué te importa lo que digan? Déjalos, hombre.

—De otra ya pueden decir pestes... ¡Pero

de ti... que te quiero tanto como á mi madre!

Lo pronunció con tal fuego y sinceridad, que á pesar suyo la modista se sintió conmovida, y le miró dulce y amorosamente. Entraban en el jardín público que seguía al paseo, y en el cual la obscuridad era mayor, y completa la soledad y el silencio, á menos que una ráfaga de vientecillo marino sacudiese los siempre verdes *evónimus* haciéndoles murmurar cosas tristes. Concha se apoyó en el brazo de su novio. Al hacerlo, su codo tropezó con algo que abultaba debajo de la levita.

—¿Qué llevas aquí?—preguntó.

—Nada.

—¿Cómo nada, y sobresale que parece un mollete de pan?

—Mujer... si no es cosa que te importe.

—¿A ver, á ver?

De mala gana se desabrochó él y sacó un objeto elíptico; formado de hojas de laurel engomadas, muy tiesas, y rematado en largas cintas blancas con flequillo de oro al extremo. A pesar de la obscuridad, aún quedaba suficiente luz crepuscu-

lar para que distinguiese Concha que era una corona.

—¿Y esto?—preguntó afanosamente, entre alegre y turbada.

—Ya lo ves.

—Una corona... ¿Para quién?

—¿Para quién ha de ser?

—¿Para mí? ¡Qué loco! ¿Y no me reñas antes por representar?

—Una cosa es una cosa, y otra es otra... Me dió rabia ver que en el beneficio del mes pasado le echaron una corona monstruo á esa tonta de Rosalía Cañales, y á ti, porque tenías un papel más corto, te conformaron con un ramito de mala muerte... Y pensé para mí: no, pues como representante otra vez, no se queda sin corona mi Concha del mar... No me hace gracia que tú salgas deslucida... Ahí tienes.

—¡Te lo agradezco... te lo agradezco mucho!—articuló ella cariñosamente, afirmandose más en el brazo que la sostenía.

El la contempló con ansia, y después miró alrededor. Ni un alma en el jardín.

—¿Concha?

—¿Eh?

- ¿Me quieres?
 —Sí, hombre; sí.
 —¿Te enfadas si te pido una cosa?
 —¿Qué?
 —Dame un beso.

Soltó Concha el brazo y se hizo atrás. Parecía que el rumorcillo de los arbustos y el manso gotear de la fuente eran eco de la voz de Dolores... Y tapándose la cara con las manos y retrocediendo, gritó alborotada:

- Eso no... Eso no... Estate quieto.
 —No, si no quieres no... No grites, que pensarán que te mato...

Volvió á ofrecerle el brazo, en el cual ella se afirmó con recelo; pero al verle triste y cabizbajo, se aproximó nuevamente. Una invencible curiosidad de virgen la impulsaba á desear la caricia que había rehusado. Estaban próximos ya á salir del jardín, y á corta distancia de él, como unos cien pasos, resplandecía el iluminado portal del Casino. Inclínó un poco la frente sobre el hombro de Ramón, y éste, con arranque súbito y brioso, desprendió el brazo para rodearla la cintura,

y la besó en la mejilla, con toda su fuerza, devorándola el cutis. Concha sintió una ola de caliente sangre que henchía sus venas, y percibió al mismo tiempo, con extraña lucidez, un olorcillo á alcanfor y pimienta, sin duda emanación de la levita guardada hacía tiempo.

Apresuradamente salieron del jardín, él radiante, ella aturdida y temblorosa. ¡Si Dolores lo supiera! Las manos se le habían puesto frías, y una conmoción singular la imponía silencio. Su novio la parecía ahora, sin saber por qué, más amable, y á la vez temible. Le miraba á hurtadillas, cual si no le hubiese visto bien antes. Como se aproximasen mucho al Casino, Ramón se inclinó hacia ella, y ella retrocedió instintivamente.

—Mira, Concha, mañana puede que tenga una gran noticia que darte...

—¿Qué?

—No, por ahora nada... Por eso no quería hablar, hasta llegar aquí... Mañana te diré... Oye, antes que se me olvide: ¿dices que tienes que salir hoy escotada?

—Sí, hombre... En el último acto.

—Pues cuidado cómo te arreglas... El cuerpo altito... no quiero que nadie se divierta á cuenta mía.

—¡Jesús!—exclamó la modista.

Y diez pasos antes de llegar al portal, soltó el brazo de Ramón y echó á andar rápidamente, murmurando:

—Hasta luego.

Penetró en el edificio. El recinto del teatro se hallaba todavía á oscuras, y en los pasillos, el conserje barria con afán las puntas de cigarro y los fragmentos de papel. En el escenario ardía un quinqué puesto sobre una consola, y dos ó tres candilejas, prevenidas para alumbrar el ensayo. Concha se adelantaba medio á tientas por las lobregeces del pasadizo, cuando un hombre la salió al encuentro, muy apresurado y afectuoso, y la dijo cogiéndola ambas manos y estrujándoselas en expresivo apretón:

—Hola, Conchita, hola... Bienvenida, hija mía... ¿Qué tal? ¿Se ha repasado? ¿Hemos olvidado el papel? Por aquí, no tropiece V.... Eso es... Ya estamos.

—El papel me parece que lo he de saber

señor de Gormaz—afirmó Concha, quitándose el mantón y el manto al entrar en el escenario.—Hola, chicas—añadió saludando á dos mujeres que, sentadas en un sofá, repasaban en voz baja, con un rollo de papeles en la mano.

—Abur—contestaron no muy cordialmente las saludadas.

Gomar, previa una fricción que hizo chascar sus palmas, se dirigió á las repantigadas actrices:

—Repasen, eso es, un poquito, mientras no vienen los caballeros... Siempre son los últimos.

Y llamando aparte á Concha, arrimándola á un bastidor donde no alcanzaba la luz de las candilejas, cuchicheó con misterio:

—¡Hoy hay que esmerarse, Conchita! ¡que esmerarse mucho! ¿No sabe V. lo que pasa?

—¿Que va á venir mucha gente?

—La gente... ¡bah! No; es que en cuanto ha sabido Juanito Estrella que dirijo yo esta función, como hoy no la hay en el teatro, á pesar de que también ensa-

yan, me ha escrito que vendría y... ¡ya ve V.! Va V. á representar delante de un gran actor, una gloria nacional, émulo de Romea y de Latorre!

Concha sintió asomos de recelo al oirlo; al mismo tiempo, sin darse cuenta del por qué, la noticia le fué grata. Conocía de vista á Estrella, director de la compañía que actuaba en el Teatro Grande; había oído mil veces hablar de su fama; lo cierto es que tenía un modo de representar, que á ella, sin entender gran cosa, le parecía prodigioso. ¡Qué bien sabía hacer que lloraba! ¡Qué divinamente se fingía moribundo y muerto! ¡Qué expresión en aquella cara! Representar delante de él... ¡Qué vergüenza!

Esto último fué lo que manifestó en alta voz. Gormaz la riñó, tosiendo, como siempre que se acaloraba.

—No se me vaya V. á cortar, hija... Por lo mismo que Estrella es inteligente, es indulgente; él también empezó así, de aficionado, en teatrillos y en liceos, cuando era estudiante, hasta que se aficionó y dejó la carrera para dedicarse á la profe-

sión artística... ¡Ejeeem! Conque ya ve V.... Ea, que ya llegan; á ver cómo salimos del ensayo.

Arrastró casi á Concha al lado de la consola y del quinqué: en efecto, ya se agitaban allí dos ó tres sombras de hombre, charlando con las desdeñosas actrices Rosalía Cañales y Julia Marqué. Al ver á Concha, los hombres la saludaron galantemente, en especial el beneficiado, encargado del papel de *Fernando*, y que se creía comprometido por el texto del drama á mostrarse insinuante y tierno con ella. Todo el grupo rodeó apresuradamente á Gormaz, el cual, extendiendo las manos á un lado y á otro, trataba de restablecer el orden.

—Don Manolo, ¿empezamos?

—Don Manolo, ¿qué se hace?

—¡Ensayar, señores... bruum!... si Vds. quieren; y ya saben lo que les he advertido: en los ensayos no hay que derrochar voz. Piano, pianísimo.

El apuntador comenzó á decir, sin entonación ni transiciones, el papel de cada uno, que los actores repetían paseándose

33686

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

con las manos en los bolsillos ó columpiándose en la silla. Las actrices, más cohibidas, no se atrevían, al recitar, á moverse del sofá ni á descoser los brazos del cuerpo. Gormaz las tomó de la mano, suavemente:

—Hijas, accionen Vds. un poco...

—¿Lo mismo que después? ¿Como si ya fuese la representación?

—¡No tanto, no tanto! Un poco; si la escena ha de ser de pié, no se dejen Vds. ahí quietas... Y Vds., caballeros, no alcen tanto la voz; ¡si ahora no hay público que atienda! Eso... á ese diapasón. Ya verán Vds. cómo después hay que decirles que se esfuercen, porque no les oirá ni el cuello de la camisa... ¡Ejeemm! Háganse cargo de que ahora no deben malgastar sus fuerzas: matizar, pero bajito... ¡Eh... chss! caballero López, ¿á quién le cuenta V. eso? ¿á la puerta ó á esta señorita?

Todo el mundo se rió. Gormaz en los ensayos se ponía nervioso, sudando, tosiendo de fatiga, pasándose á cada rato el pañuelo por la calva frente y por los turblos ojos. Quisiera él calentar aquellos cuerpos

inertes, sutilizar aquellas mentes torpes, encender aquellas tardas y perezosas sangres con el fuego y la lumbre del entusiasmo artístico. Sólo que á la media hora de predicar, de espolear, de comunicar impulso, de serlo todo á un tiempo, galán, dama, barba y gracioso, de dar á éste el modelo de la expresión patética y al otro el de la indignación, y al de acá el de la ironía, y al de acullá el del desdén, su rostro se amorataba, el asma le subía en ronquidos y borborigmos á la laringe, se inyectaban sus pupilas, y, medio muerto, se dejaba caer en una butaca, diciendo:

—Bruumm... Sigán Vds.... sigán.

Cada cual seguía entonces yéndose por donde le daba la gana.

Frisaba Gormaz en los sesenta; era coetáneo de Romea, pero más joven, y pertenecía á aquella falange de actores, ya casi extinguida, que amaba el arte y se preciaba de entender de letras, que se asociaba á la gloria de Hartzenbusch y Zorrilla por la interpretación entusiasta de sus dramas, y que tras de cantar todo el verano, como la cigarra, ha concluido

como ella, muriéndose de hambre y frío, porque la vejez del actor español es penosa cuanto alegre su vagabunda mocedad. —La última etapa de Gormaz, inservible ya para las tablas, fué organizar aquella sección en el Casino de Industriales. Todo el mundo le quería bien allí por su afable carácter y su vida arreglada y modesta, pues Gormaz no tenía nada de bohemio, y sus costumbres podían pasar al través del más delgado tamiz de censura.

Lo que es la noche del ensayo de *Consuelo*, á Gormaz debía de sucederle algo raro. Estaba como vuelto del revés. El, tan atento, tan deferente con todos los individuos de la sección, sin distinción de sexos ni categorías, no hacía caso de nadie, y sólo se dedicaba á ensayarle bien el papel á Concha. Las otras mujeres que tomaban parte en la representación no tardaron en notarlo y en amostazarse. La encargada del papel de *Antonia*, Julia Marqué, catalana ingerta en gallega, hija de un almacenista, era una morena hombruna, con gruesa voz y no leve bozo, muy aplaudida por lo campanudo de su órgano,

que daba tono profético y sentencioso á sus menores palabras; la que había de hacer la criada andaluza, Rosalía Cañales, era una estanquerilla redicha, delgada y chatuela, que giraba los ojos, apretaba la boca y manejaba mucho el abanico; teníanse ambas por dechados, respectivamente, del género trágico y cómico, y en los ensayos se apoderaban del director, crucificándole á preguntas y no dejándole respirar. Viendo que no les hacía caso, cuchichearon en voz baja y señalaron á Concha. ¡Qué tonta y qué presumidal! ¡Porque había atrapado el papel principal, estaba dándose una importancia! Mucho de salir hoy elegante y de cola, y mañana se casaría con un ebanista miserable, y calentaría las sopas en la trastienda sin más cola que la de pegar maderal. Y ambas hacían un gesto desdeñoso, indicando que ellas no aceptarían seguramente por marido á hombre de tan poco fuste.

—Aún sabe Dios si se casará—silabeó en voz baja la estanquera.

—Pero mira Don Manolo... No hace sino enseñarla, como si fuese á sacar de ahí

una cosa que asombre á todo el mundo.

En efecto, á Gormaz todo se le volvía: "Conchita, ese brazo. Hija, repita V. esa frase. No, así no: un poquito de energía, ¿está V.? Esa escena hay que moverla... debe V. levantarse, volverse á sentar, mostrándose dudosa. ¿A ver cómo escribe V. esa carta?... Bien, bien... así debe V. hacerlo después; no hay que olvidarse."

Concha, sorprendida también de aquel interés exclusivo, sentía que poco á poco se la comunicaba el entusiasmo de Gormaz, contribuyendo á su excitación el instinto femenino, el espectáculo de las dos rivales acurrucadas en el sofá, nerviosas como dos gatas que se disponen á sacar las uñas y mirándola de reojo, con pupila fosforescente. Un sutil calor empezó á difundirse por su alma, transformándole la voz, que con sorpresa de la misma Concha se **timbró** en notas penetrantes y apasionadas. Gormaz, observando esta favorable metamorfosis, aplicaba leña á la hoguera.

—Ya ve V. que en este acto está V. celosa... Hay que revelar esos celos en el acento, en la fisonomía... ¡Su marido de V.

la está engañando; V. no se ha de quedar tan fresca!

A veces Concha, cuando decía una frase con vehemencia, avergonzándose un poco y soltaba la risa.

—¡Ay, Dios mío!... Don Manolo, estoy exagerando, ¿verdad?

—No, hija, no... En esa situación hay que poseerse, así como en el primer acto debe V. más bien aparecer fría y coqueta... ¡Bien dicho, bien! Animo... á la escena con la criada... Rosalía, hija, ¿me hace V. el favor?

—¿Eh?—murmuró Rosalía con displicencia.

—Pues ahora es la escenita de V.... La carta.

—¡Ay!... V. dispense... Como no se ha fijado V. nada en lo que dije antes, creí que...

Encogióse Gormaz levemente de hombros, y resignándose, prestó alguna atención al deajo sevillano contrahecho de la estanquera. Era preciso activar, porque la hora de la función se aproximaba, y ya dos ó tres músicos, con sus instrumentos

muy enfundados en bayeta verde debajo del brazo, se asomaban por la puerta de entrada, retirándose después de escuchar algunos minutos curiosamente. El último acto se atropelló un poco, pero Concha sabía al dedillo el papel, y Gormaz, como de paso, pudo aún indicarle varios toques maestros. Al final le apretó misteriosamente la mano.

—Hasta luego... ¡y á ver cómo nos lucimos!

Concha se dirigió al tocador, donde la esperaba su hermana vigilando la cesta de los trajes, mientras Rosalía y Julia, ocupando todo el hueco del espejo, se daban polvos de arroz por quintales, limpiándose después cejas y pestañas con la toalla húmeda. Como no tenían trazas de hacer sitio, Dolores gritó á Concha en voz alta:

—Hija, arrímate al espejo... Estás sin peinar aún, acuérdate...

Las dos usurpadoras del tocador se desviaron con majestuoso paso de reinas ofendidas, y empezaron á calzarse en un rincón, secreteando y sin dejar su actitud hostil. El tocado de Concha fué corto; su ju-

ventud y su fresca tez no requerían gran afeite. Sus ojos brillaban y sus mejillas estaban algo sonrosadas. Al remangarse el pelo con unas agujas de azabache, recordó el beso de Ramón, y se enrojeció hasta la frente. ¡Qué poco había durado! ¿Lo sabría Dolores? ¡Bah! ¿Cómo lo había de saber? Esforzóse en desechar aquel orden de ideas, recordando que era preciso hacer un esfuerzo para representar bien y que Don Manolo no se quejase de ella.

Cuando puso los piés en la escena, el corazón le latió, según costumbre, un poquillo, al ver el aspecto imponente del teatro. Sin que pudiese precisar quiénes eran los espectadores que llenaban las butacas, atestaban los palcos y se apiñaban en la galería, bien comprendió que estaba allí todo Marineda, la gente fina, el *señorío*; público inusitado en aquel local, donde por lo regular el elemento dominante eran los socios y sus familias. Distinguía vagamente, sobre el fondo granate del papel que reviste el teatro, la oscilación de una triple hilera de cabezas femeniles adornadas con flores; los colores claros y ricos

de los trajes hacían una decoración abigarrada; y de las butacas subía hacia Concha, como una ola de curiosidad, el reflejo de los cristales de los gemelos instantáneamente clavados en ella, y el susurro de voces que muy quedito pronunciaban ó preguntaban su nombre. Zumbáronle algo los oídos, y se le apretó la garganta al articular las primeras frases del papel; pero recordando de pronto un consejo de Gormaz, alzó los ojos y fijó en el auditorio una mirada tranquila. Distinguió entonces con más claridad la concurrencia, y respiró. De pronto volvió á alterar su serenidad la cara de Ramón, que desde las primeras filas de butacas acechaba una ojeada de su novia. Concha apartó la vista y se dedicó á recitar lo mejor posible. Gormaz, asomando de tiempo en tiempo entre bastidores su cabeza sudorosa, recorría el teatro, fijándose en un palco entresuelo, el único vacío que quedaba ya; después hacía una señal de inteligencia á Concha, aprobando y animando.

El público, sin embargo, no daba más indicio de agradecer los esfuerzos de Con-

cha que, por parte de los hombres, no quitarle los gemelos de encima. En conjunto, se veía que la representación hacía reír disimuladamente á los que no fastidiaba. Dos ó tres carcajadas reprimidas habían resonado ya; una aguda y aflautadilla en un palco, otras en las butacas más sonoras. Por mucho que las señoras procurasen aparentar que se divertían y prestaban atención, notábanse los bostezos de á cuarta, mal encubiertos por el abanico. *Sotto voce*, los espectadores se comunicaban sus impresiones de aburrimiento. ¡Las tales funciones de aficionados! ¡Venir á ver lo mismo que se ve en el teatro todos los días, sólo que echado á perder! Luego, ¡qué programa tan largo, santo Dios! ¡Tres actos de *Consuelo*, el Orfeón, lectura de poesías y un sainete! No se salía de allí menos de la una. Y el caso es que no cabía marcharse dejándoles con la palabra en la boca, por compromiso con el Intendente, que se picaría, de seguro, si se le hiciese un desaire á su protegido!... ¡Buen tipo tenía el protegido! ¡Vaya un galán para el papel de *Fer-*

nando! Las patillas postizas se le estaban cayendo; por no saber en qué ocupar las manos, no cesaba de dar vueltas á la cadena del reloj... ¡Pues y las mujeres! ¡Qué modo de vestirse! Aparte de que no se les oía una palabra, y como estaban siempre pendientes del apuntador para hablar, resultaba que el acto no concluía nunca... ¡Y qué acción! Lo mismo que esas muñecas á las cuales se les tira de un cordelito y levantan los brazos... La *Consuelo* pronunciaba más claro; á esa al menos se la entendía bien: ¡pero qué trazas de descarada y pizpireta!...

En las butacas también se comentaba lo indigesto de la función, con otra salsa más picante, y sobre todo, con tan unánimes elogios á la buena cara y simpática voz de Concha, que Ramón se volvió dos ó tres veces impaciente y sobresaltado, como si algún bicho le picase en la nuca. Sólo respiró el pobre novio al caer con pausa el telón tras la fuga de *Consuelo*.

Concha atravesaba los bastidores con su hermana para regresar al tocador y

vestirse de nuevo, cuando su novio le cerró el paso. Llamóle la atención verle tan fosco y cariacontecido, y con la mayor inquietud le preguntó:

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada—murmuró él repentinamente, avergonzado, al ver á Dolores, de las ideas tontas que venían ocurriéndosele.

—¿Vas á vestirte?—dijo por decir algo.

—Sí... abur, que después me cogen el sitio las otras.

Gormaz, que vagaba por allí como alma en pena, la empujó, dándole prisa:

—¡Vamos, hija... vamos!

Sacó después el ex-actor un cigarrillo, y lo encendió, paseándose inquieto y con taconeo nervioso por la solitaria escena. De rato en rato pegaba el ojo izquierdo á un agujerillo del telón, y siempre veía, en el lleno completo y brillante de la sala, el hueco del palco vacío, como una mella en una hermosa dentadura. Al fin hizo un ademán de júbilo: la puerta del palco se abría, entrando por ella dos hombres; el uno de mediana edad, grueso, lampiño, de pelo negro y liso como el hule, fisono-

mía entre clerical y chulesca, que Gormaz reconoció por el *gracioso* ó primer actor cómico de la compañía; el otro, viejo, de borbónico perfil, con una de esas caras inteligentes y castizas de peluconería, que aún hoy se ven en aldeanos del centro de Castilla y en algun torero. Era un rostro movable, donde á intervalos se transparentaba, ya la ironía indulgente, ya la enérgica voluntad, vencedora de los muchos años. La nariz y barba, en demasía aficionadas á gastar conversación, hacían juego con el mundo cráneo, lleno de protuberancias y reluciente como marfil. La apostura era mucho más firme y desembarazada de lo que la edad pedía, y severo y correcto el traje. Así que Gormaz reconoció á Estrella, de algunos brincos estuvo en su palco.

—¡Manolito!

—¡Juanito! ¡Ejeem! Se agradece, hombre, se agradece la venida. A la verdad, tenía gusto en que hoy te dejases ver por aquí. Adiós, Gálvez.

—Pues no faltaba más. Aquí me tienes. Y le daré un aplausillo á tu gente, para

que no se te desanime. ¿Eh? Ya nos entendemos.

Estrella sonreía; Gormaz le miró de un modo singular, y aquella ojeada que se cruzó entre los dos actores acostumbrados á declarar con la expresión tantas cosas, para Estrella fué equivalente á un discurso. Sin embargo, adivinó á medias.

—¿Qué?—pronunció.—¿Qué, hay algo bueno que ver, eh? ¿Una chica guapa? ¡Ay, Manolo de mi vida! Si yo ya no sirvo de nada, hijo. Estoy para que me saquen en un cesto al sol.

Protestó Gormaz, no sin melancolía:

—¡Pues si tú dices eso! ¡Tú, que con doce añitos más que yo, te atreves con *La Aldea de San Lorenzo* y el repertorio de Cano y Echegaray! ¡Tú! ¡Pues si tú... eres un roble!

—Psh... Los pulmones y la garganta no andan aún del todo mal; pero, hijo mío, el resto... ¿Conque una chica guapa? Pues haz cuenta que yo... como si tal cosa.

—No le crea V.,—intervino Gálvez, que hasta entonces se había contentado con reír maliciosamente.—Diga V. que no. Es

muy taimado, y nos engaña. Más travesuras es él capaz de hacer, que V. y yo juntos.

—Hombre, fiate en mí. Dile á esa damisela que llame á otra puerta... ó que se entienda con Gálvez.

—Yo no te adelanto nada por ahora... Ya volveré en el entreacto, que va á subir la cortina.

A pesar de todas sus protestas, por aquello de que los ojos nunca envejecen, apenas subió el minúsculo telón, Estrella sacó del bolsillo trasero de la levita sus gemelos, cuyos cristales limpió primorosamente, asestándolos después á la escena. La mujer que entonces se hallaba en ella, Rosalía Cañales, no le pareció tan bien como esperaba, ni siquiera la mitad; y con un fruncimiento expresivo de cejas, casi anudadas sobre su enérgica nariz, bajó los gemelos, limitándose á asistir á la función resignadamente, como persona fina convidada á un espectáculo que nada le importa. Familiarizado con torpezas y gazaos de principiantes durante su larga carrera de actor y director de compañía, no

alteraban su plácido reposo ni las salidas y entradas á destiempo, ni el modo de recitar monótono como salmodia de brevario ó desmenuzado como picadillo, ni el acento duro, ni los brazos cosidos al cuerpo, ni las caras paradas, como máscaras de cartón. Gálvez le pisó disimuladamente el pié dos ó tres veces, por supuesto con blandura. No dió señales de vida. Tal era su actitud cuando salió Concha.

Al verla, Estrella dijo con indiferencia indulgente: — Es bonita, hombre; cierto que sí. — Pero apenas hubo pronunciado algunos versos, cuando volvió á limpiar con rapidez los gemelos y á pegarlos á los párpados, enderezándose en la silla para mejor atender. De la atención pasó en breve al interés subido: sacó el cuerpo fuera, y en los palcos proscénicos empezaron á mirarle con sorpresa, mientras en las butacas se levantaban dos ó tres cabezas, que pronto, por comunicación eléctrica, hicieron erguirse otras muchas. Poco á poco todo el teatro se fijó en los movimientos de Estrella, y la gente aburrída, que no acertaba á entretener aque-

llos actos interminables, se dedicó á observar, pacientemente, como se observa en provincia, —donde la telaraña de la curiosidad teje y desteje cada día las mismas mallas menudas,— la cara del eminente actor. No cabía duda: lo que le llamaba la atención en la escena era la chica encargada del papel principal: bien; ¿y por qué? ¿Por lo guapa? Estrella había sido un gran conquistador en otro tiempo: puede que aún le durase el humor... ¿Tan viejo? ¡Quién sabe! Sin embargo, los gestos aprobadores de Estrella desmentían la presunción de un flechazo súbito. Más bien parecía—cosa inverosímil—que le agradaba el modo de representar de la chica. ¡Bah! Imposible. ¡Gustarle á un actor de tanto mérito una aficionadilla de tres al cuarto! Y con todo... La verdad es que la muchacha poseía una voz tan fresca, tan clara, de un timbre tan grato... El caso es que lo hacía mejor que las otras: á ella se le oía y entendía todo... Y no decía mal, no señor... Así favorablemente prevenido, pudo ya el público interpretar con exactitud el pensamiento de

Estrella; y todas las dudas se disiparon cuando, al decir *Consuelo* aquella frase fatal que trastorna la cabeza á *Fernando*, aquel femenil y pérfido *no seas ingrato*, el actor, ahogando un ¡bravo! entre dientes, aplaudió con brío. La concurrencia vaciló un segundo, y por fin, subyugada y convencida, hizo coro al aplauso, y sordos rumores de aprobación corrieron por las butacas. Se daban unos á otros la noticia:

—¿Ha visto V.?

—Prométe mucho esa niña, ¡vaya!

—Cuando Estrella se entusiasma... ¿eh?

¿Si habrá conocido actrices Estrella?

—Yo ya lo decía en el primer acto, esa chica vale... No sé cómo no se hicieron Vds. cargo desde el principio...

—¡Hombre, no nos jeringue V.! V. no dijo palabra; váyase V. al canario.

—Ta, ta, ta, yo no lo dije, porque me hubiesen Vds. comido; aquí todos Vds. son partidarios de la Julia Marqué y de la otra...

—¡Bah, bah! Lo cierto es que no nos habíamos fijado, ni V. ni nadie... ¿Y quién es ella? ¿Una modista?

—Sí; mis primas la conocen... Una modistilla, dicen que de buena conducta.

—Eso ya... averíguelo Vargas.

Ramón se metió entre bastidores enojado y sombrío. ¡Todo el teatro haciendo conversación de su novia! Aquella inesperada ovación le daba á él que pensar. Que en Concha pudiese haber facultades artísticas suficientes para explicar el fenómeno, no se le ocurrió ni un instante: creyó sencillamente que Concha era bonita y los espectadores unos truhanes de marca. Encapotado y ceñudo, llegó adonde estaba Concha recibiendo la felicitación calorosísima de Gormaz: el rostro de éste, sofocado por la asmática tos y dilatado por el placer, parecía un queso de bola de los más rojizos. Al ver á Ramón, aprovechó la coyuntura para escaparse al palco de Estrella, á quien halló en el pasillo fumando y charlando animadamente con Gálvez.

—¿Qué me dices, Juanito?

—¿Chico, de dónde ha salido eso?

—De un taller de modista. Y habrás notado que está enteramente por hacer Diamante en bruto.

—¡Ssss! Ya se sabe; pero la madera...

—Soberbia. De patente. Hoy es el primer día que trabaja en tres actos. Nunca ha pasado de sainetes.

—Y di, hombre: ¿hace tiempo que la enseñas?

—Medio año, ó poco más; pero... ¡Ejeem! Aquí Gormaz entornó los ojos.

—Pero puede decirse que no la he enseñado nada... En el ensayo de hoy me he tomado algún trabajo, porque venías tú... Nada más, hijo...

—Pues ¿cómo es eso?

—Te diré... Es que... —y bajó la voz, mientras jugaba con la cadena de oro de Estrella. — Es que aquí... mi posición... ya ves tú... tiene sus compromisillos, ¿eh? Aquí todas aspiran á oirse llamar artistas, y á leerlo en los periódicos... Si distinguiése á esa y me parase más en darle lecciones... se me pondrían las demás como avispas... Una diablura... Queno se puede. Las otras tienen más amigos en la sociedad y en la Junta directiva: hay una que es cuñada del secretario; otra que es hija del contador... Ya hoy las tengo hechas

un vinagre conmigo, por lo poco que me dediqué ayer á sacar partido de esa... Para darle el papel principal he tenido que urdir mil enredos, diciendo que el de *Consuelo* es insignificante, y que los verdaderos papeles trágico y cómico de la obra, son el de la madre y la criada... En fin, ya ves que si he de sostenerme en mi puesto, me conviene alguna prudencia...

—Ya estoy... Pero á mí, en tu caso, me sería difícil... ¡Ay, chico! En los tiempos que corremos, cuando se ve algo que promete valer alguna cosa... Porque la verdad es que no hay ni esto... ¡Qué decadencia!

—Permítame V., señor de Estrella... con todo el respeto que V. me merece...—articuló Gálvez, metiendo su cucharada.

—No hay respeto que valga...—exclamó Estrella relampagueándole los ojos y dilatadas las ventanillas de su borbónica nariz.—No hay hoy nada, nada, nada, y tres veces nada... Hay un par de galanes regulares... pero lo que se llama un actor de facultades y fuerza, un Carlos Latorre, un Julián Romea... ¿A ver, va V. á

hacerme el obsequio de decirme dónde está? Un actor de corazón, de esos que crean papeles de tal manera, que ya nadie puede hacerlos después, como el *Sullivan* de Romea, por ejemplo. ¿Pues y las mujeres?... Ahí, ahí quiero yo que V. me replique... ¿Que hay en mujeres, que hay? Cuatro gatitas que sueltan unos mayidos, que sacan unas colas de raso, y están pensando en ellas toda la noche... ¡Ah! Los que hemos alcanzado á Bárbara y Teodora Lamadrid y á la pobre Matilde, con aquella gracia suya, y sobre todo, á la Concepción Rodríguez, la sublime tragedia... ¿Te acuerdas tú de Concepción Rodríguez?

—¡Que si me acuerdo!—exclamó Gormaz electrizado á su vez.—Aún me parece que la estoy viendo y oyendo, con su voz que llegaba al alma... Di: ¿y no te parece á ti que esta chica tiene un metal de voz que, así que lo trabaje, podrá asemejarse mucho al de Concepción Rodríguez?

—Estaba pensando en decírtelo... La voz de esta chica será un tesoro cuando

la pueda explotar bien... Además, su figura es sumamente bella.

—Por ahí le duele á Don Juan—exclamó Gálvez dándole una palmadita en el hombro.

—¡Quíá! hombre. Si á mí no me queda ya sino lo que les queda á los toreros viejos: el sentido. Una chica guapa... ps... por el hecho de serlo, si uno fuese muchacho, se le podrían decir cuatro cosas... Pero para el arte, ¿qué tiene que ver la belleza... ¿La fealdad puede vencerse: y si no, diga V.: ¿le parezco yo á V. bonito?

Echáronse á reir Gálvez y Gormaz, y el primero dijo llanamente:

—Lo que es bonito, señor Don Juan...

—Pues nunca fui mejor mozo, y aquí donde V. me ve, aún he conseguido y consigo á veces que el público lllore ó se ría... De eso se trata. No obstante, á esa chica no la estorbará su buen físico para los primeros tiempos de la carrera... Además, parece muy niña.

—De diez y ocho á diez y nueve años.

—Pues antes de que sea una gran actriz, será, por de pronto, la primer *dama joven*

de España... Que sí, hombre... La Boldún no fué nunca otra cosa sino una *dama joven* muy laboriosa y simpática... Esta será encantadora; se escribirán papeles para ella. Esa juventud, ese aire de candor, esa frescura, unidos al talento, ya verá V. lo que dan de sí.

Gálvez sonreía, declarando no haber conocido nunca á Don Juan tan entusiasmado, sin poder desechar la idea de que le agradaba la chica como mujer. En cambio Gormaz, cuya vista penetrante de actor machucho distinguía mejor de colores, estaba muy hueco, lo mismo que si le tocase alguna parte en el milagro. Corrió á participar á Concha la opinión de Estrella, y encontró á la modista muy alterada. Al principio del entreacto había reñido con Ramón. ¿Pues no tenía éste la peregrina ocurrencia de exigir ahora, á la hora crítica, que no se presentase escotada, que se pusiese un cuerpo alto? Por más que le hizo mil observaciones, advirtiéndole que, según decía la comedia, el escote en aquel acto era de rigor; que además, no tenía otra cosa que poner, que era ya im-

posible discurrir un traje diferente, él, con obstinación de mula manchega, con la cabeza baja y el gesto tórvo, insistió en que, si salía escotada, romperían para siempre. Así es que cuando Concha entró en el tocador vestuario, llevaba los ojos preñados de lágrimas. Dolores la interrogó, y ella contó todo en voz baja, rabiosa, prendiéndose con mano febril un grupo de camelias en el pelo y dándose polvos á puñados, sin saber lo que hacía, temblando de despecho y furia. Era la primera vez que disputaban Ramón y ella, ¡y en qué ocasión! Dolores trató de conciliar, de sosegar la tormenta.

—Mujer, puedes echarte por los hombros una toquilla de encaje; la que sacó Rosalía en el primer acto... Yo se la pediré prestada... A los hombres no les gustan estas escotaduras, y tienen razón: ¡moda más indecente!

—Déjate de cuentos—articuló furiosa Concha...—Es un tonto; bien sabía lo de escote, y no tenía para qué darme ahora este mal rato... Pues no señor, que he de ir lo mismo que pensaba. ¡Mire V.!...

Y con dedo impaciente bajó el tul que rodeaba la línea del escote, como si quisiese aumentar el crimen. Salió á las tablas sofocada aún de haber llorado, con los ojos brillantes y las facciones animadas bajo la capa de polvos que las cubría, colérica, nerviosa, admirable en suma para aquel papel de *Consuelo* en el último acto, que es todo de celos y frenesíes, primero sordos y luego desatados. El público, advertido ya, la saludó á su entrada con un aplauso, y Estrella enarboló los gemelos. Ramón, deslumbrado por aquella aparición blanca y rubia envuelta en tarlata azul, cegado por el brillo alabastrino de los hermosos brazos y desnudos hombros,—espectáculo que hacía latir dolorosamente las arterias de sus sienes,—azuzado por el rumor lisonjero que acogió la entrada de su novia, se levantó de la butaca tambaleándose, y por la puerta más inmediata lanzóse al corredor. Iba tan ciego, que no vió á un caballero gordo, con melenas, que le detuvo:

—¡Eh... amigo! ¿A dónde va V.?

—Ahi fuera... Vuelvo en seguida—con-

testó el ebanista reconociendo al director del Orfeón.

—No olvidarse... Mire V. que la *Barcarola* se canta en el otro entreacto.

Ramón salió del edificio como un loco. Al verse fuera, se paró un minuto. La corona le estorbaba allí, debajo de la levita, en el pecho. La cogió y la despidió, balanceándola por las cintas, á no sé cuántos metros de distancia. ¿Volver al teatro? ¿Oír de nuevo las voces, que penetraban como lancetas en todo lo que él más quería, en la reputación, en la garganta, en la carne de Concha? Jamás. Y silbando, de puro desesperado, la *Barcarola*, desapareció.

Mientras tanto, Concha experimentaba una sensación muy extraña. Aquel público, aburrido en el primer acto, vacilante en el segundo, ahora se volvía todo ojos y entusiasmo para la joven aficionada. Sólo el que lo ha presenciado puede darse cuenta de cómo se transmiten—mucho más rápidamente que por telégrafo—las nuevas en un teatro, paseo ó reunión de provincia. La muerte ó enfermedad re-

pentina, la llegada del personaje notable, la disputa acalorada que puede parar en lance de honor, y hasta la plática amorosa, que naturalmente pasa sólo entre los dos interesados, todo corre y se sabe á los pocos minutos, y es asunto de comentarios y aun suele publicarlo la prensa en velados sueltos. En el recinto donde Concha trabajaba, durante el corto espacio de un acto á un entreacto, había cundido como mancha de aceite la noticia del efecto producido en el célebre actor Estrella por la modista-actriz, y lo que decía de sus facultades; sólo que, como pasa á menudo en casos análogos, el cuento, al correr, engrosaba, engrosaba, se ponía hidrópico. Ya aseguraban sin rebozo que Estrella quería contratar á la chica, y que la ofrecía cantidades fabulosas. Y estas voces, circulando de un extremo á otro del teatrillo, picaban la curiosidad y hacían que el público, interesado en la representación, no se aburriese ya mucho ni poco. Aquel hervor, aquella vida psíquica, por decirlo así, del público, cuyo foco era Concha, se reflejaban en ella co-

municándole no sé qué misteriosa animación, no sé qué hormiguelo de fluido vital. Lejos de estorbarla, la atención de la concurrencia la estimulaba hasta el punto de que, excitándose al sonido de su propia voz y al eco de los aplausos que ya fácilmente arrancaba, había olvidado por completo la riña con su novio, y embriagada y penetrada hasta lo más íntimo de su ser, sentía esas cosquillas indefinibles, esa corriente magnética que pone en comunicación, por un instante, el alma de un artista con muchos miles de almas; singular amor colectivo—pues no es posible darle otro nombre—que une al individuo con la multitud.

Entre bastidores estaba la serpiente del florido ramo que con tanto deleite respiraba Concha. Sus dos eclipsadas rivales, que en el tercer acto apenas tenían que salir á la escena, desquitábanse hablando fuera de ella á su sabor. En el corrillo inevitable que se forma en semejantes sitios, estaban los amigotes y los parientes de las desdeñadas: ¡y cómo se esgrimían allí las lenguas! Todo salía en la colada:

la actitud de Estrella, la petulancia de la chica, la precipitada fuga de Ramón, avergonzado de las cosas que oía en las butacas á causa del inconveniente escote de su novia, la disputa en el entreacto... Gormaz, arrimado á no sé qué accesorio, se roía las uñas, deseoso de intervenir en la conversación; pero impedíale hacerlo el temor de recibir alguna rociada, acusándole de haberlas deslucido, á ellas, Rosalía y Julia, poniendo todo su conato en ensayar á Concha solamente.

Hubo un momento en que el formidable corro calló de golpe: era que Dolores, deseosa de echar un ojo á la escena, rondaba por allí. ¡Entonces menudearon los codazos y los *chsss* significativos! Resonó en el teatro una nueva salva de aplausos, y su ruido dió al traste con la prudencia de las dos artistas postergadas. Dolores, haciéndose la distraída, lo oyó todo.

Al salir Concha de la escena, contrastaba el semblante de las dos hermanas, vertiendo satisfacción el de la menor, ceñudo el de la mayor. Concha, sin repararlo, se

echó casi en brazos de Dolores con alegría de chiquilla.

—¿Has visto cómo me aplaudieron, has visto?

—Anda, anda, ven á desnudarte—murmuró la hermana, extendiéndole por los hombros una toquilla y empujándola al tocador.

Apenas estuvieron en él, al desabrocharla el cuerpo, la dijo en voz baja:

—¿Y Ramón? ¿Es verdad que no está en el teatro?

—Jesús, mujer... ¿Qué sé yo? Aguárda... Sí, me parece que salió...

—¿Que salió? ¿A dónde? ¿Cómo es eso?

—¡Siendo! ¡También es fuerte cosa que yo te lo he de decir!

—¡Concha, Concha! No te andes con guasas... Los hombres tienen poco aguante, y se cansan pronto de ciertas cosas... Hoy has llamado la atención de todo el mundo. ¡Dicen de ti primores!... ¿Qué tienes aquí?

—Un alfiler... ¡Uy! Me has pinchado... No, lo que es hoy, entre el otro y tú...

Pronunció esto la niña medio llorando,

impresionada, con esa facilidad con que las personas nerviosas pasan de la expansión del placer á la del dolor. Y casi en voz alta, á pesar de que Rosalía Cañales se desnudaba allí á dos pasos con el oído en acecho, afirmó que ya la incomodaban tales majaderías, que ella no había hecho nada de malo, y que si Ramón no la quería así, que la dejase. También era tontería de Dolores disgustarse por eso: probablemente Ramón ya estaría de vuelta para cantar... Y si no, buen viaje...—Así que se hubo desnudado, salió aprisa, y al amparo de un bastidor miró hacia la escena.

El Orfeón se alineaba ya en semicírculo alrededor del foso, ostentando en el centro su charro estandarte azul bordado de plata, sobre el cual se agrupaban coronas y premios ganados en certámenes, una lira de oro, una flor del mismo metal: el director, grave y solícito, recorría las filas colocando bien á cada orfeonista: el aspecto era muy satisfactorio: casi todos vestían, con la desmaña peculiar del obrero, levitas negras y calzaban guantes

blancos; no sabiendo cómo colocar los brazos, dejábanlos caer á lo largo del cuerpo, buscando por instinto un punto de apoyo en la decoración. El telón subió, y á la clara luz de las candilejas y del gas vió Concha que su novio no estaba allí. ¡Valiente caprichoso! ¿Dónde se habría metido? Mientras ella cavilaba sobre el asunto, el Orfeón preludiaba la *Barcarola*, con un suave mosconeo hecho sin abrir la boca, que remedaba el silbo del viento y el murmullo del oleaje. ¡Ya se lo diría de misas mañana! ¡Largarse así, dejándola en una vergüenza delante de todo el mundo, para que aquellas mal intencionadas se riesen de ella! ¡No echarle siquiera la corona!

Entre tanto el Orfeón, sin interrumpir el acompañamiento imitativo, rompía en una melodiosa estrofa, que hablaba de la luna, las bateleras, el bogar, el barquichuelo; Concha oía maquinalmente; sus nervios se templaban, y á la rabieta sucedía una tristeza vaga, un deseo de amor. ¡Pasarle hoy tales cosas! ¡Hoy precisamente, cuando debía su novio estarla tan

agradecido! Columpiada por la música, el recuerdo del jardín acudía, dulce, embellecido por la memoria y poetizado por el acompañamiento de la barcarola soñolienta... La sacaron de su distracción dos ó tres socios que venían á felicitarla por su brillante triunfo, y el director de un periódico local, que le decía con aire de suficiencia:

—Ya sabemos, ya sabemos que tenemos aquí una insigne artista, llamada á dar días de gloria á la patria...

Estrella se había retirado de su palco, después de hablar breves instantes con Gormaz. Alguna gente de las plateas, alarmada por el anuncio de la lectura de poesías, desfilaba también, consultando el reloj y haciendo el menos ruido posible. En las butacas se abrían bastantes claros. Dolores y Concha, habiendo confiado la cesta al conserje, se escabulleron arrebuajadas en sus mantones. Encontrábanse cansadas, como gente que no ha dormido en varias noches y ha trabajado siempre. Ambas guardaban silencio, porque tenían en qué pensar, y sus pensa-

mientos no iban acordes. Al recogerse, no hubo conversación de cama á cama.

Cualquier bicho extraño, cualquier ali-
maña inverosímil que viesen entrar por
la ventana del tejado el día siguiente á
eso de las ocho, les causaría menos sor-
presa que la aparición repentina de Gor-
maz, previos dos golpecitos muy discre-
tos á la puerta y un—¿dan Vds. su permi-
so?—de lo más respetuoso. Venía el po-
brechillo ahogándose con el asma, por la
subida á aquel cuarto abuhardillado, no
muy distante del cielo. Brindáronle aten-
tamente el asiento de preferencia en el
quebrado sofá; pero él, á fuer de cumpli-
do caballero, lo rehusó, contentándose
con una silla de rejilla bastante desvenci-
jada. Su arenga salió entre toses, garga-
jeos sofocados, y angustiosos anhelos de
la respiración. ¿Cómo no habían adivina-
do á qué venía? Pues era bien fácil de
suponer, conocidas las buenas disposicio-
nes de Conchita, que no permitían ni por
un momento dudar que Dios la había des-
tinado á la gloria escénica. El, sin embar-
go, retirado ya y fuera del movimiento

teatral hacía tiempo, nunca se hubiese
atrevido á tomar sobre sí la responsabi-
lidad de darle tal consejo, ni de dirigirle
semejante proposición; pero ahora que el
eminente Estrella le daba el encargo...
Estrella, sí, señor; Estrella le ofrecía el
ajuste de un año de aprendizaje con corto
sueldo, comprometiéndose, al cabo del
año, á contratarla con decentes honora-
rios, en calidad de *dama joven*...

Concha escuchaba, con los redondos la-
bios entreabiertos, fijos los brillantes ojos
en su interlocutor. Aún no había termi-
nado Gormaz su discurso, cuando Dolo-
res, alzándose del sofá tan impetuosa-
mente que lo hizo crugir, se encaró de
pronto con el mensajero, exclamando:

—Me extraña muchísimo, señor de Gor-
maz, que nos venga V. con esas proposi-
ciones; V., que nos conoce y sabe que mi
hermana es una chica honrada. Aquí no
entendemos de eso... Mi hermana no ha
nacido para cómica; no, señor.

Una tos horrible, una tos de tercer gra-
do impidió á Gormaz responder al punto.
Sacó la lengua, y se le amorató desde el

colodrillo hasta la nuez. Cuando al fin pudo respirar, con voz todavía estrangulada, declamó:

—Porque considero que V. no sabe lo que se dice, no la contesto aquí todo lo que me ocurre, Dolores; sin embargo, entienda V. que eso que acaba de proferir es..., ¡ejeem!, un solemnísimo disparate... No sólo esta señorita, que vive de su trabajo (y hace muy bien y lo apruebo), sino las personas más elevadas; ejem; sí, señor; más elevadas, se considerarían honradísimas con alcanzar la gloria escénica, ¿está V.? ¡Ejemm! ¡Bruuum! ¿V. sospecha lo que es una artista? ¿Cree V. que hay profesión, no digo yo más decente, sino más noble; ejeem, más noble? ¡Que no ha nacido su hermana de V. para cómica! ¡Vaya, vaya! ¡Bruuum! ¡Qué cosas oye unó al cabo de sus años!

Dolores, avergonzada, comprendió que había cometido un yerro de monta. Trató de disculparse.

—Por Dios, señor de Gormaz, que no era mi ánimo ofender á V.... Solamente

quise decir que en esa carrera (V. bien se hará cargo), las muchachas se exponen á... á...

—¿A qué, á qué se exponen?—articuló Gormaz hecho un león.

—A... nada—balbuceó Dolores, recordando con rubor que ella no había sido actriz nunca.—Pero el caso es que mi hermana... tiene arreglada... la boda, con un chico de aquí...

—Lo que hay—recalcó Gormaz—es que ni V. ni yo somos quién para decidir este asunto... Su hermanita de V. se calla... Pues ella es la que debe hablar; ¿está V.? Lo que ella quiera, ¡bruum! al fin se trata de su porvenir.

—Yo supongo que oirá los consejos de su hermana—advirtió Dolores.

—¿V. qué dice, Conchita?

Concha bajó los ojos y murmuró en voz sorda:

—Yo, qué quiere V.... así de pronto... Estas cosas hay que pensarlas... No sé; me ha cógido tan de susto...

—Ahora sí que ha hablado V. como un libro—dijo Gormaz levantándose.—No es

puñalada de pícaro. Piénselo V., hija mía, piénselo V. todo el día de hoy. Esta noche á las ocho, que ya habrán Vds. salido del taller, vuelvo á saber la contestación; porque Estrella, que acaba muy luego su compromiso aquí y se marcha á Zaragoza, necesita conocer lo más pronto posible su resolución de V. Conque hasta luego, ¿eh?

Y desapareció entre varios ¡ejemm! y no pocos ¡bruum!

Solas ya las dos hermanas, Dolores se cruzó de brazos, y con expresivo meneo de cabeza, se plantó delante de Concha, sin pronunciar palabra. Bien entendió Concha el sentido de la mímica, pero á su vez guardó silencio, un silencio que irritó más á Dolores si cabe, pues veía el propósito de reservarse su opinión y quizá de no consultarla con nadie. ¡Miren Vds. la chiquela! Dolores sentía fermentar en su alma una cólera reprimida, inmensa, la cólera de los que ven de repente al niño que han criado, educado, dirigido siempre, manifestar voluntad independiente, intentar formarse á sí propio su destino.

Para Dolores, Concha era aún la niña, más bien hija que hermana menor; una hija á quien había consagrado su juventud, su celibato, su trabajo todo. ¡Y ahora la chiquilla quería sublevarse, quería disponer de su persona, echarse á perder, ir á correr el mundo en busca de aventuras, con una compañía de cómicos! ¡Vamos, era para desesperarse aquello! Rompió á hablar por fin, en voz irritada:

—¿Qué haces ahí callando, como una tonta? ¿No tienes lengua?

Concha, como si no oyese nada, se levantó, tomó de encima de una silla su manto y empezó á prendérselo delante del espejo, preparándose á salir para el taller. Dolores se le atravesó delante nuevamente.

—¿No contestas? ¿Tienes gana de broma?

—¿Pero qué quieres, mujer?—exclamó Concha con acento cansado, interrumpiendo su ocupación.

—Que digas lo que le vas á responder á ese... cómico—murmuró con afectado desdén.

—¡Mujer..., caramba contigo! ¿Qué sé yo lo que le contestaré? Tenemos todo el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

día para pensarlo, gracias á Dios—añadió con tranquilidad.

—¿Y aún estamos en eso? ¿Cabe duda siquiera? ¿Se te ocurre irte de mona sabia por esos teatros?

—¡No me marees!—murmuró Concha con sus bermejos labios muy contraídos. —Tenemos todo el día por delante; déjame en paz hasta la noche.

Las facciones de Dolores se descompusieron: reapareció en ella, bajo la devota sometida por catorce años de piedad, la hija del pueblo, con sus iras indisciplinadas y sus groseros arrebatos. Cogió á Concha por las muñecas, y zarandeándola rudamente, gritó:

—¡Mira... no te doy un bofetón no sé por qué, desvergonzada!

Entornó Concha los párpados, apagando así dos chispas que brillaron en ellos: palideció su tez ya tan mate, y sin decir palabra, sacudió un poco las manos y siguió colocándose el manto. Cuando estuvo pronta, hizo ademán de salir, y Dolores, al verlo, prendióse el manto á su vez y la acompañó.

Silenciosas, con armado silencio, anduvieron el camino, y ya en el taller, las pocas palabras que cruzaron fueron de terca contradicción por parte de Dolores. Aquella manga no podía pegarse así, la costura estaba torcida; aquella espalda no ajustaba bien, era menester volverla á preparar... Lo que más la irritaba era el gorjeo de las modistas, que sin dar paz á la aguja charlaban de los sucesos de la vispera y embromaban á Concha con sus triunfos artísticos y la rabieta que pasarían las otras dos, la estanquera y la del almacenista... Era casi una gloria para el taller haber derrotado, por medio de uno de sus individuos, á las representantes de otra clase social que acaso las desdeñaba.—Concha, atenta á su trabajo, apenas contestaba más que con leves sonrisas, empuñando su tijera, de pié y con el pecho todo claveteado de alfileres, para sacar un patrón. Allá para sus adentros discurría, discurría... En medio de todos los elogios que había oído la vispera, á ella jamás se le pudo ocurrir la idea de ser actriz *de veras*. Entre

ambas categorías, la de aficionada y la de actriz de profesión, juzgaba que existía un abismo infranqueable, como si las tablas del teatro público fuesen de otra madera enteramente distinta de las del Casino. Desde la proposición de Gormaz, la valla ideal se borraba. ¿Y por qué no? Ella podría ser actriz..., es decir, dominar aquel arte apenas entrevisto, ponerse en comunicación todas las noches con el público, volver á escuchar aquellos embriagadores aplausos, viajar á ciudades grandes, por ella nunca vistas... Un destino ancho, grande, hermoso... ¿Y por qué no quería Dolores? ¿Por miedo de dejarla? ¡Bah!... Se la llevaría consigo... ¿Por temor de que se perdiese? ¡No parece sino que en Marineda no se perdían á cada paso cientos de muchachas, de allí, del mismo taller, sin necesidad de salir á las tablas á representar!

Echaba estas cuentas hincando alfileres y más alfileres en la chillona percalina. El ruido claro y metálico de la tijera la traía á otro orden de ideas. Aquel destino

desconocido le infundía, á la verdad, algún pavor. Hasta el día de hoy, gracias á Dios, aunque pobres, nunca les había faltado el pan: ella había oído decir que los cómicos á veces pasan hambre, que tienen días de apuro terrible, que salen á la escena muy majos, con mucho vestido de seda y corona de reyes, y á lo mejor sin camisa... Sin ir más lejos, en Marineda se contaba que á Estrella le corrían mal los negocios, que le costaba trabajo pagar á su compañía, que en la fonda estaban algo recelosos... Una noche recordaba haber encontrado á las cómicas y cómicos que salían del ensayo: ellas iban hechas unas brujas, envueltas en toquillas de lana, con impermeables viejos, y todos mezclados, hombres y mujeres... ¿Si tendría razón Dolores?...

El taller, á la sazón, funcionaba activamente: Concha podía absorberse en sus meditaciones. Un pilluelo pasó por la calle tarareando la *Barcarola* del Orfeón. Entonces Concha se acordó de su novio. ¿Qué diría su novio si ella se hiciese cómica? ¡Bah! ¿Y qué había de decir des-

pués de su comportamiento de ayer? ¿No la había puesto allí en ridículo, delante de todo el mundo, dándole el desaire de marcharse y de no echarle la corona, precisamente el día en que?... Por un momento interrumpió el claveteo de alfileres, conmovida, á pesar suyo, con el recuerdo del jardín. ¡Vaya un agradecimiento! ¡Sólo por eso se alegraba ella de que viese aquel majadero que no le necesitaba y que podía arreglarse de otro modo y buscarse otra vida! ¡Que rabiase Ramón! ¡Cuidado con el día que había escogido para darle un disgusto!

Dolores cosía con furor, mientras su hermana preparaba. Sus dedos flacos volaban sobre la tela. Pero á eso de las cuatro, levantóse, dobló la labor y se preparó á salir. Concha, viéndola descolorida, se aproximó, preguntándole si estaba enferma. Dolores la rechazó con sequedad.

—No voy á casa, no... No tengo nada: ¡Jesús, qué cuidado te tomas! Déjame, déjame...; voy á donde tengo que ir: yo volveré á buscarte al acabarse la costu-

ra... Y si por casualidad no vengo, sal y espérame en casa.

No paró Dolores hasta San Efrén. Al entrar en la iglesia, casi desierta á aquellas horas y bastante oscura, experimentó algún alivio y su cólera amainó instantáneamente. Ya le pesaban los arrebatos de la mañana... No hay cosa más calmante que el reposado y aromático ambiente de los templos. El agua bendita que Dolores tomó al entrar la refrescó la frente y la sosegó las hirvientes ideas. Dirigióse á la izquierda, hacia la capilla de la Virgen del Amparo, cuya devota imagen, alumbrada por una lámpara sola, se destacaba misteriosa y galoneada de oro en el sombrío hueco del camarín. En un ángulo, al lado del confesonario, se acurrucaban dos seres vivientes, dos viejas, la una arrodillada, confesándose con voz sibilante, la otra sentada en un banco aguardando su turno. Dolores se determinó á tener paciencia, é hincando á su vez la rodilla ante el camarín, ensartó algunas salves y ave marías, para entretener el tiempo. Cuando las dos vie-

jas salieron arrastrando los piés, apresuróse á tomar sitio al pié de la reja. El confesor se inclinó hacia la penitente: sólo se columbraba de él, al través de la apretada celosía, una punta de nariz afilada y ascética, y el cóncavo de una oreja inteligente, abierta para escuchar y entenderlo todo. Hablaba bajito, pero muy distintamente.

—Te he visto entrar... me ha parecido que venías deprisa, y he procurado despachar luego á las que estaban...

Dolores tendió el manto para formar una especie de embudo que la protegiese contra toda indiscreción, y empezó el relato de los sucesos, los episodios de la víspera, la proposición de Gormaz, la actitud de su hermana, todo. A medida que hablaba, su corazón se ablandaba como la esponja al humedecerla, y poco á poco las lágrimas, suaves como el flujo del mar, subieron á los ojos y resbalaron por las mejillas. La voz del confesor las detuvo.

—No hay que afigirse... ¡Pues apenas te me apuras! Yo no veo ahí sino impruden-

cias tuyas y chiquilladas de ella. Bien te advertí que esas funciones y esos teatros eran peligrosos... hasta creo que te había aconsejado formalmente cortar de raíz todo eso... La mayor parte de culpa la tienes tú. Ya ves cómo existe el riesgo donde menos se piensa.

—Sí; sí, señor; es muy cierto, pero qué quiere V... Los malditos compromisos... ¡Quién había de pensar también que iban á buscar á mi hermana para cómica! Sólo el demonio puede enredar una cosa así.

—Vamos, ¿qué haces ahora con llorar? Cálmate, hija.

—Es que veo su perdición segura... La chica es bonita, y yo... en fin... es un mal pensamiento... Dios me perdone.

—Dí: ¿qué has pensado?

—A mí nadie me quita de la cabeza que aquel maldito vejete del cómicó lo que busca en mi hermana es una muchacha guapa, sana é inocente... Señor, en el teatro se la comía con los ojos... Yo no quiero, no quiero que mi hermana se pierda: para pérdida... basto yo.

—Eso que piensas —murmuró el confe-

sor sonándose, como si quisiese dejar expedita la nariz y el entendimiento—podrá ser un juicio temerario; lo cierto es que esa profesión es sumamente arriesgada, y sólo por favor especial de Dios... No, yo no diré que sea imposible vivir honestamente una actriz... Pero al cabo, el que anda con fuego...

—Se quema, sí, señor, se quema; es mi matanza—aseveró Dolores.

Transcurrieron breves minutos de silencio, durante los cuales sólo se oyó la respiración algo agitada de la modista. Por fin el confesor habló.

—Mándamela aquí—dijo.—Yo le haré ver...

—No quiere, señor, no quiere. Dice que la cartilla sólo manda confesarse una vez al año, y que ella se confiesa tres ó cuatro y que le basta bien... Que no peca tanto para tener que confesarse á cada hora... Que ni por tanta confesión es uno bueno... ¡Las muchachas de hoy en día tienen poca religión! Y como oyen mil disparates en los mismos talleres y los leen en los periódicos...

La punta de la nariz que Dolores veía al través de la reja se contrajo con severidad; pero dilatose al punto, como si la llenase el aura de una idea bien-hechora.

—¿Por qué no le encargas al novio que se lo quite de la cabeza? A él de seguro le hará más caso que á ti.

—Señor, por desgracia, desde ayer están reñidos. El se marchó del teatro furioso, porque ella salía escotada en el último acto.

—¡Bah!.. riñas de enamorados, y así por celillos y niñerías, poco suelen durar. En fin... ¿Tú dices que ese chico es hombre de bien?

—¡Jesús! Pongo por él la mano en el fuego.

—¿Quiere á tu hermana mucho?

—Se le cae la baba con ella.

—Y... ¿crees que se casará?

—Sólo aguarda á tener fondos con que poner establecimiento por su cuenta, y estos días le oí decir que le habían hablado de un comerciante que los facilitará con no sé qué fianza ó qué garantía de una

firma... ¡Lo que es casarse... no desea él otra cosa!

—Y... tu hermana... ¿le profesa grande afectó?...

—Señor... yo qué sé... Estas chiquillas no conocen su bien... Quererle, sí; pero... no es allá una cosa extraordinaria.

—¿Ellos... se hablan así... con alguna libertad... eh?

—¡Quiá! En esa parte tengo la conciencia muy tranquila, señor... No me he desviado de ella un minuto nunca... Cuando él nos acompaña á la vuelta del taller, yo me coloco en medio, y ellos van como dos viejos, formalitos... No se han hablado bajo tres palabras.

—¡Mujer... bien hecho, bien hecho!... Pero hasta en lo bien hecho cabe un poco de exageración... Se me figura que tú has exagerado algo, ¿eh?... Todo tiene sus límites...

—Como V. me encargó tanto que la guardase...

La nariz se aguzó, y su fina punta pareció recalcar una suave ironía.

—Guárdala, sí, muy bien; sólo que ya

tanto rigor... Para que el corazón se apeque, hay que consentir cierta honrada y licita franqueza... Si ella estuviese más encariñada con su novio, ahora no la tentaría Satanás por el lado de las tablas.

Dolores miraba atónita aquella nariz severa por costumbre, y la desconocía viéndola tan tolerante, tan benignamente entreabierta. Sin embargo, no dudó: no había recibido allí jamás consejo alguno que no le probase bien seguir.

—Mi parecer es este, hija... No contraríes de frente á la muchacha... Si puedes, gana tiempo... Y que el novio procure disuadirla... hablándola... á... solas... es decir... con cierta libertad, ¿eh? Y no te apures... ánimo.

Dolores se alzó como suele alzarse quien se postra al pié de un confesonario, confiada y serena. Aunque extrañaba algo el consejo, —fuerza es decirlo, —su espíritu, acostumbrado á ser allí dócil como el de un niño, reposaba en la opinión ajena. Tomó en derechura el camino del taller, porque ya anoecía y el farolero, dejando un rastro de luz, corría por las

calles, enlodadas con la lluvia menuda. Acercóse á la puerta, y tropezó en ella con un bulto que interceptaba el paso en las tinieblas del portal. Retrocedió asustada; mas la voz la tranquilizó.

—Soy yo, no hay miedo—dijo con alegre entonación el que era.

—¡Calla! ¡Ramón! ¿Está V. aguardando por Concha?

—Justamente... y por V. también... Porque tengo una noticia, una gran noticia que darles.

—¡Alabado sea Dios! ¿Con que ya se le pasó á V. la ventolera de ayer? ¡Qué hombres! ¡Parecen locos, así Dios me salve!

Ramón bajaba la cabeza confuso, según pudo ver Dolores á la luz del farol que encendían enfrente.

—Y qué quiere V.... No, yo conozco que tiene V. razón; hice bastante mal, y estuve un poco acalorado y un poco imprudente. No tiene uno en su mano ciertos prontos, y V. bien conoce que cuando se harta uno de oír alrededor disparates, parece que le dan ganas de romperse, si pudiese, la cabeza contra la pared.

—Vaya, vaya, pues esas furias hay que moderarlas... Concha se disgustó bastante. Y luego la gente maligna, las envidiosas que están rabiando por coger tanto así donde clavar el diente...

—Pues gracias á Dios—exclamó radiante de júbilo el mozo—ya no habrá por qué mordernos y se acabarán todos esos disgustos. Aquí donde V. me ve, ya tengo los cuartos para el establecimiento, y nos podemos casar, si Concha quiere, en Carnavales, y si no en Pascua... Por mí, cuanto más pronto...

Dolores, entre contenta y recelosa, le miraba fijamente. Un trabajo de reflexión muy activo se verificaba en su cerebro, estrecho y femenino, pero tenaz y aferrado á las pocas ideas que, ó nacidas allí, ó sugeridas, se aposentaban en él. Las palabras del confesor no se borraban de su memoria. Ganar tiempo... no contrariar de frente á la muchacha... que el novio procure disuadirla... Si ahora ella daba la fatal noticia al enamorado Ramón; si cuando venia á hablar de proyectos matrimoniales le participaba que se había perdido

toda esperanza y que su novia se disponía á levantar el vuelo hacia regiones muy distintas de aquellas en que el humilde ebanista moraba, era fácil que éste, de desesperado ó de indignado, armase á Concha un escándalo tal, que el carácter vivo y entero de la niña se manifestase con nueva energía, afirmándose en su resolución. Dolores temía á la poca habilidad del novio. Además, era difícil decirle aquello al pobre hombre, cuando se mostraba tan contento con sus fondos y su próxima boda.

—Que se lo diga ella como pueda—pensó.

—Quizá por no decírselo...

Y con determinación repentina, poniendo familiarmente la mano en el hombro del ebanista, exclamó:

—Bueno, pues me viene de perillas encontrarle, porque tenía justamente que hacer unas compras bastante lejos, y como Concha no vendría de buena gana, voy yo sola, y V. la lleva á casa, ¿eh?

Abrió el novio la boca, asombrado de tanta magnanimidad en la rígida cuñada que, cosida á las enaguas de Concha, ha-

bía sido hasta entonces un perro de presa; y Dolores, que advirtió su asombro, se dió prisa á añadir en son de broma:

—Ya que trae tan buenas noticias, déselas V. mismo; no le quiero quitar ese gusto. Hágame el favor de llevarla... y espérenme los dos en casa, un momentito.

Aquí la sorpresa de Ramón se convirtió en pasmo. ¡Dolores encargaba que le esperasen *los dos* en casa! ¡Le permitía subir al cuarto de Concha, ella que jamás le consentía pasar del primer tramo de la eslera! Como el permiso era grato y cuadraba de todo en todo con los deseos de Ramón, guardós: bien de protestar, y murmuró haciéndose el resignado:

—Corriente.

Dolores se remangó el traje, apretó el manto y salió del portal. Al poner el pié en la calle, sintió un escrúpulo de devota, y medio volviendo la cabeza, dijo al novio:

—¡Que haya juicio! Vuelvo en seguida.

Echó á correr, lo mismo que si alguien la apremiase. Tomó por una calle retirada, la estrecha de San Efrén, y para entretenir el tiempo y divertir la impaciencia,

metióse en una tienda de zarazas y paño-
lería, é hizo que la enseñasen todas las
variedades de *mudapolán*, *llagostera* y
grano de oro, distintas encarnaciones de
un solo algodón verdadero. Frotó las telas
á ver si tenían poca ó mucha cal; revol-
vió también las percalinas para forros, y
escogió entre varias docenas de carretes
de hilo, todos del mismo número, uno que
era idéntico á los restantes. Molió á la
tendera pidiéndole agujas de las más finas,
y retractándose después, eligió unas me-
dianas. Se quejó del lodo y del agua, y
acarició á un chiquillo sucio y mocososo que
criaba la tendera. En todas estas ocupa-
ciones no pudo invertir más de un cuarto
de hora á lo sumo, y le parecía *poco tiem-
po*. ¿Para qué? Ni ella misma lo sabía.
Otras veces se le figuraba, al contrario,
que había transcurrido *mucho*. ¿Mucho?
¿Y por qué? No se lo explicaba tampoco.
Sin embargo, esta última idea prevaleció,
y envolviendo en un papel sus compras,
tomó hacia su casa. Para llegar á ella te-
nía que cruzar por delante de la iglesia de
San Efrén: allá en lo alto del pórtico, vió

vagamente la figura de piedra del Santo:
recordó los consejos del confesor, y, tran-
quilizada, anduvo más despacio, y aun se
paró en otro tenducho á comprar cera
para la plancha y no sé qué más frusle-
rías. Cuando llegó á su lóbrego portal ha-
bría pasado cosa de una hora.

Al empezar á apechugar con la escale-
ra, que ya por costumbre recorría á obs-
curas, oyó, un tramo más arriba, el res-
tallido de un fósforo, y le pareció que de-
lante de ella subfan dos personas. Aceleró
el paso á fin de aprovechar la luz, y un
¡ejemm! muy caracterizado le reveló in-
mediatamente la presencia de Gormaz,
que solícito y quemándose los dedos, alum-
braba aquellas tenebrosidades para que
los setenta y pico de años del insigne
Estrella no se estrellasen contra un es-
calón.

En seguida conoció Gormaz á Dolores,
mas no había olvidado el episodio de la
mañana. Dirigióse á la modista con digni-
dad, y procurando sostener la cerilla quie-
ta un momento, le preguntó si estaba su
hermana, como dándole á entender que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1825 MONTERREY, MEXICO

sólo á Concha correspondía el honor de aquella visita. Fiel á su sistema de diplomacia, Dolores contestó que ya debía Concha estar de vuelta, porque era muy hora de que hubiese regresado del taller; y añadió unas cuantas frases de sentimiento por lo obscuro de la escalera, la molestia que se tomaban, y lo cansado que era subir tanto. Añadió por vía de consuelo:

—Ya sólo faltan dos pisos.

Subieronlos como pudieron, á puñados, á fuerza de cerillas y de ¡ejemm! cada vez más fatigosos por parte de Gormaz: Estrella no revelaba el peso de la vejez sino en la resonancia del pié, tardo en volver á alzarse después de que se sentaba en un peldaño. A la puerta de las modistas, Dolores dijo á Gormaz, que buscaba la campanilla á tientas:

—No hay necesidad... Aún está puesto el llavín.

En efecto, la llave, olvidada en la cerradura, probaba una distracción notoria en la persona que había entrado primero. Bastó con hacer girar el picaporte para que pudieran entrar los visitantes, y en-

contrarse al punto en el único salón de aquel palacio modistil.

El quinqué, bien despabilado, ardía con clara luz sobre la mesilla de la máquina: la habitación arregladita, con sus dos camas limpias, revelaba cierto bienestar humilde; y en el sofá, libre á la sazón de todo estorbo de trajes, una pareja se hablaba muy de cerca, casi al oído, en esa estrecha proximidad que origina un solo estado del alma; actitud elocuente, que con ninguna otra se confunde. Separáronse y levantáronse de pronto al ver entrar gente, ella confusa, encendida y casi sin habla, él serio y sorprendido. No era Gormaz hombre de pararse en tales fruslerías, ni menos Estrella; y ambos, en su agitada vida de comediantes, habían visto hartas cosas, para que les asustase un coloquio amoroso; así es que Gormaz, haciendo caso omiso de Ramón, se adelantó hacia la chica, y sin preámbulos,

—Conchita—dijo—aquí está el señor Estrella en persona, y viene á saber la respuesta de lo que hablamos esta mañana.

No sabía Concha qué cara poner, y se

desvivía ofreciendo á los dos actores sitio en el sofá, y balbuciendo mil disculpas por recibirles de aquel modo, como si ella pudiese recibirles de otro. Gormaz cortó el hilo de sus cumplimientos, repitiendo:

—No se moleste V., hija... Estamos perfectamente... Sólo queremos saber la contestación: nada más.

—Eso es—añadió Estrella con su campechana cortesía...—Hable V., hija, porque sentiríamos mucho molestarla.

Concha lanzó á Dolores una mirada oblicua, implorando socorro; pero Dolores, firme en la senda emprendida, no pestañeó.

—Qué sé yo...—murmuró la niña.—Lo que quiera mi hermana.

Ramón, de pie, presenciaba la escena sin comprenderla.

—Tome V. asiento, joven—indicó Gormaz.

—Mil gracias, estoy bien.

Dolores, haciéndose la desentendida, contestó apaciblemente:

—No, hija, quien debe decidir eres tú...

Yo no tengo vela en este entierro. Al fin se trata de una cosa para toda la vida... Me lavo las manos.

—Su hermanita de V. piensa muy acertadamente—afirmó Gormaz...—Conque V., Conchita, V. ha de resolver... Sea V. franca.

Concha miró al suelo, retorció la mano izquierda con la derecha, exhaló un leve suspiro, y al fin declaró:

—Pues yo... á la verdad... confieso que... que no me gusta, vamos, que no pienso... trabajar... para el teatro. No señor; he reflexionado, y no me resuelvo á eso.

Estrella y Gormaz se levantaron á un tiempo, algo mohinos. Los dos comprendían que era ocioso y desairado insistir. Pidieron mil disculpas, como gente cortés que eran, y no tardaron en bajar la escalera que tan trabajosamente habían subido, alumbrándose esta vez, con un encendido cabo de vela, Dolores, que no les soltó hasta verles en el portal. Cuando ambos actores salieron á la calle, la hermana mayor, que acababa de murmurar

un "vayan Vds. con Dios", muy melifluo, alzó la mano y les hizo enérgicamente la cruz, diciendo entre dientes:

—Y que nunca más parezcáis por aquí, amén.

Gormaz y Estrella caminaron silenciosos breves instantes: de pronto, volviéndose, se encararon el uno con el otro, seguros de expresar un mismo pensamiento. Gormaz meneó la cabeza:

—Con el novio hemos tropezado, Juanillo.

—No hay peor tropiezo—afirmó Estrella sacando la petaca...—¡Y qué lástima de chica! ¡Decir que tiene la voz de Concepción Rodríguez! ¡Voto á sanes! ¡No se vería dentro de un año otra *dama joven* como ella! Juraría que se le pasaban ganas de venirse... Ahí se queda para siempre, sepultada, obscurecida...

—¡Bah!—murmuró Gormaz.—¡Y quién sabe si la acierta, hijo! A veces en la obscuridad se vive más sosegado... Acaso ese novio, que parece un buen muchacho, le dará una felicidad que la gloria no le daría.

—¿Ese?—exclamó Estrella cortando con los dientes la punta del puró.—Lo que le dará ese bárbaro será un chiquillo por año... y si se descuida, un pié de paliza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR

POR EL ARTE

MIENTRAS residí en la corte desempeñando mi modesto empleo de doce mil en las oficinas de Hacienda, pocas noches recuerdo haber faltado al paraíso del teatro Real. La módica suma de una peseta cincuenta, sin contrapeso de gasto de guantes ni camisa planchada—porque en aquella penumbra discreta y bienhechora no se echan de ver ciertos detalles—me proporcionaba horas tan dulces, que las cuento entre las mejores de mi vida.

Durante el acto, inclinado sobre el antepecho ó sobre el hombro del prójimo, con los ojos entornados, á fuer de *diletante* cabal, me dejaba penetrar por el

goce exquisito de la música, cuyas ondas me envolvían en una atmósfera encantada. Había óperas que eran para mí un continuo transporte: *Hugonotes, Africana, Puritanos, Fausto*, y, cuando fué refinándose mi inteligencia musical, *El Profeta, Roberto, Don Juan y Lohengrin*. Digo que cuando se fué refinando mi inteligencia, porque en los primeros tiempos era yo un porro, que disfrutaba de la música neciamente, á la buena de Dios, ignorando las sutiles é intrincadas razones en virtud de las cuales debía gustarme ó disgustarme la ópera que estaba oyendo. Hasta confieso con rubor que empecé por encontrar sumamente agradables las partituras italianas, que preferí lo que se pega al oído, que fuí admirador de Donizetti, amigo de Bellini, y aun me dejé cazar en las redes de Verdi. Pero no podía durar mucho mi insipiencia; en el paraíso me rodeaba de un claustro pleno de doctores que ponían cátedra gratis, pereciéndose por abrir los ojos y enseñar y convencer á todo bicho viviente. Mi rincón favorito y acos-

tumbrado, hacia el extremo de la derecha, era, por casualidad, el más frecuentado de sabios; la facultad salmantina, digámoslo así, del paraíso. Allí se derramaba ciencia á borbotones y, al calor de las encarnizadas disputas, se desasnaban en seguida los novatos. Detrás de mí solía sentarse Magrujo, revistero de *El Harpa*, —periódico semi-clandestino,— cuyo suspirado y jamás cumplido ideal era una butaca de favor, para darse tono y lucir cierto frac picado de polilla y asaz anticuado de corte. A este Magrujo competía ilustrarnos acerca de si las *entradas* y *salidas* de los cantantes iban como Dios manda; y desempeñaba su cometido como un jerifalte, por más que una noche le pusieron en visible apuro preguntándole qué cosa era un semitono y en qué consistía el intrínquis de cantar *sfogatto*. A mi izquierda estaba Dóriga, un chico flaco, ayudante de una cátedra de medicina, el cual tenía el raro mérito de no oír nunca á los cantantes, sino á la orquesta, y para eso, de no oírla en conjunto, sino á cada instrumento por su lado, de manera

que, al caer el telón, nos tarareaba pianísimo, con entusiasmo loco, los compases ¡morrocotudos! de los violines antes del aria de tenor, ó las notas ¡de buten! que tiene el corno inglés después del coro de sacerdotes, verbigracia. Un poco más lejos, silencioso y mamando el puño de su bastón, que era una esfera de níquel, veíamos á D. Saturnino Armero, oráculo respetadísimo, ya porque sólo hablaba en contadas ocasiones y para resolver las disputas de mayor cuantía, ya porque era uno de esos maniáticos de arte que tienen la habilidad de meterse por el ojo de una aguja en casa de las eminencias más ariscas é inaccesibles, y ahí le tienen Vds. íntimo amigo de Arrieta y de Sarasate, y de Gayarre y de Uetam y de Monasterio, y él sabía antes que nadie el tren por que llegaba la Patti á Madrid, y esperaba á la diva en el andén, y á él le confiaba la Reszké la cartera de viaje para que hiciese el favor de llevársela hasta su domicilio, y él asistía á las conversaciones más privadas, siempre silencioso y mamando el puño del bastón, pero oyendo

con toda su alma, sin pestañear siquiera, adquiriendo conocimientos profundos y erudición peregrina y datos siempre nuevos. Este mortal iniciado podía disfrutar butaca gratis, pues desde el empresario hasta el último tramoyista, todo el mundo era amigo de D. Saturnino Armero; pero iba al paraíso por no mudarse camisa después de embaular el garbanzo.

Quien más alborotaba el corro era Gonzalo de la Cerda, teniente de Estado Mayor, con puntas y collares de artista. Este no venía siempre á las altas regiones; muchas noches le veíamos en las butacas luciendo su linda y afeminada figura y su blanquísima pechera, y no dando punto de reposo á los gemelos. Cuando subía á compartir nuestra obscuridad, se armaba un alboroto, una Babel de discusiones, que no nos entendíamos. Porque La Cerda, de puro quitesenciado y sabido que era en asuntos de música, nos traía mareados á todos, diciendo cosas muy raras. Aseguraba formalmente que el peor modo de entender y apreciar una ópera era oirla cantar. Eso se queda para

el profano vulgo; los verdaderos inteligentes no gozan con que les interpreten otros las grandes páginas; han de traducirlas ellos, sin intermediario, en silencio absoluto, leyéndolas con el cerebro y el pensamiento, lo mismo que se lee un libro, el cual no hay duda que se entiende mucho mejor leyéndolo para sí que si nos lo lee otra persona.

—Según eso—le replicábamos,—el verdadero placer de la música, ¿lo saborean principalmente los sordos?

Contábanos además La Cerda que él se pasaba horas larguísima, desde la una hasta las cuatro de la madrugada, acostado, con la luz encendida, la partitura, sinfonía ó sonata sobre el estómago, interpreta que te interpretarás, tan absorto, que se creía en el quinto cielo.

—Entonces, ¿para qué viene V. aquí?—le gritaba todo el corró unánime.

—Para que no me lo cuenten. Y tampoco se viene siempre al teatro por la función—contestaba sonriendo, mientras las vecinitas (teníamos por allí dos ó tres de recibo) hacían que se ruborizaban, dán-

dose aire muy aprisa con el abanico japonés.

Aún chillábamos y aturdiábamos más á La Cerda por su inexorable modo de maltratar á nuestras óperas preferidas. *Aida* le parecía una rapsodia, una cosa que *no le había resultado á Verdi*; *Rigoletto*, un mal melodrama; *Sonámbula*, arroje manchego; *Fausto*, una zarzuela. Esto fué lo que acabó de sulfurarnos. ¡Una zarzuela *Fausto*, el *Fausto* de Gounod! ¡La ópera que siempre llenaba el paraiso; la que sabíamos todos de memoria y tarareábamos enterita, desde la sinfonía hasta la apoteosis final! Y nada, él firme en que era una zarzuela—una mala zarzuela—(añadía con descaro), falta de inspiración, de seriedad y de frescura. En prueba de este aserto, canturreaba algunos motivos de *Fausto*, que, efectivamente, se encuentran en zarzuelas antiguas; á lo cual replicábamos nosotros entonando motivos también zarzueleros y hasta callejeros y flamencos, que, sobre poco más ó menos, pueden encontrarse en el *Don Juan*, de Mozart; con lo cual imaginábamos aplas-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

tarle, porque él *Don Juan* era para nosotros la autoridad suprema, la ópera indiscutible; lo demás podía ponerse en tela de juicio; pero al nombrar *Don Juan*, boca abajo todo el mundo. Vimos, sin embargo, con indignación profunda, que ni ese sagrado respetaba el iconoclasta de La Cerda. Para él, *Don Juan* era una ópera riquísima en temas y asuntos, pero mal trabada y defectuosa en su composición; algo parecido á esos libros gruesos, tesoro de noticias eruditas, y que nadie lee enteros; únicamente se archivan en las bibliotecas, como obras de consulta, para hojearlos si ocurre.

Cuando le preguntábamos á La Cerda si había alguna ópera que él considerase perfecta, digna de proponerse hoy por modelo, solía citarnos las de Wagner, y también otras de compositores franceses, como Massenet, Bizet, etc. (que para mí ni son carne ni pescado). Ello es que entre la feroz intransigencia del iconoclasta, la crítica parcial de Dóriga, las observaciones de Magrujo y las escasas, pero contundentes advertencias de Don Saturnino,

yo iba ilustrando mi criterio, y ya casi me juzgaba doctor en estética musical. En el dichoso rincón llovían maestros. Cada cual tenía su especialidad; el uno se sabía de memoria las óperas, y en el entreacto nos cantaba todo el acto pasado y el futuro; el otro estaba fuerte en argumentos; sabía al dedillo la letra de los recitados, y por él nos enterábamos de lo que decía el coro, y del motivo por qué andaba tan furioso el tenor ó la tiple tan melancólica; el de más allá despuntaba en la crónica de entre bastidores, y nos revelaba secretos psico-físicos, que son clave de muchas ronqueras, de varios catarros y de ciertos gallos intempestivos. Insensiblemente, con los *elementos que cada cual aportaba*, tomando de aquí y de acullá, á todos se nos formaba el gusto, y se nos desarrollaba de un modo portentoso el chichón de la filarmonía. Añádase á esto el grato calor de intimidad que en el paraíso uné á gentes que, acabada la temporada de ópera, no vuelven á verse en todo el año; el gusto de estar en contacto perpetuo con hermosas cursis, tan amables que,

mientras no llegaba, me guardaban el sitio, colocando en él sus abrigo para señal; la sección de chismografía y despejamiento de las damas de alto coturno que, á vista de pájaro, distinguíamos tan orondas, y á veces tan aburridas, en sus palcos forrados de carmesí, entre un mar de caliente luz y un vago centelleo de pedrerías; el placer de sudar mientras fuera nevaba; otras mil ventajas y atractivos que el paraíso reúne,—y diga cualquiera si no había yo de pasarlo bien en mi rincón.

Por desgracia, el amigo de un diputado poderoso codició mi puesto en la oficina y en la corte, y como favor especial, se me dió á escoger entre la traslación ó la cesantía. Claro que me agarré á lo primero con dientes y uñas; pero se me partía el corazón al despedirme de mi paradisíaca banqueta. Pude lograr ir á Marineda de Cantabria, capital de provincia afamada por su buen clima y su próspero comercio, y donde con mi sueldecillo y mis metódicas aficiones, que ya iban siendo de solterón empedernido é incurable, esperaba llevar una existencia apacible y

pálida, sin alegrías ni disgustos de marca mayor, cumpliendo mi obligación y procurando no meterme con nadie; en suma, vejetar, que es mi humilde aspiración de hombre obscuro, resignado á no dejar huella grande ni chica en la memoria de sus semejantes.

Instaléme en una casita de huéspedes de las de poco trapío, aunque céntrica y regida por patrona agasajadora y afable, y arreglé como un cronómetro mis quehaceres y mis horas. Mañana y tarde, á la oficina; un paseo antes de anochecer, por las Filas y calle Mayor; al café y al Casino de la Amistad un rato, así que se encendía luz, para leer los periódicos y echar un párrafo con los conocidos; y, á las once, á casa, donde me esperaba mi camita de hierro, á cada paso más solitaria y melancólica...

Es infalible que al poco tiempo de residir en provincia, todo hombre de bien se siente inclinado al matrimonio y echa de menos los "purísimos goces del hogar". La situación del soltero, considerado *partido, proporción, ó colocación* para las

niñas, se pasa de comprometida y difícil en pueblos semejantes á Marineda. Por todas partes se le tienden lazos, se le asestan flecheras miradas y tiernas sonrisas; los amigos casados, — supongo que con la intención de un Miura, — le asestean á bromas incitándole á entrar en el gremio; las mamás y papás le dedican peligrosas amabilidades, ó, si la niña es rica, le obsequian con inesperados sofiones; pero, sobre todo, el tedio, la insufrible pesadez de la vida angosta le producen eso que ahora llaman "sugestión", y le incitan á acurrucarse en un caliente nido familiar, que se supone asilo de la dicha, sin que para esta ilusión, como para las demás humanas, haya escarmiento posible en cabeza ajena. En mí influía especialmente el aburrimiento de las noches. Porque ni el Casino de la Amistad, con sus mesas de tresillo y su gabinete de lectura, ni otros pequeños centros de reunión que se formaban en cafés, boticas y tiendas, equivalían, desde que empezaron las largas y lluviosas veladas de otoño, á mi querido paraíso.

Faltábanme aquellas graciosas escaramuzas artísticas á que yo estaba acostumbrado. En Marineda se habla eternamente de cuestiones locales mezquinas, que me importaban un bledo, que ya me desesperaba oír comentar, si algunas veces con ingenio y sandunga, por lo regular con machaconería insufrible. La misma murmuración (de la cual yo no reniego, al contrario, pues la cuento entre las cosas más divertidas é instructivas que hay en el mundo) no tiene en provincia aquella ligereza cortesana, que parece que les pone alas á los chistes; en provincia se gruñe quince días por lo que en Madrid entretiene y provoca chistes dos minutos, y más que latigazo, semeja la censura cruel carrera de baquetas, en que ya ningún corazón generoso puede dejar de interesarse por la víctima y detestar á los verdugos. Como además no soy muy aficionado al juego, faltábame el recurso de fundar una partida de tresillo. Mal humorado, me acostaba á las diez, y conciliaba el sueño leyendo y releiendo *La Correspondencia*, *El Liberal*, los periódicos

dicos de la corte, sobre todo cuando hablaban de la temporada lírica y traían alguna crónica de Magrujo, quien desde *El Harpa* había logrado ascender á la prensa de fuste, y sin duda á la suspirada butaca de favor. Pero, gradualmente, se me hacía más árida y más triste la soledad de mi alcoba de posada, con sus cortinillas de muselina de dudosa limpieza, el feo lavabo de hierro, la desvencijada mesa de noche y la desolación de las ropas colgadas en la percha, que parecían siluetas flácidas de ahorcados.

A principios de Noviembre se abrió el Teatro principal, llamado *Coliseo* por la prensa marinedina. Una compañía de zarzuela, ni mejor ni peor que las que actúan en la corte, se dedicó á refrescar los secos laureles del repertorio clásico: *Magyares*, *Diamantes de la Corona*, *Dominó Azul*, alternando con las zarzuelas nuevas, *Molinero de Subiza*, *Tempestad*, *Anillo de hierro*, y no sin intercalar de vez en cuando *La Gran Via*, *Niña Pancha* y otras humoradas de las que hoy gozan el favor del público. Como

buen aficionado á la música, yo detesto la zarzuela; pero concurrí asiduamente al teatro, por lo consabido "¿A dónde vas, Vicente?, A donde va la gente.," Los días en que se representaban ciertas obras de pretensiones, como *La Tempestad*, me las echaba de entendido, despreciando aquella "ridícula parodia de la música formal," y alzando desdeñosamente los hombros cuando algunos profanos de las butacas la ensalzaban mucho. Así fui ganando fama de competente y filarmónico, y empezaron á respetarme los grupos que se formaban en los pasadizos. Mis once años de paraíso eran un diploma de suficiencia que imponía á los más lenguaraces. Cuando me veían, repantigado en mi butaca, fruncir el ceño á ciertos descuidos de la tiple y subrayar las desafinaciones y los berridos del barítono, me decían con acento respetuoso:

—Estará V. aburrido, ¿eh, amigo Estévez? Esto no es oír á la Patti ni á Gyarre.

—¡Bah! Lo que menos le importa á Estévez es lo que pasa en la escena—repli-

caban otros, dándome en el hombro palmáticas.

Y era verdad. Generalmente mis ojos tomaban la dirección de la platea cuarta, donde lucían sus encantos dos niñas de las más bonitas que honran á Marineda—y cuenta que allí las hay bonitísimas, y á granel; una de las razones por qué en aquel pueblo pesa tanto la soltería.—Las dos niñas sabían perfectamente que yo miraba hacia su palco; pero lo gracioso fué que al principio las miraba á ambas, pues me gustaban lo mismo; eran muy parecidas, como dos gotas, sólo que una tenía la cara más cándida, y á la otra el respingo de la nariz le daba un aire de picardía saladísimo. Por lo cual llegué á preferirla; mas ellas, no sabiendo de fijo á cuál se dirigía el homenaje de mi *oseo*, determinaron que era á la inocentilla, y, en efecto, ésta fué la que, con disimulo y por el rabo del ojo, empezó á corresponder á mis amorosas finezas. A los pocos días me avine y acostumbré de tal modo al cambio, que hasta llegué á dudar si en efecto sería á Celinita y no á Natividad

á quien desde el primer momento había dedicado mis tiernas ansias.

En este entretenimiento inofensivo se pasó la primer temporada teatral, que duró hasta fines de Enero—setenta ó setenta y cinco mortales zarzuelas que nos encajaron, entre el doble abono y las extraordinarias y beneficios.—Ya todo Marineda sabía de memoria los aires y letra de *La Gran Via* y de *Los Lobos marinos*; los pianos caseros nos martillaban los oídos con música de las mismas obras, y las bandas militares las ejecutaban por las tardes en el paseo y en misa de tropa por las mañanas. A los artistas de la compañía les considerábamos como de la familia, por decirlo así, y el barítono y el gracioso se habían creado—lo afirmaban los periódicos—verdaderas simpatías en la población.

Sólo yo les ponía la proa, asegurando que los zarzueleros no merecen consideración de artistas, ni ese es el camino. En suma, ellos, el día que se marcharon, mostrábanse tristes, sintiendo dejar aquel pueblo donde tan afectuosamente se les

trataba, donde alternaban con lo más granado del sexo masculino. La contralto, á quien le había salido un protector (según malas lenguas), iba hecha un mar de lágrimas. No me conmovió la partida de la compañía, lo confieso; sin embargo, al día siguiente de la marcha noté un vacío: las noches volvían á ser eternas, otra vez al Casino de la Amistad, en medio de un aguacero desatado, á oír las mismas murmuraciones, á discutir horas enteras si la plaza de médico del Hospital se le debió dar á Barboso ó á Terreiros, y si fueron intrigas de Mengano ó imposiciones de Perengano; y Celinita metida en su casa ó refugiada en ciertas tertulias caseras, pero graves, donde yo no me atrevía ni á poner el pié, porque era tanto como ponerlo en la antesala de la iglesia, y al pensar en eso, con toda mi nostalgia de la familia, me entraban escalofríos.

Yo veía á Celinita en la platea y me encantaba contemplarla, recreándome en el precioso conjunto que hacía su cara juvenil, muy espolvoreada de polvos de

arroz como un dulce fino de azúcar, su artístico peinado, con un caprichoso lazo rosa prendido á la izquierda, su corpiño de *velo* crema, alto de cuello, según se estila, que dibujaba con pudor y atrevimiento la doble redondez del seno casto; pero cuando saltaba con la imaginación un lustro, y me figuraba á la misma Celinita ajada por el matrimonio y la maternidad; con aquel pecho, tan curvo ahora, flojo y caído; mal humorada y soñolienta por la noche feroz que nos había dado nuestro tercer canario de alcoba... entonces, á pesar de mis soledades nocturnas y mis ansias de vida íntima, me felicitaba de que Celinita se aburriese sola en alguna de esas tertulias de provincia donde las muchachas se ven obligadas á bailar el rigodón unas con otras, mientras los hombres disponibles y casaderos entran, furtivamente y embozados hasta los ojos, en la casa de tal ó cual modistilla ó cigarrera alegre, allá por los barrios extraviados y sospechosos...

A mediados de Febrero comenzó á fermentar en Marineda una noticia. Venía,

venía, venía y venía muy pronto, ¡nada menos que compañía de ópera! ¡un cuarteto de primer orden, con cantantes aplaudidos y admirados en los mejores teatros de Portugal, de Italia y hasta de Rusia! La nueva circuló rápidamente y alborotó los corrillos, y originó interminables polémicas. La mayoría de los marinedinos estaba á favor de la empresa, aunque les escamaba un tanto lo de los precios, pues entre la compañía de zarzuela y los bailes de Carnaval andaban muy exprimidos los bolsillos, y una butaca en diez y ocho reales era un ladroncio escandaloso! Pero en cambio, se llenaban la boca con decir que en su Coliseo tendrían un espectáculo no inferior á los que se disfrutaban en Barcelona y Madrid. Gustábales leer en la lista del cuadro de compañía renglones sonoros, como:—Prima donna, signora Eva Duchesini.—Soprano, signora Lucrezia Fioravalle.—Primo basso, signor Filiberto Cavaglione.—Y más abajo de estos nombres melodiosos y rimbombantes, que suenan como gorgoritos, una tentadora lista de óperas, de las cua-

les, desde hacia bastantes años, no se oía en Marineda sino algún trozo ejecutado por las charangas ó hecho picadillo por los pianos: *Lucia*, *Barbero*, *Fausto*, ¡y hasta *Roberto el Diablo* y *Hugonotes*!

Desde el primer momento voté en contra de la compañía: oposición á raja tabla, con un furor que á veces me asombraba á mí mismo. En primer lugar, me fastidiaba soltar diez y ocho reales por ver mamarrachos, yo que tanto tiempo había estado oyendo por seis reales ó una peseta lo mejorcito que hay en Europa en materia de arte lírico. En segundo, mi conciencia de aficionado antiguo se sublevaba: ¿qué *Hugonotes* ni qué alforjas en el teatro de Marineda? ¿Qué *Roberto*? ¿Quién era la Duchesini, muy señora mía, que jamás la había oído nombrar? ¿Qué becerro sería ese Cavaglione, conocidísimo en su casa á las horas de comer?

Sin embargo, como en provincia no hay originalidad posible en el vivir, y es fuerza que todos vayan unos tras otros como mulos de reata, la perspectiva de encontrarme solo en el salón del Casino de

la Amistad, en aquel salón lúgubre cuando no lo puebla el ruido de las disputas; el terror de pasarme la velada en compañía de tres ó cuatro catarros crónicos (el senado machucho que no suelta por nada su rincón); el recelo de que me llamasen tacaño, y dijesen que había querido ahorrar el dinero del abono; el fastidio de que viniesen á contarme noventa y cinco grillas sobre la hermosura de la contralto y la voz del tenor; y acaso una comezón secreta de volver á cruzar mis ojos con los de Celina, y fantasear amores sin riesgo ni compromiso, todo me impulsó á abonarme, escogiendo mucho la butaca, como se escoge la casa donde se piensa habitar largo tiempo.

Otras razones había para que aquel abono fuese un acontecimiento, un estímulo y un interés en mi monótona existencia. La oposición sañuda que yo había hecho por espacio de quince días á la ópera, me había dado ocasión de desplegar en corrillos, casinos, cafés y tiendas mis variados conocimientos en arte musical, y de lucir aquel mosaico de teorías,

análisis, juicios y doctrinas que debía á la enseñanza de mis compañeros de paraíso. Asombrábame, cual se asombraría el fonógrafo si fuese consciente, de notar cómo me subían á la boca y se me salían por ella á borbotones las mismas palabras de mis doctores y maestros. Yo había absorbido, á modo de esponja, la sabiduría de todos ellos juntos. Unas veces charlaba con la verbosidad y petulancia de Magrujo; otras juntaba el pulgar y el índice, alzando los demás dedos y estirando el hocico, para alabar un *pizzicato* ó un *crescendo*, igual que Dóriga; ya imitaba la campanuda gravedad del venerable Armero, dando exactísimos detalles biográficos, que todo el mundo ignoraba, acerca de Gayarre, Antón, Stagno, la Patti y la Theodorini; ya, como Gonzalo de la Cerda, desarrollaba aquellas profundas teorías de que el peor modo de entender una ópera es oírla cantar, y el más inefable placer artístico se cifra en tenerla sobre el estómago, á las altas horas de la noche, entre el silencio, y leerla para sí. Hasta juré que esto último lo había yo

ejecutado varias veces; y como el afirmar mucho que se sabe una cosa equivale á saberla, y ya desde la temporada de zarzuela alardeaba de entendido, mi reputación creció bastante, y me sentí temido, influyente y poderoso, lo cual halagó mi amor propio. Cuando fui á recoger mi butaca, el encargado de la cobranza me dijo con suma deferencia y en voz conciliadora:

— Señor de Estévez, ya sabemos que entiende V. muchísimo de música... Verá V. que el cuadro de compañía es digno de figurar en cualquier parte... Creo que ha de quedar V. contento del bajo... es una notabilidad: también la tiple... ya me dirá V. Ciertas faltitas, ¿V. me entiende?, por supuesto que en teatros que no son el Real, hay que perdonarlas; y más les temo yo á los ignorantes que nunca olfatearon una buena ópera, que á las personas ilustradas y competentísimas, como V. Aquí (bajando la voz) no hay criterio propio, no señor. En fin, le voy á decir á V. en reserva una cosa: ya tres ó cuatro personas me han pedido que les guar-

de butaca cerca de la que V. tome, para oír su parecer y enterarse. Conque, imagínese V... Nada de lo que V. diga se les pasará por alto. Su fallo se espera con impaciencia.

Comprendí que el bueno del recaudador me estaba camelando para que no les hiciese mala obra, y esto lisonjeó infinito mi vanidad y me sobornó, — seamos francos. — Después de todo, ¿qué eran los cantantes, sino pobres diablos que venían á ganar su pan? Casi experimenté un sentimiento de conmiseración y cariño hacia aquellas gentes desconocidas, que ya me proporcionaban dejos de emoción artística, arrancándome á las empalagosas chismografías del Casino.

Marineda, que es una ciudad comercial y bastante culta, á quien quitan el sueño los laureles de Barcelona, se precia ante todo de entender de música; y no hay duda, sus hijos revelan disposición para lo que los periódicos locales llaman *el divino arte*; mas la falta de comunicación, la imposibilidad de oír á menudo verdaderas eminencias, de asistir á conciertos, y

de tomar el gusto, hacen que la inteligencia no iguale á las aptitudes, y, sobre todo, que les falte la noción exacta del mérito relativo, y se alabe lo mismo á un gran compositor, por ejemplo, que á un aficionado que toca medianamente el cornetín. Sin embargo, como en todo pueblo que se despierta al entusiasmo artístico, hay en Marineda efervescencia y ardor, y el estreno de la compañía de ópera, desde una semana antes, era el acontecimiento capital del invierno. Se había resuelto que empezaría con *Hernani*.

Ya supondrán Vds. que la primera noche que se cantaba ópera en Marineda no era cosa de sacar el cuarteto *bueno*, ni menos de exhibir á la *estrella*, al *clou*, á la Duchesini, con la cual nos traían mareados antes de haberla visto.—No; la Duchesini se reservaba, y de *Hernani* saldríamos... como pudiésemos.

De los dos tenores, también fué el más averiado el que se calzó las botas de papel imitando cuero, se ciñó el colete de pseudo-ante, y salió, rodeado de tagarotes, á echarla de *bandito*. Conociásele á

aquel deshecho ó zurrapa del arte que allá en sus treinta ó treinta y cinco habría recorrido, si no gloriosa, cuando menos honrosa carrera; pisado escenarios de renombre, tenido sus horas de ovación, sus triunfos de toda índole... y aún la esbeltez del cuerpo, la estudiada colocación del cabello, la bien tajada y picuda barba, protestaban contra los estragos prematuros de la edad, ó de la vida desastrada y azarosa, revelada no sólo en los desperfectos físicos, sino muy principalmente en la voz, tan extinguida que desde las butacas apenas la podíamos apreciar, tan empañada y blanda que parecía voz de hombre que canta con residuos de una cucharada de gachas atravesados en el gáznate.—Como *Hernani* es "ópera de tenor", los abonados se manifestaron descontentos, viendo tan mal principio, y notando las escandalosas desafinaciones del coro, y en pasillos y palcos principió á fermentar sorda inquina contra la Empresa y el *cuadro*; los periodistas, desde sus butacas de primera y segunda fila, cuchichearon cabeceando y trocando en

voz baja fatidicas impresiones; el telón cayó en medio de un silencio glacial; y antes de concluirse la ópera, ya corría por el teatro el rumor—mañosamente esparcido—de que se iba á rescindir la contrata de “aquel hueso”. “Buen principio de semana cuando el lunes ahorcan”; decía con detestable humor y satírico énfasis el almacenista de pianos Ardiosa, á matar con la Empresa y la compañía por ciertas quisquillas relacionadas con la organización de la orquesta...; y los defensores del empresario protestaban: “Hombré, bien; ya sabemos que hoy toca este cuarteto... ¿Quería V. que echasen el resto el primer día? ¡Pero ya verán Vds. la Duchesini! ¡La Duchesini!”, Y hacían el gesto del que prueba un dulce muy rico.

¿Lo confesaré? Lejos de compartir el espíritu de hostilidad que hervía en el callejón de las butacas y en todos los puntos del Teatro donde se aglomeraban espectadores contra el cuarteto malo, yo, desde que se alzó el telón pausadamente, sentí compasión, muy luego tro-

cada en simpatía, no sólo hacia el ruinoso tenor (que respondía por *signor* Ettore Franceschi), sino hacia toda la *troupe*. La propia ridiculez de los coros reforzó este sentimiento súbito é inexplicable, que sólo puedo comparar al deseo de protección que nos inspira un perro viejo y cochambroso que recogemos en la calle, y á quien, por su mismo pelaje sucio y espinazo saliente, nos empeñamos en salvar de la estricnina. — No sabré expresar toda la piedad que los infelices coristas me despertaban. Verles allí, de colete, de chambergo, con el aparato romántico de bandidos del siglo xvi, que cantan los novelescos amoríos de su jefe; verles después en el subterráneo donde reposan las cenizas del *sonmo Carlo*, embozados en sus viejas capas y con sus birretes de lacia pluma, echándola de tremendos conspiradores... y leer, bajo la torpe é inhábil mascarada, la realidad de unos hambrones infelices, que ni dinero tenían para adquirir zapatos de época, por lo cual sacaban, con indiferente impudor, botas de elástico para tramar el asesinato de

Carlos V.... ¿No es cosa que hace llorar?
¿Hay espectáculo más lastimoso que este?

Tan poderosa fué en mí la compasión, que, comprometiendo mi prestigio, en todos los corrillos defendí á *aquella parte* de compañía, declarando que las faltas que se notaban eran culpa de la ópera, y de la ópera no más. "*Hernani* es capaz de reventar á un buey, señores... Si estas óperas de *bravura* no hay cantante que las resista... Por eso van desterrándose... Ese *Franceschi* no merece el desprecio con que Vds. lo tratan... Tiene muy buen método de canto... Es lo que se llama *un artista de temporada*... De fijo que la tan cacareada Duchesini no sabe su obligación como él... me huele á que será una cursi, de esas que ponen flecos á las cavatinas... Muchos se enojaban por estas afirmaciones prematuras; pero yo, á fuerza de retórica á lo Magrujo, conseguí que parte del auditorio, la inconsciente, se pusiese de mi lado. "¡Hombrel, (objetaba Ardiosa) "me llama la atención. Pues V., ¿no se las echaba de tan severo ocho días hace?" — Por lo mismo, — re-

plicaba yo. — "Mi opinión es que en Marineda ni puede ni debe haber ópera; pero ya que se ha traído, *contra todo mi parecer*, no vienen al caso aquí las exigencias que tendríamos en el Real." "Pues la Duchesini — me contestaban — en el Real *harta furor*... Ya lo verá V.... Nada, á la prueba."

En medio de estas discusiones, no crean Vds. que me olvidé de Celinita ni de mi inocente *flirteo* con aquella gentil criatura. Entre otras virtudes, tiene la música, para temperamentos como el mío, la de producir cierta embriaguez poética que anula las nociones de lo real. El brío y estrépito de *Hernani* me ha infundido siempre inconsiderada intrepidez, suprimiendo la consideración de los pequeños obstáculos y dificultades que en la vida estorban adoptar grandes resoluciones. Interpretando las sonoridades de los metales de la orquesta como explosiones de la furiosa pasión de *Hernani*, claro está que habian de parecerme grano de anís los inconvenientes que me impedían formalizar mi trueque de ojeadas

con la linda niña de la platea. — ¡Indigno sería de mí, en los instantes en que me sentía arrebatado al quinto cielo del romanticismo, pensar en nada práctico! ¿Acaso Hernani veía á su dama como yo solía ver á Celinita para huir de tentaciones: ajada, en zapatillas, madre ya de varios retoños? Las heroínas de ópera no tienen chiquillos ni envejecen nunca. — Así es que mis ardientes guiños, mis denodados gemelos, dijeron claramente aquella noche á Celinita (que por cierto estrenaba una original casaquilla azul y una corona de *miosotis* muy graciosa) que en mí había la madera de un *Hernani*... capaz de todo... ¡Vicaria inclusive!...

Era miércoles el día siguiente, y el estreno del otro cuarteto y ¡de la Duchesini! con el *Barbero*, llenó de bote en bote el teatro. — Cantó el nuevo tenor, Martinetti, la deliciosa serenata, con voz que hacía temblar las arracadas y colgantes de la lucerna: pero lo que aguardábamos, unos ansiosos y otros hostiles, era la salida de la Duchesini. Cuando se presentó, hubo en el auditorio ese movimiento especial,

eléctrico, que se llama *sensación*, y después reventó un trueno de aplausos. Yo pensaba sisear; pero me pareció que una mano firme, gigantesca, me agarraba de los pelos y con blandura me suspendía, elevándome sobre el asiento de la butaca...

A los primeros gorgoritos de la Duchesini, modulados con agilidad y coquetería, ya mis ojos no acertaban á separarse de la *diva donna*. Me olvidé instantáneamente — prefiero declararlo desde luego, aunque destruya el interés dramático de esta narración — no sólo de mis prevenciones, sino de Celinita, cuyos ojos, medio adormecidos y como descuidados, preguntaban cada cinco minutos al respaldo de mi butaca la causa de mi súbita indiferencia... ¡cuando con mirar á la escena y despojarse de la vanidad natural á las Evas y también á los Adanes, pudiera comprender tan fácilmente...!

Iba y venía la diva por las tablas, zarrandeando ese traje de Rossina que parece imponer la viveza de los movimientos, el donaire en el andar, y toda la desenfada-

da y clásica gracia española. Su monillo de terciopelo verde me hacía compararla, allá en mis adentros, con una culebra de serpenteo airoso. El zapatito de raso negro realzaba un piececillo como un piñón de redondo y chico; de esos piés sucintos y arqueados, que hoy no están de moda, pero que son para los sentidos lo que el fósforo para la bujía. La cabeza de la diva... Ahora caigo en que, si mi descripción tuviese cierta formalidad jerárquica, por ahí debí principiar, y no por el pié; y, sin embargo, esperó que mis lectores me perdonen, y aun me justifiquen, porque la pupila del doctor Bartolo no necesita tener la cabeza hermosa; su encanto se cifra en el piececillo, español, menudo, embriagador como el Jerez, que hierde el pavimento y pisa triunfante los corazones... Iba yo comprendiendo, con suma claridad, por qué el *Barbero de Sevilla* me parecía distinto en Marineda que en Madrid: *otra cosa*, una impresión totalmente diversa. Es que en el Real yo atendía á la música, á la orquesta, á las voces, mientras aquí la peligrosa proximi-

dad sólo me consentía escuchar el ritmo de dos piés cubiertos con una telaraña de seda rosa pálido, y presos en cárcel de raso negro salpicadito de azabache...

Exige el buen orden de mi narración que diga quiénes eran los sujetos que ocupaban las dos butacas contiguas á la mía. Arrellanábase á mi derecha, silencioso, atento é impassible como si estuviese en su caja, el banquero Nicolás Darío, hombre de unos cincuenta años de edad, de mezquina estatura, cabeza nevada á trechos, sonrisa y ojos más jóvenes que el resto del cuerpo, y rostro que, por lo escaso de la barba, lo carnoso de los labios, lo abultado de los pómulos, recordaba la fisonomía que prestan á los faunos los escultores. Darío no era desagradable en figura ni en trato, antes muy atildado y cortés; procuraba siempre que no me estorbasen ni su abrigo, ni su sombrero, ni sus codos: jamás tarareaba anticipadamente los motivos de la ópera; no interrumpía ni estorbaba el placer de escuchar; prestaba con oportunidad unos magníficos gemelos acromati-

zados, y oía con deferencia mis observaciones técnicas. Aunque juraba delirar por la música, yo no sorprendía nunca en él expresión de entusiasmo ni de arrobamiento. Estaba en la ópera como está en misa un incrédulo bien educado. Miraba de continuo hacia la escena, y respondía á mis observaciones con la mitad de una sonrisa llena de indiferencia y urbanidad.

Vivo contraste con el banquero lo formaba, á mi izquierda, el joven teniente de artillería Mario Quiñones. Este manojo de desatados nervios no paraba un minuto desde que subía el telón. Alto, enjuto, bien proporcionado, morenísimo, guapo en suma, Mario Quiñones perdía, en mi concepto, todas estas ventajas por su inquietud mareante y su vertiginosa exaltación. Agitábase en el asiento sin cesar; sus brazos parecían aspas de molino; su cabeza la de un muñeco de resorte. Hasta sus cejas, ojos y labios participaban de tan extraordinaria movilidad. Cuando á fuerza de pellizcos lograba yo que nos dejase saborear las *fioriture* de una cavatina ó deta-

llar los compases de un duo, Mario se crispaba, retemblaba, movía convulsivamente el sobrecejo ó se comía las guías del bigote llegándolas á los dientes con auxilio del pulgar. Por supuesto, era imposible impedir que en voz cavernosa y trémula nos adelantase las frases musicales que iban sucediéndose, por lo cual una noche no pude menos de decirle, impaciente de verdad... —“Pero hombre, esta maldita Duchesini no me deja oírle á V.”

A las dos funciones estaba yo muy harto de semejante vecindad. Quiñones me trastornaba, me volvía loco. Aquella emoción delicada y honda que me causaban los gorgoritos... no... los piecitos de la Duchesini, y que yo hubiese querido archivar y gozar pacíficamente, me la estropeaba el nervioso mancebo, que desde el aparecer de la diva se sentía atacado de una especie de epilepsia entusiasta. Tan hondos eran sus *bravos*, que me recordaban los arrullos de un encelado palomo, sonando así: “¡Broóvoó!” Y no era sólo con la voz, ni con las manos, despe-

Hejadas ya de aplaudir, con lo que Mario jaleaba á la Duchesini: era con el bastón, con los tacones, con el cuerpo en incesante vértigo, y hasta con el alma, que, por decirlo así, se le salía boca afuera, para aplaudir, requebrar y tortolear á la cantante.

En provincias, las actrices se hacen cargo bien pronto de dónde están sus admiradores y partidarios; y la verdad es que con Quiñones no era difícil tal perspicacia. A la segunda ópera que cantó (y fué, si no me equivoco, *Sonámbula*), ya la Duchesini se fijaba en nuestra *peña*, y nos sonreía dulce y picarescamente. También nos miraba con simpatía y aprecio el bajo Cavaglioni, especie de elefante de muchos piés de alzada...

Yo creo que de nuestra *peña* fué de donde salió el vuelo de la fama de la Duchesini, extendida por las cuatro provincias, por España y no sé si por la América española. ¡Cómo supimos improvisar le la gloria! ¡Cómo alborotamos, cómo batimos las claras para que alzase el menengue! Aquella mujer con su voz... ¿con

su voz...? salvó á la compañía. Entre tanto, al tenor Ettore Franceschi le habían rescindido la contrata, y fué preciso dar una función caritativa para costearle el regreso á Madrid. Lo que no se hizo fué contratar otro para el sitio del expulsado, y el pobre becerro Martinetti cargó con las treinta óperas que había que despachar en el primer abono. "Yo canteró hasta que rivente", decía resignado, en su jerga semi-italiana y semi-española. En cuanto á la signora Fioravalle, padecía una ronquera crónica, de resultas de no sé qué percance; y las demás partes de la compañía, la que no tenía una mácula tenía otra.—¡Sólo la Duchesini era al parruiseñor, hurí, haça, artista,—y en particular... sus piés, sus piés en el *Barbero!*

Claro que esto de los piés (verdadero móvil de mi entusiasmo) me guardé de decirlo al público. Era mi secreto. Tenía esperanzas de que nadie más que yo hubiese reparado en aquella perfección divina... Y de fijo que no habrían reparado. Era indudable que los demás sólo admiraban en la Duchesini la primorosa garganta,

los ágiles revoloteos, que movieron á un cronista local á llamarla "la pequeña Patti...", nombre que yo hubiese reformado así: "La pequeña patita".

Algunas veces me argüía mi conciencia de antiguo abonado al paraíso. ¡Era posible que hubiese dado al olvido tan presto las sabias doctrinas y lecciones prácticas de Magrujo, los minuciosos análisis del flaco Dóriga, las trascendentales teorías de La Cerda, todo lo aprendido, lo sentido, lo gozado en aquel purísimo santuario del arte! ¡Era posible que, en vez de estudiar á la Duchesini desde el punto de vista desinteresado y noble de su voz, de sus facultades, de su estilo, de sus méritos de artista en fin, sólo viese en ella y sólo la juzgase por la parte más infima de su individuo!

¡Cómo no había de callármelo!

Era una vergüenza, sí... una vergüenza terrible, que me había prometido que no saliese á la superficie... Una llaga, una ignominia que debía encubrir cuidadosa y esmeradamente...

Y además... ¡Además, también me ha-

bía prometido, me había jurado, me había dado la mano para afirmarme á mi propio que nunca, jamás, amén, en ninguna circunstancia y por ningún pretexto, atravesaría el lóbrego pasillo que conduce á la mortífera región de entre bastidores!...

¡Ah! No; eso sí que no... De algo nos han de servir los años, la experiencia, toda una vida de cautela y moderación, consagrada á defenderse del huracán de las pasiones y del hálito letal del vicio... Para algo te han de valer, amigo Estévez, tus esfuerzos, tus principios, tus precauciones, tu gimnasia moral. ¡Antes se hunda el techo y se desplome la lucerna! En cualquier parte una intriga de teatro comprometería tu formalidad de funcionario público y tu modesto bolsillo de empleado de Hacienda: ¿pero aquí, en Marineda, donde no es posible dar un paso sin que se enteren hasta los gatos de la calle, donde se toma nota de que hemos regateado un par de guantes, en *El ramo de jazmín*, á las doce y media en punto? No; yo no traspasaré esos cuatro tabloncillos del piso del Coliseo, que son, hoy por hoy,

único dique puesto á mis desenfrenados apetitos y única valla que me separa del abismo profundo. ¡Porque yo conozco que si me aproximo á la sirena; si veo de cerca los piecitos eléctricos y dominadores..., seré hombre perdido, y no tendré fuerzas para no acercarme todavía más á ellos, cayendo de rodillas ante la Duchesini!

Hombres que no estimáis el mérito de la resistencia á la tentación insidiosa, yo os ruego que fijéis la consideración en este punto: á veces se requiere tanta fuerza de voluntad para no salvar cuatro tablones, como para poner en fuego vivo ambas manos y no retirarlas. Reflexionad que, mientras desde mi *luneta* (todavía hay en Marineda quien les llama así), me sepultaba en la contemplación de las bases del lindo edificio, ya cautivas en el chapín de Rossina, ya encerradas en el botincillo de raso blanco de Amina (la Sonámbula), mis dos vecinos me decían á cada momento: "Estévez, no sea V. raro..., venga V. entre bastidores. La Duchesini tiene ganas de conocerle... ¡Dice que le parece V. tan in-

teligente en música!... ¡Que sigue V. con una atención tan discreta el canto!... Que le quiere dar á V. gracias por los buenos oficios que le hace... Que vaya V. á saludarla en su cuarto, aunque sólo sea un minuto...". Y yo, con la vista nublada, los oídos zumbadores, la garganta seca, tenía que responder: "Denla Vds. mil expresiones... Díganla que soy su más apasionado admirador, y que ya iré... cualquier día...".

Y les veía filtrarse por el lóbrego pasillo, y quedaba envidiándoles..., no sólo por aproximarse á *ella*, sino porque tenían la fortuna de no ver en *ella* más que á la cantante, á la artista... Iban impulsados del móvil más noble; ¡iban rebosando desinterés! Yo era el que no podía acercarme á la deidad de mis sueños..., ¡y no me acercaría, no!... Conocía muy bien toda la fuerza de mis resoluciones, y sabía que, aunque tascase el freno, podría contenerme... hasta morir. Mi voluntad era omnipotente, mi voluntad triunfaba.

En lo que no me contuve ni me reprimí, ni había para qué, fué en la manifestación

externa de mi entusiasmo fingidamente artístico. Por lo mismo que me imponía el doloroso sacrificio, la cruel privación, créime autorizado para ofrecer... á los piés, realmente á los piés de la Duchesini, mi prestigio de inteligente, mis influencias sociales, y hasta el *superavit* de mi limitado presupuesto. Yo fui el faraute, yo el coribante de la conspiración duchesinista, que ha dejado en los fastos musicales de Marina eterna memoria. A mí puede decirse que se debe la serie de ovaciones que espero nunca podrá olvidar la seductora *diva*. No: nunca olvidará ella—aunque viva cien años—la noche de su beneficio en Marineda. Como que otra igual no la pesca, señores.

Desde un mes antes la veníamos preparando. Suelos y artículos en la prensa local, conversaciones en los corrillos, frenéticas salvas de aplausos apenas aparecía en escena la Duchesini, envíos de ramos de flores, con que sabía yo que estaba embalsamado su cuarto,—aquel edén cuya entrada me había vedado á mí propio—todo iba formando en torno de la

diva esa atmósfera candente y electrizada que precede á las apoteosis.—Y un día tras otro se susurraba que el beneficio sería un acontecimiento sin igual; que ni la Nilson, ni la Sembrich, ni la Patti, con quien comparábamos á nuestra heroína, podrían jactarse de haber recogido, en su larga carrera de triunfos, homenaje más brillante y fastuoso...

Estos augurios traían soliviantada á la misma Duchesini. A simple vista notábase en ella el soplo vivo y dulce del aura próspera. Estaba coquetona y alegre; se vestía mucho mejor; brillaban más sus ojos, mariposeaban como nunca sus funestos é incomparables piés... La dicha la transformaba; el empresario tuvo que subirla el sueldo para el abono supletorio; no se hablaba sino de ella, y hubo noche en que se la hizo salir á la escena *diez y siete* veces después del *rondó* de Lucía...

Y en medio de este frenesí, de este halago, de esta idolatría de todo un pueblo, llegó la noche memorable del beneficio. Los palcos se habían disputado como si

fuesen asientos en el cielo, á la diestra de Nuestro Señor. En cada uno se reunían dos familias, de modo que parecían retablos de ánimas. Las señoras habían sacado del ropero lo mejorcito, y muchas se habían encargado trajes para el caso. Predominaban los escotes, y veíase, como en el Real en días solemnes, mucho hombro blanco, algunos brillantes, guantes largos, abanicos de nácar, que agitaban un ambiente de perfumes. También se habían extralimitado los señores; en el palco de la Pecera y en las butacas, los admiradores locos de la beneficiada obedecían á la consigna de presentarse de frac —cosa que reprobaban con expresivo movimiento de cabeza los formales, entre ellos Nicolás Darío, firme en su acostumbrada y correcta levita.—Por hallarse tan atestado el teatro, en los huecos que quedaban entre butacas y palcos se habían colocado sillas, y no se desperdiciaba ni una. En fin, estaba aquello que, como suele decirse, si cae un alfiler, no encuentra dónde caer. No hablemos de la cazuela, confuso hervidero de cabezas huma-

nas: abajo se murmuraba misteriosamente que arriba se ocultaban “personas decentísimas, gente de lo mejor del pueblo.”

Pero lo que sobre todo realizaba el aspecto del teatro, era la magnífica decoración discurrida por nosotros. Las delanteras de los palcos habíamos ideado empavesarlas con banderas italianas y españolas, cruzadas en forma de pabellón ó trofeo; encima destacábanse coronas de laurel natural y grupos de rosas blancas.—Hubo por cierto dos ó tres de esos eternos descontentos y gruñones que encuentran defectos á lo más loable, y agriamente censuraron que para obsequiar á una tiple se sacase á relucir la bandera española... Calculen Vds. lo que les contesté... Yo, ¡que hubiese tendido á los piés de la diva el mismísimo palió!...

La ópera elegida para el beneficio era la del estreno de la diva, ó sea *El Barbero*. Conveníamos los inteligentes en que el papel de Rossina constituía el triunfo de la Duchesini. Cuando se presentó la

diva en escena, fué aquello un espasmo, un delirio, un desbordamiento. Los de los fracs nos levantamos gritando: "¡Vival!", y haciendo mil extremos insensatos. Calmado al fin nuestro ímpetu, nos arrellanamos en la butaca, suspendiendo hasta la respiración para mejor escuchar y no perder...

Iba á decir ni una nota; pero esto de la *nota* apliquenlo Vds. á los que me rodeaban, al resto del honrado público: no á mí, prevaricador del arte y desertor de la moral, que en vez de atender á las melodías de Rossini, sólo tenía ojos y oídos y sentidos corporales para el moverse de dos piececillos traviosos, aflagranados, cucos, que estrenaban aquella noche solemne una funda de seda lacre: lacre era también el gracioso monillo y la falda ceñida é indiscreta que lucía la Duchesini, velada con volantes de rica blonda española...

Hay en el segundo acto de *El Barbero* una situación que suele elegir la tiple para lucirse y el público para manifestar toda su benevolencia. Es la de la "lección

de música", donde la pupila del gruñón vejete ejercita el derecho de cantar lo que más le agrade ó acomode, la pieza con que mejor luzca sus facultades. La Duchesini tenía señalada de antemano, para tal circunstancia, una de esas arias de gorgoritos sin fin, que remedan cantos de pájaros trinadores. No bien comenzó á dejar salir de su boca sartitas de perlas, estalló la ovación preparada.

Principiaron á caer de la lucerna, de las galerías, de los proscenios altos, de las bambalinas, de los palcos terceros, papelicos rosa, verdes, azules, amarillos, blancos, grises, que como lluvia de pétalos de flores inundaron el aire, tapizaron el escenario, alegraron los respaldos de las butacas y se quedaron colgados en los mecheros de gas. Las señoras alargaban la enguantada mano y atrapaban al vuelo los tales papeles; los chicos se entregaban á una verdadera caza, para "reunir toda la colección", que se componía nada menos que de diez hojas volantes, ó sea de otras tantas poesías, obra de ingenios de la localidad, entre los cuales se

llevaba la palma el acreditado Ciriaco de la Luna, vate oficial en inauguraciones, festejos, entierros, beneficios y días señalados, como, por ejemplo, el Jueves Santo ó el de Difuntos.

De los papelitos resultaba que al aparecer en el mundo la Duchesini, ruiseñores, cisnes moribundos, malvises y bulbules habían pegado un reventón de envidia; que la llama del genio cercaba su frente (la de la Duchesini); que era "divina"; que había nacido del apasionado contacto de un trovador y una hurí; y que al partir ella, Marineda, por algún tiempo transportada á la mansión de los ángeles, iba á caer en las tinieblas más profundas, en el limbo del dolor. ¿Quién nos consolaría? ¡cielos! ¿Quién nos devolvería aquellas horas edénicas, mágicas, de inefable felicidad? Ella era una estrella, un cisne, que ya volaba á otro lago; ella iba adonde la aclamarían multitudes delirantes, y donde reyes y príncipes arrojarían á sus piés cetro y corona..., pero nosotros... ¡ay! nosotros, ¡cuál nos quedá-
bamos! Probablemente nos moriríamos

de nostalgia... Sí; Ciriaco de la Luna vaticinaba su propio fallecimiento...

A la lluvia de papelitos y de rípios, siguió otra de pétalos de rosa y de rosas enteras, que alfombraron el escenario: luego gruesos ramos fueron á rebotar contra las tablas, á los piés de la diva.— Con este motivo se rompieron dos ó tres candilejas de reverbero, y la concha del apuntador fué literalmente bombardeada. El director de orquesta, vuelto hacia el público, sonreía empuñando la batuta; los músicos, interrumpida su tarea, sonreían y aclamaban también... Y entonces principiaron á entrar los ramos *formales* y las coronas.

Comparsas, acomodadores, mozos de los casinos y sociedades, y hasta algún criado de casa particular — el de Nicolás Darío, verbigracia— desfilaron dejando á los piés de la Duchesini, ya unos ramilletes colosales, como ruedas de molino, con luengas cintas de seda y rótulos en letras de oro, ya coronas de follaje artificial. Iba formándose un ingente montón: la diva quiso conservar en sus manos el primer

ramo, después de llevarlo á la boca, pero se lo impidió el peso, y pálida, sonriendo, cortada de emoción, tuvo que ir soltando *bouquets* por todas partes, sobre las mesas, sobre las sillas, sobre el clavicordio, ante el cual el tenor, vestido con el eclesiástico disfraz de Don Alonso, presenciaba la ovación sin saber qué cara poner...

Mas esto de las flores era sólo el prólogo. Faltaba lo mejor, lo gordo, lo inaudito en Marineda. Empezaron á entrar estuches en bandejas de plata; venían abiertos; uno contenía una corona de hojas de laurel de oro, otro un brazalete, otro—el último, el más importante sin duda—una cajita minúscula de terciopelo, donde brillaban dos hermosos solitarios...

Al mismo tiempo se repartía y vendía por los pasillos del teatro un periodiquín tirado en una imprenta microscópica, y enriquecido con una larga é insulsa biografía de la Duchesini, versos á la Duchesini, agudezas y anécdotas, en, con, por, sobre la Duchesini, pronósticos de

que la Duchesini eclipsaría á las más refulgentes estrellas del arte musical..., y un fotograbado que representaba á la Duchesini...; pero ¡ay! á la Duchesini... de cintura arriba. ¡No había tenido en cuenta el artista que aquellos piés sublimes eran los que merecían los honores del fotograbado!

.....

En semejante noche me quedé afónico de gritar, ronco de bravear, desollado de aplaudir; así es que bien puedo afirmar que tenía fiebre cuando á la siguiente mañana despedimos á la Duchesini, que se embarcaba prosaicamente para Gijón. Sí, la ví de cerca... Como ya no había peligro, me atreví á estrecharle..., ¡ay de mí, la mano, sólo la mano, á bordo del esquiife que la conducía al vapor! Ella iba muy llorosa, envuelta en velos y abrigos, quebrantada, al parecer, por la pena, la gratitud, el placer, la impresión honda que de Marineda se llevaba. Yo, sin respirar, tembloroso, silencioso, la ayudé á subir por la escalerilla del vapor..., y como estas escalerillas son tan indiscre-

tas, aún pude divisar el pié enemigo de mi calma, metido en elegante botita de viaje; el pié, que resonaba sobre la madera de la cubierta, y al romper el buque las olas con hirviente estela se alejaba y se perdía para siempre...

.....
No hice caso nunca de Celenita. Estuve malo, tristón; fui á las aguas para curar mi estómago y mi espíritu...

Dos años después volvió á verse en Marineda compañía de ópera: barata, mediana, bastante igual.—Darío y Quiñones eran nuevamente mis vecinos de butaca; y, ¡claro!, á las primeras de cambio recayó la conversación en la para mí inolvidable Duchesini.

—¿Sabe V. (dijo con su calma algo irónica y siempre cortés el banquero) que se me figura que hemos levantado de cascos á aquella infeliz, y la hemos hecho desgraciada para toda su vida?... Porque ya sabrá V. que en Madrid le atizaron una silba horrible..., y en Barcelona por poco le arrojan las butacas.

—Es que la Duchesini no valía gran

cosa, si hemos de ser francos y justos (respondió febrilmente Quiñones, que atendía extático á las notas de la contralto). La que es una notabilidad, es esta Napoliani.

—Lo que tenía la Duchesini (murmuré yo, como quien desahoga el corazón de un pesado secreto) eran unos piés... ¡inimitables, sin igual! Yo no he visto piés así... nunca, más que en ella.

—¡Ah! (confirmó Quiñones arrastrado por un vértigo de sinceridad.) ¡Pues si los admirase V. en babuchas turcas..., las que traía por casa!

Darío hizo una mueca que parecía contracción galvánica; pero dominóse al punto, sonrió, y clavando los ojos en Quiñones, articuló lentamente:

—Hay que confesar que la... la... continuación... de los piés... no desmerecía del principio. ¿Verdad, amigo Quiñones? Pero nuestro Estévez nunca quiso ir al cuarto de la diva...

Me senti palidecer de vergüenza y de celos retrospectivos; noté en el corazón angustia y en el estómago mareo...; pero

me rehice, me encuaderné, y serio y enérgico respondí:

— ¡Bah! ¿Qué importa, después de todo, que una cantante tenga los pies feos ó bonitos? Aquí se viene... por el arte.

MORRIÓN Y BOÍNA

LA casa número 16 de la calle de la Angustia, en Marineda, trae á mi memoria tantos recuerdos! Y no de esos que producen melancolía, sino de los que infunden cierta nostalgia regocijada y benévola; algo como el ritornelo de una sana explosión de risa al acordarse de un castizo sainete.

Hace ya ocho años que los inquilinos de los pisos principal y segundo de aquella vieja casa se fueron á habitar en otra más espaciosa, aunque de aposentos angostos, helados y oscuros; más alta de techo, como que se lo da la bóveda celeste; más poblada, aunque siempre muda...

me rehice, me encuaderné, y serio y enérgico respondí:

—¡Bah! ¿Qué importa, después de todo, que una cantante tenga los pies feos ó bonitos? Aquí se viene... por el arte.

MORRIÓN Y BOÍNA

LA casa número 16 de la calle de la Angustia, en Marineda, trae á mi memoria tantos recuerdos! Y no de esos que producen melancolía, sino de los que infunden cierta nostalgia regocijada y benévola; algo como el ritornelo de una sana explosión de risa al acordarse de un castizo sainete.

Hace ya ocho años que los inquilinos de los pisos principal y segundo de aquella vieja casa se fueron á habitar en otra más espaciosa, aunque de aposentos angostos, helados y oscuros; más alta de techo, como que se lo da la bóveda celeste; más poblada, aunque siempre muda...

Ocho años, sí... ¡y en ocho años, cuántos sucesos y qué rodar del mundo! hace que duermen en el camposanto de Marineda, al arrullo del ronco Cantábrico, las dos irreconciliables estantiguas, los dos vejstorios enemigos, á quienes, por no andar zarandeando los apellidos de su esclarecida prosapia, llamaré sonora y significativamente Don Juan de la Boína y Don Pedro del Morrión.

Al primero le conocí y traté mucho más que al segundo. Lo que se ofrece á mi fantasía cuando evoco la forma corpórea en que se encerraba el bien templado espíritu de Don Juan, es... su nariz. ¿Quién podría olvidarla? Comprendo que se borren otros detalles fisiognómicos é indumentarios de varón tan insigne, por ejemplo: los ojillos pequeños como cabezas de alfiler de á ochavo, emboscados tras la broza desigual de las cejas; los labios bellos, haciendo pabellón á la monástica papada; el cráneo puntiagudo, con erizada aureola de canas amarillas; las orejas de ala de murciélago, despegadas, vigilantes, sirviendo de pantalla á las mejillas

coloradotas; las manos hoyosas y carnudas, de abadesa vieja... Hasta cabe no recordar aquel vestir tan curioso, proyección visible de un criterio anticuado: el levitón alto de cuello y estrecho de bocamanga, ceñido al talle y derramado por los muslos en amplísimos faldones; el chaleco ombligüero; el reloj con dijes; el pantalón sujeto al botín blanco por la trabilla de los lechuguinos de 1825, pero generalmente abrochado de un modo asaz incorrecto; el corbatín de raso; la almilla de franela, color de azafrán; la chistera cónica; el pañuelo de hierbas á cuadros; la caja de rapé; el famoso *raglán*, prenda que sólo en hombros del Sr. Boína pudo admirar la Marineda contemporánea, y tantas y tantas particularidades como merecían especial mención en el decano de los tradicionalistas marinedinos. Pero eran flor de cantueso al lado de su severa, majestuosa, aquilífera y arquitectónica nariz.

En mis tiempos de chiquilla, al venir á casa el chocolatero (entonces se molía el chocolate á brazo y nos tomábamos, des-

leídas en la jícara del caracas, gotas de humano sudor), concluida la elaboración de la molienda, y en espera yo de los obsequios de última hora que en casos tales no se regatean á los niños, recuerdo que el buen artesano se pasaba el dorso de la mano por la húmeda frente, suspiraba como quien exhala el postrer aliento, y me decía: "Espera, espera... que te voy á hacer dos conchitas y un Don Juan Boína de chocolate.", Inmediatamente se ponía á modelar el monigote, de perfil, con una prolongación en mitad de la cara, mayor que la cara toda. Y era un Don Juan Boína que estaba hablando.

Algo conviene indicar sobre la historia política del insigne personaje, á fin de que se comprenda la trascendencia del pseudónimo que elegí para él. Y no piensen los maliciosos — gente por desgracia la que más abunda — que si en esta historia no se contienen hechos memorables en el terreno cívico ni en el militar, es en mengua del esforzado corazón y gallardo ánimo de Don Juan Boína. No, y mil veces no. Antes penetraría el aire ambiente en

los apretados poros de un fino diamante, que el pavor en el alma de Don Juan. Si la suerte le destinó á mero espectador de grandes sucesos, no es culpa suya ni de su tesón indomable, por el cual alguien dijo que el Sr. Boína tenía el meollo como la caja de una carretera: relleno de guijarros.

Insisto en que Don Juan no hizo cosas extraordinarias, porque no estaba de Dios que las hiciese; y atrevase nadie á desmentir esta verdad. Si dispusiese la Providencia que Don Juan fuese un Napoleón I, llegaría á serlo... probablemente. ¡Pues apenas sentía él en su alma nobles ímpetus y ansia de señalar con un rastro de gloria su paso por el mundo!

Don Juan había nacido en los primeros años del XIX, por lo cual afirmaba él que "iba con el siglo", aun cuando su modo de pensar y sentir desmentía palmariamente esta aseveración. Sus tempranos bríos juveniles los gastó, durante la primera guerra civil, en limpiar furtivamente trabucos naranjeros y pistoletos de chispa; dedicar en el Rosario muchas oraciones al triunfo

de la buena causa, y eludir las asechanzas de los liberales compostelanos, resueltos á medir las costillas de los carlinos, como los carlinos se las habían santiguado á ellos en los años de reacción absolutista. ¡Ah! Es que entonces la gente no se andaba en chanzas, no: por los caminos reales encontraba el viajero los cuartos de algún cuerpo humano, y oía sin asombro que aquel brazo ó aquella pierna eran del faccioso Fulano de Tal, si es que no entraban en Compostela los cruentos despojos atravesados en una mula y gotteando sangre... Cualquiera entiende que la prudencia de Don Juan tuvo muchas ocasiones de ejercitarse en época tan azarosa, y el haber salido ileso de ella prueba suficientemente sus condiciones de sagacidad y su diplomacia admirable. Como Sièyes bajo el Terror, Don Juan pudo responder al que le preguntase por sus actos en tan críticos momentos: "He vivido."

Restablecida la paz, y afianzada la "inocente Isabel," en el trono, Don Juan descansó de sus fatigas refugiándose en el

seno de la ventura doméstica; ó, para hablar en romance llano, se casó. Tomó por esposa á una señorita de Lugo, fina, espiritada, romántica y sensible, que hacía unos versos flébiles y gemidores como el aura. Por orden de su marido ocultó los tales versos cual la violeta su perfume; dedicóse á la práctica de las virtudes conyugales, fundamento de la sociedad cristiana, y vivió dedicada á abrochar á Don Juan las trabillas, hacerle el nudo del corbatín, plancharle las pecheras, pegarle botones en las camisas, marcarle pañuelos... hasta que entregó á Dios el alma, que fué pronto, y de una murria ó consunción inexplicable, dada su felicidad. Entonces pagó Don Juan tributo á las letras, imprimiendo las poesías de su difunta, con este título y subtítulo: "Suspiros del corazón. Obras poéticas de la señora doña Celia Monteiro de la Boína. Dalas á luz su desconsolado esposo, en memoria de sus virtudes."

Antes de la enfermedad de la señora de Boína, ciertas malas lenguas, merecedoras de que las hiciesen picadillo, murmu-

raron algo que tuvo graves consecuencias para el porvenir de su marido, siendo el primer chispazo de un odio inextinguible. Lo que se susurró fué si la esposa de Don Juan se asomaba ó no se asomaba á la galería para ver pasar la milicia capitaneada por el apuesto Don Pedro del Morrión, el más fogoso nacional de Marineda. Este tal era un abogadillo tronera y bullanguero, cabeza caliente y corazón expansivo, alma de todos los motines y pronunciamientos de aquella época, en que los había diarios. En cuanto á que la señora de Boína se dejase ó no se dejase impresionar por las relucientes charreteras y la magnífica pompona del señor Morrión, es punto que no ha dilucidado la historia, tan solícita en aquilatar otros menos importantes. Lo indudable es que las habillitas referentes al caso llegaron á oídos del esposo y encendieron en su ánimo un furor que cincuenta años después ardía igual que en los primeros instantes. Comparado con aquél, ¿qué valen los frenesíes de Otelo ni las iras del Tetrarca? Apenas Don Juan se enteró del rumorcillo (sin

duda por algún chismoso), es fama que hizo el soliloquio siguiente:

—España está perdida. No se respeta el honor ni el hogar. Si en vez de mandar Espartero tuviésemos rey y religión como es debido, Don Pedro del Morrión sería ahorcado por sedicioso; pero en los tiempos que corren, ese libertino cobra el barato en Marineda. ¡Si algún día cae bajo mi poder!...

A su vez el miliciano, viendo acaso que la señora de Boína no se asomaba ya, y encontrándose por las noches al marido, muy embozado, que rondaba su propia casa velando por su dignidad, como él decía, se echaba esta cuenta:

—Servilón de Satanás: cuando vuelva la de apalear á los de tu casta, del primer garrotazo... te despachurro esas narices de mascarón de proa, y quedas bonito.

Si aquel drama interior se exteriorizase, sólo Dios puede saber qué habría pasado: no cabe duda: con la voluntad, el señor Boína se comía diariamente los higados del señor Morrión, y el señor Morrión solfeaba á estacazos al señor Boína.

Pero con la voluntad, entiéndase bien: con la voluntad tan sólo. En el terreno de los hechos no sucedía más sino que cada vez que se encontraban los dos héroes, fruncían el ceño, chispeaban sus ojos, se les hinchaban las narices, tosían, mirábanse de soslayo, y... maldito si pasaba otra cosa.

Corrieron años, y allá en el de 44 gozó Don Juan la dulce emoción de esperar que acaso el tremendo Puig Samper, Capitán general de Galicia, le mandase atizar á Don Pedro unos tiritos por haberse entremetido en el alzamiento de Iriarte. No se le cumplió el gusto, y, dominado el motín, Don Pedro siguió paseándose por Marineda tan orondo, alborotando con la reorganización de la milicia. Tampoco se le logró el deseo á Don Juan dos años después, fecha de la famosa hecatombe de Carral. Según Boína, no era Solís el organizador de la revolución, sino Don Pedro, bajo cuerda, por supuesto; y cuando llevaron atado codo con codo al jefe de Estado mayor de Samper para arcabucearle, Don Juan bramaba y repetía:

—¡Mientras no lleven así al botarate de Morrión!...

La efervescencia montemolinista dió luego mucho en qué entender al señor Boína, y casi le distrajo de su odio. ¡Con qué afán siguió las operaciones de Cabre-
ra en Cataluña! El se sentía capaz de hacer otro tanto en Galicia... si le facilitasen mimbres y tiempo. No sería el caudillo militar, pero sí el genio organizador, la cabeza. En ésta rehizo todo el plan de campaña, y á seguirse el suyo, no hubiese terminado como terminó aquella empresa malograda y heroica.

Por su parte, el Sr. Morrión andaba también muy entretenido en aquellos días de pronunciamientos, conspiraciones, golpes de Estado y milicia nacional siempre en danza. Cuando tocaron á disolver la fuerza popular, en el memorable año de 56, sobrabanle ya á Don Pedro motivos para tener juicio, porque sus sienes lucían canas y arrugas su rostro; no obstante, perdió la chabeta, y se adhirió á la resistencia barricadera del pueblo marinedino, cuyos nacionales no quisieron rendir-

se hasta que lo hiciesen los de Madrid. La mañana luctuosa en que fué preciso entregar las armas, como acertase á pasar Don Juan Boína, que volvía de misa, y fuese visto por un grupo de milicianos, hubo dos ó tres silbidos, se cantó el trágala, y el corneta de la compañía se destacó á pintarle con tiza un borrico en la espalda del *raglán* que ya gastaba entonces. ¡Qué inefable placer le produjo el desarme de aquellos pilletes, y contemplar á Morrión cariacontecido, con las orejas gachas, privado para siempre del gusto de ostentar su brillante uniforme y jugar al coronel! Y emitiendo un juicio histórico más profundo de lo que él mismo creía, se dijo Don Juan respirando fuerte:

—La milicia ha muerto. Nunca más resucitará. Se reirán de esta farsa las generaciones venideras. La causa, la santa causa, en cambio, vive y ha de vivir mientras haya españoles. Yo, yo soy inmortal. Ya verán cómo renazco de mis cenizas cuando menos se lo figuren. Y así que tal suceda... ¡ay del infame seductor, masón y perdido!

Renació, en efecto, el fénix con misterioso aleteo allá por el año de 60, cuando se fraguó el complot extraño y romancesco de la Rápita. No había entonces ferrocarril ni señales de él para Galicia, y, sin embargo, á Marineda llegaron unos venticillos de noticias, exhalados quizá de la famosa casa de la calle de Amanuel, y á boca de noche los vecinos curiosos pudieron ver entrar en el portal de Don Juan Boína á dos ó tres pajarracos, quier rebizados en negros manteos, quier envueltos en cumplidas pañosas. La sinceridad de fiel cronista me obliga á declarar que en aquellos clandestinos conciliábulo no acontecía más que lo siguiente: leer de cabo á rabo *La Esperanza*, periódico de simbólico título, toser y estornudar, roncar á veces al amor del brasero, y despertar entre sueñecillo y sueñecillo para decirse muy bajo—tan bajo como si detrás de cada puerta estuviese apostado un espía—que se preparaba ¡algo! ¡algo! Ellos no sabían qué... pero, vamos, algo se preparaba. ¡Algo!

Al estallar lo que se preparaba, quedá-

ronse con la boca abierta. Todo lo aguardaban menos eso. Para decir cumplida verdad, sus informes no les autorizaban á prometerse ni eso ni otra cosa, porque, seamos francos, ni sombra de informes auténticos tenían que comentar en sus nocturnas reuniones; pero, sea como quiera, siempre la imaginación pinta, y á ellos les pintaba entradas por Portugal, intervenciones de Inglaterra con motivo de lo de Marruecos, órdenes del Papa, todo, menos la tartana y el sacrificio del novelesco y simpático Jaime Ortega. Ortega... ¿quién era Ortega? ¡Humillación indescriptible! Ninguno lo sabía. En fin, ahora, después de la catástrofe, lo que importaba, era ponerse á salvo. Había transpirado en Marineda el misterio de aquellos cónclaves subversivos; el diablo, que todo lo añasca, llevó á oídos de las autoridades alarmantes rumores... y Don Juan y compañía se dedicaron á buscar agujeros y refugios para no sufrir la suerte del mísero capitán general de las Baleares. ¡Ahí sería nada si les metiesen en un bote con trampa en el fondo, y bajo pretexto de conducirles al

castillo de San Andrés, les dejasen hundirse bonitamente en mitad de la bahía! ¡Pues no digo si los trincasen, y en la revuelta de un camino, alegando que habían intentado desatarse, les escalfasen los sesos de una descarga! Lo que más color daba á estos recelos, lo que los elevó á pánico, fueron unos anónimos sombríos y preñados de amenazas, cerrados con miga de pan y escritos por mano indocta, que rezaban así: "Murciélagos: encomendad vuestras almas á Dios; llegó vuestra última hora. Ya se descubrieron vuestras negras tramas. Se os arrancará la careta. Mochuelos que huís de la luz, ahora sí que os quemamos la madriguera. Pereceréis entre las llamas, ya que nos queríais asar á nosotros en las de la ominosa Inquisición." Al poner en el buzón para el correo interior estos y otros disparates, Don Pedro del Morrión y dos amigos suyos, asiduos concurrentes á la logia de Marineda, se perecían de risa.

—De esta hecha mueren de canguelitis. El Doctoral ya está enfermo de... pues, de flojedad en el ánimo. A Don

Juan Boina se le ha estirado un palmo la nariz.”

Pasaron, por fin, aquellos tragos y aquellos sustos; vino el gran acontecimiento revolucionario, y con él una serie de trascendentales sucesos que vengaron cumplidamente á Don Juan de las picardías de su antiguo rival. Mientras el señor de Morrión, hecho ya una pasa, arrollado por la gente nueva que trajo consigo la marea de la septembrina, se quedaba arrinconadito en el instante mismo de triunfar sus ideas de toda la vida, y, en unión de su partido, empezaba á momificarse, el señor de Boina, precisamente cuando se desencadenaba la anarquía, iba subiendo á las colosales proporciones de jefe de partido en Marineda. Sin saberse cómo ni por qué, el señor de Boina era ya un personaje político á tiempo que se eligieron las Constituyentes de la revolución. Tanto, que una mañana se le vió enderezar el espinazo asaz encorvado; despedir lumbres por los microscópicos ojitos; ajustarse marcialmente el raglán; echar calle arriba, camino de la

iglesia donde oía misa todos los días del año; y una vez allí, hincarse de rodillas ante el altar de los Dolores, abrir los brazos, y con un impulso de verdadera fe—tal vez el único momento estético y sublime de su larga existencia—rezar en alta voz una Salve. Era diputado electo por el distrito de la Formoseda.

Es seguro que con el mismo entusiasmo que puso en sus labios la oración, Don Juan hubiese pronunciado en las Cortes largos y magníficos discursos, á no tropezar con cierta premiosidad en la elocución y cierta carencia de... de ideas no precisamente, sino de las fórmulas en que se envuelven esas ideas para salir á luz revestidas con las galas de la oratoria. No obstante, fué muy digna de encomio en aquella campaña parlamentaria la docilidad del señor Boina al votar con la minoría tradicionalista, y la modestia con que se hizo á un lado dejando los primeros puestos á los Aparisis, Monescillos y otras personalidades eminentes, con las cuales ni siquiera intentó entrar en pugna.

Lo que le desacreditó un poquillo, in-

utilizándole para las legislaturas venideras, fué el fiasco de la delicada comisión que le encomendó el partido tradicionalista gallego, delegándole por la provincia de Lugo para asistir á la importante junta de Vevey. La idea de viajar por el extranjero puso á Don Juan fuera de quicio: es indecible el desdén con que miraba á su enemigo Morrión cuando en aquellos días le encontraba casualmente en las calles de Marineda. "Ahora verás, quidam, pelagatos, la diferencia que va de un furriel de nacionales á una notabilidad política.", Preciso es confesar que el señor de Morrión andaba cariacontecido y mohino. "Lo admito todo.",—decía á sus amigos y compinches de logia.—"Que vuelvan á cantar la Pitita, que manden los curas, que se restablezcan los autos de fe, que tengamos que tragar otra vez los diezmos... Pero, ¡caramillo!, no comprendo esto de que se consigan tales cosas, haciendo personaje político á una calabaza... que más gorda no la ha producido nunca ninguna huerta.", ¡Cuál sería el regocijo de los malévolos detractores del señor

Don Juan al saber que éste, en vez de dirigirse á Ginebra para acudir á Vevey, había ido á dar con sus huesos á Génova; y desconociendo el idioma, confundido, mareado, indispuesto, no había conseguido llegar á la Asamblea magna sino con toda la oportunidad del mundo, después de la última sesión!

Todos los periódicos de Marineda, *El Adalid*, *El Nautiliano*, *El Grito marinédino*, publicaron en esta ocasión chispeantes sueltos y cómicas reseñas del viaje de Don Juan. Los tradicionalistas que le habían elegido por mandatario quedaron tan satisfechos como puede suponerse, y el astro político del señor Boína empezó á apagar sus resplandores, quedándole sólo unas tenues lumbres que todavía conservaba cuando yo le conocí y traté.

En suma, ¿qué importaba á Don Juan la decadencia? Es ésta compañera inseparable de toda humana gloria: no hay grandeza que no decline, no hay imperio que no fenezca y se acabe. Hundióse el poderío romano; cayeron en ruinas Babi-

lonia y Nínive: Jerusalén, Cartago, Itálica, sufrieron la misma suerte. En esto pensaría Don Juan para consolarse, si á tanto llegase su erudición, ysi no le bastase el recuerdo... que á los setenta y tantos años reemplaza á la realidad de un modo satisfactorio. ¿Quién le podía quitar haber sido diputado en las Constituyentes? ¿Quién haber ido á Vevey... aunque fuese por el camino de Génova? ¿Quién la sonrisa cariñosa y las atentas palabras de Doña Margarita de Borbón? Que rabíase el viejo ex-miliciano, pues no registraba en su historia efemérides tales.

Recién salida del horno la Restauración, conocí personalmente al señor Don Juan, y aun tuve el placer de que se sentase varias veces á mi mesa. La primera fué, por más señas, un día de días; creo que un San José, patrono de casi todos los españoles. Colocado á mi derecha; luciendo en la almidonada pechera un descomunal y arcáico broche de diamantes y rubíes entrefalsos; con la servilleta puesta á guisa de babero, el patriarca me inspiraba una especie de respetuosa commi-

seración mezclada con unos impulsos de reír, á que me guardé bien de dar salida, porque para algo se hicieron la cortesía y la buena crianza. El se había propuesto ser galante conmigo, y desde la sopa empezó á ofrecerme, con los dedos, yemas y almendras de las que contenía un plato montado puesto frente á nosotros. Una yema me la dió con el cocido, otra con el frito, otra con las perdices. Y había aquello de:

—Esta por mí. Esta por el señor de los días. Si me desaira V., me ofendo. V. no querrá desairarme.

No, no quería desairarle, y me tragué las yemas. Mi buen natural impidió que meditase proyectos de venganza; pero la casualidad y la suerte me sirvieron mejor que solicitaba yo misma, poniéndome en ocasión de dar el disgusto magno al señor Boína. He aquí cómo.

—Carteábame por entonces con un ilustre paisano mío, un marinedino que ha dejado memoria, escuela, partido y hasta dinastía en España; hombre de agudísima inteligencia, que gracias á ella obtuvo la

jefatura del tradicionalismo español, y consiguió, andando el tiempo, desde el fondo de la tumba, sobreponer el prestigio de su nombre al del mismo principio monárquico, en la conciencia de la gente más monárquica del mundo: señalado ejemplo del poder de la dialéctica y de las doctrinas cerradas y radicales. Este varón notable, á quien llamaré Don Máximo Robledal, me escribía, como digo, si no muy á menudo, por lo menos las veces suficientes para causarle al bueno de Don Juan Boina berrinches, jaquecas, melancolías y desazones de toda especie, porque tenía determinado, en su fuero interno, que la única persona á quien Don Máximo Robledal podía escribir en Marineda era á él. ¡El, el delegado de Vevey, el diputado á Cortes! Cada vez que recibía el correo, latíale el corazón como á niña con novio ausente, y acostumbraba quedarse con las cartas en la mano, calados los espejuelos, los párpados contraídos, saliente el labio inferior y destacado el sobrecejo coronando su poderosa nariz, la cual rascaba suavemente con la

uña del pulgar izquierdo, murmurando:

—Pero ¿de quién será esta carta? A ver: ¿de quién? Del señor penitenciario de Lugo no puede ser: no es su letra, que bien la conozco. Pues del marqués de la Figueira, menos: como que se encuentra imposibilitado y no escribe á nadie. De mi primo Jacinto María... ¡si tuve otra ayer!... y las *bes* mayúsculas de Jacinto son de distinta hechura que éstas. Tampoco me parece del cura Bouzas. ¡Quía! Si trae timbre de Madrid. ¿Será?... ¡Santo Dios! Acaso sea... Probablemente... Como que estos días ocurren cosas importantísimas en nuestra comunión... Se preparará *algo*... El chiquillo se va, se va, ahora es la cierta... La cosa anda muy mal allá por Francia... ¡Ah! de fijo que la carta es de Don Maaáximol...

Si presenciaban estas fluctuaciones los habituales tertulianos del señor Boina, solían, pasados unos diez minutos, decirle con gran sensatez:

—Pero, señor Don Juan, abra V. la carta, que es el modo de saber quién le escribe.

Seguía el consejo, y... ¡oh desengaño! No era de Don Máximo la epístola. Cuando se agregaba que por los mismos días tuviese yo alguna que enseñarle, Don Juan no dormía, ni sosegaba, ni me dirigía la palabra sino desde el fondo de su cólera, con una especie de reticencia dolorosa y continua.

Representé al pfo lector cuál se quedaría Don Juan al enterarse de una carta más solemne que todas, donde Robledal me participaba cómo el Señor (q. D. g.) le había nombrado su representante en España, y me encargaba de ponerlo en conocimiento de los leales de Marineda. Una granada que estallase á sus piés; la vista de un dragón fierísimo; el techo que se cayese y le cogiese debajo, no dejarían al señor Boína más apachurrado y patitioso que la tal misiva. Para él era una real orden, igual que silas palabras de Don Máximo saliesen en la *Gaceta* y trajesen esta coletilla: "Está rubricado de la real mano.,,"

Inmediatamente me pesó de habérsela leído. Disipada la primer estupefacción, ví sus mejillas que pasaban del rojo oscu-

ro al color violáceo; vi encenderse su venerable nariz, y temblar su colgante bello y sus pobres manos ancianas; hasta creo que oí entrechocarse los dientes de su gran saboneta, como los dientes del medroso ante el peligro. No obstante, pudo más que la piedad el buen humor de los pocos años que entonces contaba yo, y le pregunté con involuntaria malicia:

—¿Qué le parece, señor de Boína, la galantería de nuestro ilustre Robledal? Me da la noticia antes que á nadie. ¿Ve V. qué deferencias hacia el bello sexo?

Don Juan me miró de alto á bajo; rechinó los dientes; enarcó las cejas, y sólo pudo exclamar con ronca y trémula voz:

—¡Está bien... está bien!

Tuve la fortuna de que, al salir de estampía el patriarca, le acompañase uno de sus tertulianos, el cual me refirió después la sabrosa escena ocurrida á las puertas de mi casa. Paróse allí sin aliento el señor Boína; elevó la frente, y miró hacia mis balcones; bajó después la cabeza, y siguió corriendo cuanto se lo permitía el peso de los años, hasta la esquina

de la calle. Allí volvió á detenerse, y dando salida á lo que le hubiese ahogado si lo reprime un minuto más, alzando el sombrero, llevando la diestra á sus amarillentas canas, exclamó tartamudeando:

—¡Señor... señor... señor! ¡La comisaría regia... la comisaría regia de Marineda... y, por consiguiente, de Cantabria... en una hembra!... ¡Robledal... Robledal! ¡Señor, señor, detenele al borde del abismo... guíale, alúmbrale... la comisaría... el gobierno de esta región de España... en manos femeniles! ¡Señor... salva á España... salva al mundo!

—La verdad es—dijo el acompañante del señor Boina con la más sana intención de acabar de desatinarle,—que esta comisaría regia era pintiparada para V.

—No, yo no, yo no—exclamó el honrado viejo con explosión de indignada modestia.—Yo no soy más que un veterano de cien campañas, inválido ya; yo para nada sirvo sino para pedir á Dios una buena muerte; yo... soldado de fila, el último; pero... ¿cómo quiere V. que vea con indiferencia al señor de Robledal... á Don

Máximo... tocado de locura, invadido del espíritu diabólico, entregando la comisaría regia á una hembra? ¿Con que llevamos todo lo que va de siglo luchando, sufriendo persecuciones, derramando nuestra sangre, cubriéndonos de gloria, sí, de gloria, para evitar que ocupen el trono las hembras, y hemos de tolerar ahora que una nos rija y mande en estas provincias? ¡Ah, Don Máximo! Las atribuciones que á V. ha conferido el Rey son muy grandes, muy respetables sin duda alguna: yo me inclino ante el Rey; pero llegando un caso de éstos, un acto así de tiranía... no me doblo: nos veremos, señor Don Máximo. Ya sabe V. la fórmula: se obedece, pero no se cumple. Los cristianos acatamos al Rey, pero no nos humillamos al César. Resistiré como los mártires á los procónsules. Protesto, protestó y protesto. ¡Comisario regio una hembra!

Había que saber el sentido que tenían en los labios y la mente de Don Juan estas últimas palabras; había que conocer su dictamen respecto á la *misión*, según decía él, de la mujer en sociedad, para darse

cuenta exacta de la ironía y la amargura con que las articulaba. Protestó, en efecto, y la primer forma de su protesta fué no volver á poner los piés en mi casa, lo cual sentí mucho. Por más que procuré evitar el rompimiento con el pobre señor enviándole varios recados de que no había tal comisaría regia ni cosa que lo valga, no conseguí disuadirle y siguió aferrado á su inocente chifladura, encerrado en su casa, donde concurría diariamente á darle tertulia el elemento joven tradicionalista de Marineda. Esta tertulia era su consuelo, su solaz y su compensación. Con esta tertulia me hacía la oposición á mí.

En efecto: ¿qué bálsamo para sus heridas morales como saber á ciencia cierta que el día de San Carlos Borromeo; el de Santa Margarita, reina de Escocia; el del Apóstol Santiago, patrón de las Españas, y el de Nuestra Señora de las Nieves, en su casa se juntaban para salir á oír la misa, en su casa era donde se celebraba la ceremonia oficial del besamanos, y en su casa se redactaba y firmaba el mensaje de

felicitación? ¿Qué comisario regio era yo, cuando nadie se acordaba de mí para presidir estos actos tan serios y tan interesantes á la vida del partido? ¡Ah! A despecho de los contrafueros de Robledal, el verdadero comisario regio... bien, bien se comprendía dónde estaba.

En los años de retraimiento que correron sin que yo viese al señor de Boína, ocurrió un hecho curioso, de esos que parecen bromas de la casualidad. Habitaba el señor Boína, según queda dicho, en un caserón de la calle de la Angustia, la más costanera, pedregosa, húmeda y antigua de Marineda, si se exceptúa la de la Sinagoga, más fea todavía. El tal caserón, que cualquier arquitecto declararía ruinoso, era, sin embargo, bastante claro y de condiciones higiénicas superiores á las de las casas nuevas marinedinas; pero por encontrarse sito en aquella calle extraviada y melancólica, costaba la mitad menos, y con unos cuantos realitos diarios podía el Sr. Boína permitirse el lujo de un salón donde celebrar sus recepciones oficiales. Pues bien: al segundo piso, igualmente

barato y destartalado, se vino á vivir, ¿quién dirán Vds.? el señor Don Pedro del Morrión en persona.

Desde la Revolución, este héroe, mandado retirar lo mismo que el partido progresista en cuyas filas formaba, y tan pasado de moda como la milicia, se había ido acartonando y quedándose hecho una castaña pilonga. La edad, que traía á Don Juan un desarrollo majestuoso y pletórico de los tejidos y de las formas, secaba y reducía al ex-abogado y ex-bullanguero. Aquella vivacidad antigua suya remanece, sin embargo, en sus movimientos y gesticulaciones, y sobre todo en su fogoso corazón, que conservaba todo el calor de los tiempos juveniles, por más que las facultades intelectivas y el vigor físico anduviesen muy desmayados. No se había entibiado un punto el ardor de sus convicciones; aborrecía más que nunca á los que seguía llamando facciosos; para él había un espectro, la teocracia, y cuanto en España ocurría de malo, que era casi todo, lo atribuía á manejos de los jesuitas y á intrigas de la gente negra. La pura

verdad es que ya nadie le hacía caso, y que se le tomaba á broma en todas partes, no tanto á causa de sus opiniones, ni más discretas ni más tontas que las de la mayoría de los políticos de casino, sino porque la mucha edad, cuando no es Augusta por el genio, por el nacimiento, por la virtud, tiene algo de cómico, máxime si no la sazona y condimenta la sal de la experiencia y del desengaño. Lo que á los veinticinco fué base de la popularidad de Don Pedro, á los setenta y pico largos hacía sonreír hasta á la gente benévola. Así la prenda elegante que un tiempo realzó la hermosura, pasa á ser disfraz carnavalesco y divierte por su extravagancia.

Lo triste para Don Pedro era verse, á sus años, tan solito; porque aquellos amigos de logia que le ayudaron á divertirse con Don Juan, cuando lo de la Rápita, se habían ido muriendo—claro está, como que contaban las mismas navidades que el famoso miliciano.—¡Qué soledad la de los viejos sin hogar, sin familia y hasta sin ese calor ficticio, pero animador y be-

néfico, de las amistades políticas! Cada vez que Don Pedro oía bajo sus piés el rodar de sillas y estrépito de pisadas de los que acompañaban en las largas noches de invierno al patriarca del tradicionalismo, y les sentía bajar, metiendo bulla y riendo á carcajadas, la vetusta escalera, una hipocondría profunda se apoderaba de él, y envolviéndose en su vieja bata de tartán, único preservativo que contra el riguroso frío usaba, y paseando de arriba abajo en su desmantelado é inútil salón, daba vueltas al problema siguiente:

—Vamos á ver. Yo conocí á ese buho de Don Juan Boína hace la friolera de cincuenta y tantos añitos. Ya entonces sus ideas eran una ridícula antigualla, desterrada por la esplendente luz del progreso. Desde entonces, en España, la causa de la libertad ha ganado terreno siempre; hemos echado á los frailes, consumado la desamortización, destruido los fueros, logrado la libertad de cultos... y, sin embargo, ese esperpento, en vez de quedarse arrinconado en el desván, se ha visto diputado, casi personaje, y aun hoy,

retirado de la vida activa, recibe corte; vienen todas las noches seis ú ocho personas de las más conocidas y respetadas aquí á hacerle tertulia, se encuentra mimado y halagado y hasta obedecido, y yo no sirvo sino para que se me ríen en mi cara cuando me atrevo á decir algo de política. Vamos á ver, repito, ¿quién ha sido aquí el bolonio? ¿Quién el loco y quién el cuerdo? ¡Cuando pienso que él está rodeado de jóvenes! Ese caduco despojo de edades obscurantistas, ¡con una escolta de muchachos! ¿Si retrocederá el siglo en vez de avanzar? ¿Si seré yo un memo, y ¡a santa libertad una engañifa? Porque si hubiese justicia en la tierra, Marineda á quien debía traer en palmas es á mí, el nacional veterano; y á ese terco vejetero servilón, encerrarle en la cárcel, donde otros están con menos motivo.

Es inexplicable la murria que estas cavilaciones infundían á Don Pedro. Tanto subió de punto, que la tertulia de abajo, con sus risotadas, sus taconeos, sus sillas removidas y todo su alegre trajín, vino á ser la idea fija del señor de Morrión; idea

que, ayudada por la debilidad mental y las manías, compañeras inseparables de los años provecos, consiguió dar al traste con la serenidad del vejete, persuadiéndole de que andaba sobre un volcán, ó para decirlo más claro, de que bajo sus plantas se tramaba alguna formidable conspiración semejante á la de Ortega, y de la cual resultaría Marineda el centro, siendo foco del incendio aquella misma casa.

“¡Ah, lechuzos!—exclamaba para sí el señor de Morrión.—A mí no me la pegáis. Vosotros no os reunís ahí tan sólo para hacerle el mondiú á ese melón de Don Juan Boina. A otro perro con ese hueso. ¿Si me acordaré yo de cuando, so color de hacerle cocos á una muchacha, nos juntábamos á llenar cartuchos y fundir balitas? Ya soy machucho, y la experiencia me ha enseñado á desconfiar. Aquí se trama algo... pero yo lo descubriré, ó pierdo el nombre que tengo.”

Lo cierto es que después de tomada esta determinación, Don Pedro no volvió á aburrirse. Había encontrado eso que se necesita á todas las edades, y más en la

vejez: un objeto, una distracción, un fin, una forma cualquiera de la actividad moral humana.

Así que cerraba la noche, recatando la cara con el embozo, agazapado en un ángulo del tenebroso portal, atisbaba Don Pedro á los tertulianos de su vecino, y trataba de interpretar las palabras sueltas que pronunciaban al tirar de la campanilla. Después, tumbándose en el piso, pegando el oído á las rendijas de los tablores, procuraba sorprender el cuchicheo de la reunión obscurantista. Primero oía un murmurio acompasado y monótono, que alternativamente se apagaba ó sonaba con más fuerza: era Don Juan guiando el rosario de sus tertulios. Después notaba los acostumbrados ruidos de arrastrar muebles: se organizaba la partida de tresillo. Choques como de hueso con loza: las fichas. Carcajadas: un codillo al patriarca, dado por medio de unas trampas de lo más irreverente. Y luego lectura en alta voz, entrecortada por comentarios, exclamaciones, protestas, gritos y disputas interminables: era la lectura de *El*

Siglo Futuro y de *La Fe*, no incompatibles todavía en aquellos tiempos, si bien ya muy esquinados y torcidos; como que no tardarían en arrojarse los platos á la cabeza. Estos eran los ecos de la tertulia para un espíritu desapasionado y observador; no así para el viejo maniático, que no podía explicarse semejantes rumores sino atribuyéndolos á alguna ocupación ilícita, perturbadora y completamente extralegal.

Una noche, sobre todo, llegó su excitación al paroxismo, á causa de un suceso inexplicable para él y que ocurrió en el misterioso conciliábulo. Antes de referirlo, conviene advertir que los asiduos cortesanos del señor Boina, gente moza y de festivo genio, iban cansándose de hablar y oír todas las noches las mismas cosas; y encontrando que la tertulia pecaba de soporífera, trataban de animarla con bromas y jugarretas. En los primeros tiempos se habían portado con gran formalidad, mostrando sumo respeto al patriarca; pero así como los sacristanes acababan por familiarizarse con las imágenes y ob-

jetos sagrados, y andar entre ellos como andarían entre cacharros ó espuertas, ya los tertulios de Don Juan no veían en él al figurón respetable de su partido, sino al viejecito chocho, con cuyas ideas estrambóticas se divertían en grande. Era aquella una generación nueva, no educada para venerar, ó al menos infiltrada de ese virus de libre examen que funda la veneración en la crítica: que si venera, quiere saber por qué, y á quien en último término sólo se imponen positivamente la inteligencia y el vigor. Así es que la casa de Don Juan, poco á poco fué convirtiéndose para ellos de santuario en entremés, y cada día ideaban una diablura diferente para solazarse á cuenta del pobrecillo. Empezaron por tomarla con la criadita del señor Don Juan, recomendada de un canónigo, que tenía la voz monjil y el andar muy repulgado; que saludaba diciendo "¡Ave María purísima!", y que era, en opinión de Don Juan Boina, la suma de las virtudes y el parainfo de la castidad: flaqueza de juicio frecuente en los viejos que toman á su servicio muchachas. Para

quemarle la sangre al señor Boína, nada como decirle chicoleos á su Verónica. "Es un cargo de conciencia, señores,—gruñía, poniéndosele la nariz colorada como el moco de un pavo.—"¿No comprenden Vds. que esa muchacha es la inocencia misma; que perturban Vds. su virginal corazón? ¡Una chica que se proponía entrar monja, y ha dejado el convento para servirme! ¡Buen ejemplo y buena seguridad la que disfruta bajo mi techo! Señores, esto no puede seguir así. Al que le diga algo atrevido á Verónica... se le expulsa, señores, se le expulsa.,— Con esta orden draconiana tuvieron materia de diversión para rato. Es de saber que el señor Boína era el más desgraciado mortal del mundo cuando le faltaba un tertuliano; y hubo de observar con disgusto que alguno de ellos no parecía en tres ó cuatro días por la tertulia. —"¿Qué tendrá el señor Don Feliciano Mosquera? ¿Estará enfermo?," —Guardaban silencio los cómplices, hasta que, apremiados por las preguntas y la aflicción del señor Boína, bajaban la cabeza y contestaban como avergonzados:—

"Señor Don Juan, Mosquera no se atreve á ponerse delante de V... Tuvo la desgracia de echarle flores á Verónica... y como V. ha sentenciado á expulsión al que en tal error incurriese...,— Esta explicación la daba con aire gazmoño y voz contrita el joven abogado Martín Gómez Canido, el tertuliano de aspecto más modesto y formal, y en el fondo el más terrible guasón de cuantos mareaban al patriarca. Y Don Juan solía contestarle, echándola de magnánimo:—"¡Jesús, María Santísima... qué frágil es la humana naturaleza! En fin, por esta vez, dígame al señor Mosquera que venga, que le echamos muy en falta... Pero con condición de que no reincida. ¡Si reincide!...,

Agotada ya la vena de los requiebros á la sirviente, discurrieron otra humorada sobre el mismo tema, y fué asegurarle á Don Juan que su criada estaba ferida de punta de amor por él, lo cual la traía á mal traer, llena de escrúpulos y con el alma toda acongojadica. —"Señor Don Juan, V. no sabe lo que es una muchacha sensible. Claro: la ponen á la infeliz al

borde del abismo; la traen á vivir en compañía de una persona como V., con ese prestigio y esa fascinación que ejerce sobre cuanto le rodea; me la colocan, como quien dice, sobre el barril de pólvora... y no quieren que salte. Señor Don Juan, tiene V. sobre su conciencia un gran peso. Ha envenenado V. la existencia de esa desgraciada. Antes de conocerle á V. sólo pensaba en Dios, y ahora... figúrese V. en lo que pensará.,—A lo que respondía Don Juan, cayéndosele la baba en hilos hasta la pechera:—“Son Vds. unos exagerados, señores. Una joven tan virtuosa no deja fácilmente que se le apoderen de las potencias las pasiones desenfrenadas. Con las prácticas cristianas de Verónica... pues, vamos, no puede ser. Yo no digo que no tenga su sensibilidad lo mismo que cualquiera: todos somos... en fin, somos mortales, no somos nada; pero la virtud siempre se levanta por encima de las asechanzas de esta carne maldita...”,—Viendo los empecatados bromistas la credulidad del buen señor, recargaron el cuadro.—“Señor de Boína... mucho sentimos dar á V.

una mala nueva... pero el cariño que le tenemos nos obliga... Nosotros debemos velar por su buena fama de V. No conviene que el ilustre jefe del partido tradicionalista se vea tildado...”,—Aquí el señor Boína fruncía el sobrecejo, se echaba atrás con dignidad y articulaba con énfasis:—“Vds. dirán, señores.,—“Pues se trata de que con motivo de esa pasión que por V. siente la infeliz Verónica... anda por ahí cada cuento y cada chisme y cada historia... imponente.,—“¿Qué me dicen Vds señores? Yo no sé lo que me pasa... ¿Están Vds. seguros?”,—“¡Toma!—replicaba Martín Gómez,—¡que si estamos seguros! El director de *El Pimiento Picante* nos enseñó hasta el proyecto de caricatura que va á publicar contra V. Sale V. de *Fausto* y Verónica de *Margarita*. Por supuesto que, si tal hace, le rompemos un alón; pero el escándalo... el escándalo no se evita.,—“Pues el escándalo es lo que conviene evitar, señores...”,—Y Don Juan, dejando caer la cabeza, incrustando la quijada en el pecho, desmayando la fisonomía, pareciera efectivamente un buho

atontado si no le faltasen los redondos ojos melancólicos que dan á esta ave nocturna aspecto tan grave y reflexivo. No inspiró lástima á los bromistas la actitud doliente del patriarca; lejos de eso, continuaron poniéndole la cabeza como un bombo, refiriéndole murmuraciones de vecindad y supuestos planes maquiavélicos de los librepensadores marinedinos, á fin de sorprender en malos pasos al mayor enemigo del liberalismo en Marineda: al eximio Don Juan.—“¿A que no sabe V.—insinuaba Gómez Canido bajando los ojos, como siempre que iba á soltar una gran bellquería,—quién propala todas esas especies ofensivas para el decoro de V., y en general de nuestra comunión? Y claro, viniendo de tal origen, las cree todo el mundo... figúrese. ¿No sospecha V. á quién me refiero?,”—El señor Boína, relampagueando con los ojos, alzaba el índice y lo movía de arriba abajo, pronunciando al mismo tiempo:—“Ya estoy, ya... Ese galafate del piso segundo...,”—“¡Ajá! Justamente. Don Pedro del Morrión es quien corre la voz de que si V. y Veróni-

ca...,”—Gómez completaba la frase poniendo horizontales los dos índices de la derecha y la izquierda, y dando en la yema del uno con la del otro repetidas veces.—“Hombre—articulaba al fin el señor de Boína,—á ese bicho malo convenía... sí, convenía que Vds... me lo desalojasen de ahí. Si les he de ser á Vds. franco... yo no estoy enteramente tranquilo con semejante vecindad. Una calumnia... como Vds. dicen muy bien... procediendo de un inquilino de la misma casa... rueda y se divulga y tiene autoridad,”—“Que si se lo correremos á V. de ahí. ¡No faltaba otra cosa! ¡En la misma casa de nuestro ilustre jefe ese revolucionario! No, no... déjelo V. de nuestra cuenta.”

Así estaban los dos inveterados enemigos, rebosando indignación, refrescadas sus antiguas discordias por la proximidad, y atravesando con su ira el piso de carcomidas tablas que los separaba: la suerte que sus miradas no eran lanzas ni puñales; que si no, poco hubieran tardado en clavarse, pasando la débil valla, en ambos cuerpos.

En tal ocasión fué cuando los tertulianos, cansados de revolverle al señor de Boína armarios y alacenas para sacar á luz estrambóticas antiguallas; de hacer rabiarse á Verónica en la cocina robándole los postres ó escondiéndole el vino; de atarle al gato latas en el rabo, y de volver los cuadros cara á la pared, idearon cierta infantil travesura, más propia de chicos del Instituto que de hombres barbados; y fué meter una rata enorme, de las que en Marineda se llaman *lirios*, en una cajita de madera, que sellada y precintada hicieron entregar por un mozo, diciendo que era un encarguito venido por la diligencia compostelana. La orden fué que el encargo se trajese cuando estuviese reunida toda la tertulia; y mientras Don Juan sostenía la cajita en las manos sin resolverse á abrirla, dando vueltas al rótulo y discurriendo, según costumbre, si el regalo sería del señor Penitenciario de Lugo ó del primo Jacinto María, los tertulianos se empujaban con el codo y ahogaban la risa pellizcándose las manos ó mordiéndose los labios. Por fin, Don Juan

determinó abrir con gran prosopopeya la caja, y ¡pif! saltó la rata hecha un basilisco, arrastrando más de treinta varas de bramante delgado con que le habían atado una patita, y á cuyo extremo opuesto estaba sujeta la caja. Es indecible la confusión y algarabía; los chillidos de Don Juan, que tenía un miedo cerval á las ratas; las carreras de los tertulianos para atrapar al animalejo; los brincos y fuga desesperada de éste; sus ascensiones á los muebles más altos; su refugio tras de una cortina; su trágica muerte á espadín, que fué el arma que más pronto se hubo á mano en el arsenal del señor Boína...

Arriba, Don Pedro del Morrión, con el oído pegado al piso, el corazón en prensa y la respiración anhelosa, no podía darse cuenta del motivo de tan tremenda algarabía.—“A alguno persiguen, es evidente: á alguno acosan; pero ¿á quién?—Y de pronto, saltando como si el espadín que abajo consumaba la ejecución del asqueroso bicho le hubiese atravesado á él los riñones, exclamó:—“¡Caramillo! Ahí gritan ¡muera! ¡Se me eriza el cabello! ¡Ah!

no en vano decía yo que aquí hay más que una inocente tertulia. Aquí se conspira; aquí... se llega hasta el crimen.”—Y al escuchar una voz que desde abajo dijo clara y distintamente: —“Ya murió,”—el pobre hombre, tan sorprendido como si no acabase de anunciarlo, se quedó absorto, paralizado de horror.

Hay que insistir en que las potencias intelectuales del señor del Morrión habían ido debilitándose mucho con la edad, pues de otro modo no era posible que dejase de comprender, reflexionando serenamente, lo que bajo sus pies acontecía. Pero la edad enflaquece el juicio, y á Don Pedro se le caían, de puro viejo, los calzones.—Es indescible la trágica impresión que produjeron en su espíritu aquellos “muera,” y aquel “ya murió,” oídos resonar entre el silencio nocturno, en un caserón fantásticamente grande, donde cualquier ruido se agiganta y cualquier hecho se dramatiza. Don Pedro se acostó calenturiento y tiritando de fiebre: no pudo pegar ojo en toda la noche; lidió con mil pensamientos, de rencor y venganza los unos, de hi-

dalgua los otros; hasta que á la siguiente mañana, apenas despachado el mezquino desayuno y vestidose el gabán de paño pólvora y tomado el bastón de muleta, bajó las escaleras y llamó con energía á la puerta de su enemigo.

¡Momento solemne en la existencia de entrambos! No se habían hablado nunca: no se conocían el metal de voz: y cuando Don Juan vino á abrir en persona, porque la criada había salido al mercado, los adversarios y antiguos rivales se miraron con el estupor consiguiente á aquella rara entrevista. Don Juan parecía una visión del otro mundo en el negligé matutino, con su elástica de franela amarilla, su gorro negro y sus babuchas; y Don Pedro, al acercársele, sintió una mezcla de aborrecimiento, de asombro y, fuerza es decirlo, de consideración involuntaria. No obstante, entró con paso marcial, sin saludar más que por medio de un “felices días,” seco y áspero. Pasó al salón, y ante el silencio orgulloso é interrogador de Don Juan, que le miraba con altanería, perdió el aplomo, turbóse y balbuceó:

—Ya comprenderá V. el objeto de mi visita... Hay cosas que le ponen á uno en compromisos muy serios... ¡muy serios! Cuando uno es caballero y lo ha sido toda su vida... El papel de delator es odioso... Y al mismo tiempo, la conciencia y los deberes de ciudadano y de hombre honrado... ¡de hombre honrado!, porque me precio de serlo...

—Haga V. el favor de explicarse inmediatamente—pronunció Don Juan, que estaba purpúreo, y cuyas masas de carne temblaban como gelatina puesta en plato.

—Que... Que si V. sigue celebrando aquí reuniones sediciosas que den lugar á escenas tan horribles como la de anoche, con mucho ¡con mucho! sentimiento mío me veré precisado á a... a... delatarle á las autoridades. Ya lo sabe V., ea; ya lo sabe V... ya lo sabe. La ley ante todo... la ley. Se inclinarán Vds. ante la ley... mal que les pese. Tendrán Vds. que disolverse y... que respetar el orden establecido.

Todo el cuerpo de Don Pedro vibraba á impulsos de la pasión interior; sus pupi-

las centelleaban, sus labios se contraían convulsos, sus mejillas estaban lívidas. Por impulso unánime los dos viejos se levantaron, y andando un par de pasos trágicamente, se quedaron á muy poca distancia el uno del otro. Se comían con la vista, y sus puños se crispaban. Al fin Don Juan rompió á hablar, trabándose de lengua:

—¿Con que... con que V. me toma en boca... á la ley? ¿A la ley... eh? V... liber... libertino... la ley... la ley... ¿Y qué ley reconoce un difamador... ateo como V.? ¿Eh? ¡La ley del... del cerdo!

—Y V... hipócrita... ¿por qué llama á los demás ateos?... Creemos en Dios... más que V. ¡V... bajo esa capa de religión, encubre... delitos, delitos como el de anoche! ¡Ateos nosotros... los liberales de... siempre! ¡Nosotros no somos capaces de... acogotar á... á un ser humano! ¡No somos a... asesinos!

—¿A quién... á quién he asesinado yo... calumniador, disoluto?

La verdad es que Don Pedro no lo sabía, á pesar de lo cual, penetrado de su

razón, se empinó en las puntas de los piés, porque no era muy alto, cerró los puños, y hecho ya una fiera, anduvo, anduvo, anduvo hasta metérselos á Don Juan por la cara... Y con voz que tenía todo el timbre de los años verdes, gritó:

—¿Que á quién? ¡A la libertad... y... á... á tu santa esposa... mamarracho!

Una pálida criatura, ya reducida á polvo, surgió de repente entre los dos hombres: ¡quién le dijera que aún podían acordarse de ella en el mundo de los vivos! y Don Juan, enarbolando una silla, aulló más que contestó:

—¡Yo te daré la esposa... seductor, ladrón de honras ajenas!

Al querer descargar el silletazo, las fuerzas del viejo le hicieron traición, y enredándose en los piés, cayó de bruces, desplomado contra el suelo.

.....
 Dad un empujón al muro vetusto y ruinoso y se vendrá á tierra. Así sucedió á aquel par de estantiguas. Ninguno de los dos pudo resistir la descarga eléctrica del odio acumulado tantos años. Casi el mis-

mo día enfermaron y se encamaron para no levantarse más. Una diferencia curiosa hubo, sin embargo, entre sus últimos instantes, y es preciso consignarla para dar á cada uno lo suyo, según manda la justicia. Apenas vislumbró Don Pedro que la cosa iba de veras, llamó á un sobrino suyo, única persona que velaba á su cabecera, acaso atraído por el olor del testamento, y murmuró á su oído con gran misterio y humildad, como quien pide una gollería:

—Anda á buscarme... un confesor.

—Tío, ¡qué disparate! No parece sino se va V. á morir mañana.

—Que me busques un confesor te digo... y basta que yo lo diga, que ahora no es ocasión de bromas. Mira... tal vez esté ocupado el cura de la parroquia... Si está... me traes... me traes... aunque sea... aunque sea un jesuíta... Ahí cerca creo que viven.

Un jesuíta vino, en efecto, y él preparó aquel alma para salir, sin duda alguna, á vida mejor y más hermosa. Cuando el Padre se encontraba enfrascado en su

santa faena, haciendo repetir al moribundo los actos de fe, llamóle precipitadamente á la antesala un tertuliano de los más fieles de Don Juan, que venía afligidísimo, pues á vueltas de diabluras y judiadas habían llegado todos á cobrar al patriarca un apego y cariño piadoso.

—Se nos va por la posta—dijo el tertuliano, que no era sino Mosquera.—Tememos que no pase de esta noche; y mire V., Padre, por más raro que á V. le parezca, nos encontramos con que no hay medio de meterle en la cabeza que debe confesarse. Ni indirectas del Padre Cobos, ni directas, ni nada sirve con él; indudablemente que era muy buen cristiano y su conciencia estará limpia; pero de todas maneras, como ésta es la de vámonos...

—Comprendo y no me admira eso tanto como Vds. imaginan—cuchicheó el hijo de Loyola.—Bajaré en cuanto me sea posible, y ya se arreglará el asunto; pero en este instante...

Y con la cabeza señaló hacia la alcoba de donde acababa de salir.

—¿Y... ese?—preguntó Mosquera.

—¡Ah! Perfectamente, gracias á Dios... perfectamente. En realidad puedo decirlo... una muerte edificante. Con permiso de V.... Allá me vuelvo.

La sábana mortuoria cubría ya la faz de Don Pedro, cuando el confesor empezó á trastear á Don Juan para hacerle entender que era ocasión de prepararse para el viaje eterno, del cual nadie ha regresado; y el ejemplo y el fin del miliciano nacional fué asunto de la exhortación con que dispusieron á bien morir al ojatero absolutista. Costóle mucho trabajo; pero al fin no tuvo remedio sino enterarse de la más desagradable noticia: desagradable siempre, hasta á los ochenta, hasta en el fondo de un calabozo, hasta al que nada espera ni de nada sirve, que tal es la ley natural y ninguno puede eludirla.

Don Pedro y Don Juan fueron enterrados, con diferencia de horas, en dos nichos contiguos, queriendo la suerte que ni en el cementerio separasen morada. Atravesando el tabique que los aísla, ¿ríen todavía sus espíritus? Al sentirse tan

cerca, ¿crujen de rabia sus huesos en el fondo del ataúd?

Bien quisiera saberlo... y también quisiera sospechar qué diría Don Juan Boína, si levantase cabeza, de la cisma que se ha movido entre los tradicionalistas desde hace un año. ¿Seguiría á la progenie de Robledal ó á Don Carlos de Borbón?

LAS TAPIAS

DEL

CAMPO SANTO

ENTRE todas las tiendas de que se compone el comercio marinedino, la más humilde, anticuada y estacionaria es la de Bonaret el quincallero. Increíble parece que el patrón de aquel zaquizami sea un mestizo de francés y catalán, dos razas tan mercantiles y emprendedoras. Acaso la explicación del problema consista en que dos fuerzas iguales, al encontrarse se neutralizan.

Para el observador no carece de interés—de interés simpático—la tienda de Bonaret. Contrastando con los magníficos vidrios abiselados, los relucientes broncees, las claras bombas de cristal raspado y las barnizadas anaqueléras, que

cerca, ¿crujen de rabia sus huesos en el fondo del ataúd?

Bien quisiera saberlo... y también quisiera sospechar qué diría Don Juan Boína, si levantase cabeza, de la cisma que se ha movido entre los tradicionalistas desde hace un año. ¿Seguiría á la progenie de Robledal ó á Don Carlos de Borbón?

LAS TAPIAS

DEL

CAMPO SANTO

ENTRE todas las tiendas de que se compone el comercio marinedino, la más humilde, anticuada y estacionaria es la de Bonaret el quincallero. Increíble parece que el patrón de aquel zaquizami sea un mestizo de francés y catalán, dos razas tan mercantiles y emprendedoras. Acaso la explicación del problema consista en que dos fuerzas iguales, al encontrarse se neutralizan.

Para el observador no carece de interés—de interés simpático—la tienda de Bonaret. Contrastando con los magníficos vidrios abiselados, los relucientes bronces, las claras bombas de cristal raspado y las barnizadas anaqueléras, que

poco á poco van echándose los demás industriales de Marineda, la quincallería conserva sus maderas pintadas toscamente de azul, sus turbios vidrios de á cuarta, su piso de baldosa fría y húmeda, sus sillas de Vitoria y su papel, despegado en parte, de un color barquillo, que el tiempo trueca en tono arcilloso indefinible. El escaparate (si con tanta pompa ha de calificarse la delantera de Bonaret), luce — en lugar de crujientes sedas y muelles terciopelos, cacharros artísticos ó sombreros recargados de plumas — algunas sartas de cuentas verdes, cajitas de cartón llenas de abalorio, naipes bastos, tijeras enferruzadas, navajillas tomadas de orin, madejas de felpa y estambre para bordar..., todo atrasado de fecha medio siglo, cubierto de un tul gris por el polvo; en términos que los ojos perspicaces y burlones de los ociosos marinedinos comprobaban diariamente los progresos del tapiz que tejía una gruesa araña, muy pacífica, en el ángulo izquierdo del escaparate.

La impresión que produce la tienda de

Bonaret es la de un lugar solitario, donde no entra alma viviente; y, en efecto, rarísima vez se acerca la clientela al mostrador. Cuando las señoras de Marineda inventan una labor caprichosa, ó necesitan para un disfraz carnavalesco algún objeto pasado de moda desde hace treinta años lo menos, se acuerdan de Bonaret, y van á revolverle la casa. Son días nefastos para la araña tejedora; días en que el polvo y las correderas ven comprometida su tranquilidad. Que á la magistrada, la brigadiera ó la cónsula le entra antojo de tal cachivache...; pues Bonaret sea con nosotros. Es indecible los tesoros que puede esconder una quincallería entre su complicado y heteróclito surtido. ¿Que se estilan hebillas de acero en los cinturones? Bonaret desentierra tres ó cuatro. ¿Que se bordan de canutillo las blondas? Lo tiene Bonaret. ¿Que vuelven á llevarse los abanicos antiguos, de "medio paso,"? Bonaret saca del fondo de una alacena cajitas de cartón dorado, y allí están los abanicos de nácar chapeado de oro, con paisajes de la época imperial.

Bonaret era un hombre enfermizo y triste. Dormilón para el negocio, vendía, al parecer, por condescendencia; al recoger en el cajón el dinero, suspiraba. No sostenía regateo; no defendía el género, y tan pronto daba por tres pesetas un abanico de estimación, como reclamaba un duro por un ovillo de algodón encarnado. En su rostro marcara indelebles señales la ictericia; y ni en tiempo de verano riguroso prescindía de la gorra de seda y las babuchas de abrigo. Vivía con sus dos hijas; su mujer había muerto de tisis pulmonar.

La hija mayor, Joaquina, ya talluda, ofrecía, en lo largo, insulso y verduoso del semblante, cierta semejanza con un calabacín, y por lo desgarbado del talle era un palo vestido. De su bondad se hacía lenguas la gente. Con todo, ignorábase que hubiese ejecutado ninguna acción reveladora de excepcional virtud, y probablemente su buena fama procedía de su resignada fealdad y soltería incurable. La menor, Clara, sin dejar de parecerse á Joaquina, tendría singular atractivo para

un artista delicado, de la escuela mística anterior á Rafael. El óvalo muy prolongado de su cara exangüe descansaba en un cuello finísimo, verdadero tallo de azucena. Sus ojos, asombrados y cándidos, eran pensativos y profundos á fuerza de ser puros. La inmensa frente ostentaba el bruñido del marfil y la luz de la inocencia. Sobre un cuerpo delgado y de rígidas líneas, el seno virginal, redondo y diminuto, campeaba muy alto, como el de las madonas que en las tablas del siglo xv lactan al Niño Jesús.

En Marineda no se le había ocurrido á nadie que fuese bonita Clara; y, en realidad no lo era, sino vista su figura al través de la imaginación excitada por recuerdos artísticos y convencionalismos estéticos. Además, la hermosura, en Marineda, abunda como antaño el dinero en la Habana, y sobran muchachas frescas, guapetonas y airosillas á quien hacer guiños. Por otra parte, ni Joaquina ni Clara se dejaban ver en parte alguna: su tienda les servía de claustro; ni bajaban los domingos al paseo de las Filas cuando toca

la música militar, ni jamás compraban dos asientos de *galería* en el Coliseo, ni asistían á los bailes del Casino de Industriales, ni siquiera iban á misa de tropa. Vivían lo mismo que en su concha el caracol. A nadie trataban. Su recreación dominical consistía en leer—mientras su padre hacía solitarios sobre el desteñido tapete de la mesa—cuadernos de folletines franceses, todos sucios y destrozados, recortados de éste y aquel periódico, cosidos de cualquier manera por no gastar en encuadernación, y á lo mejor faltosos del primer capítulo ó del desenlace.

Aquellas dos arrinconadas criaturas, cuya existencia equivalía á un sonambulismo incoloro, melancólico á fuerza de monotonía; aquellas dos plantas que se ahilaban en la atmósfera polvorienta del mísero tenducho, no pudiendo alzar su copa hacia el sol, se volvían afanosas hacia las luces de Bengala de la fantasía novelesca. Las aventureras damiselas de Walter Scott; los castísimos amantes de Bernardino de Saint-Pierre; las altivas é

independientes heroínas de Jorge Sand; las perseguidas y galantes reinas de Dumas, les tenían devanados los sesos á ambas hermanas. Creían todo sin examen; mejor dicho, *sentían* todo, y no se les ocurría ni reflexionar en si las cosas pasaban así en el mundo en general, y particularmente en la capital marinédina. El resto de la semana, mientras las dos doncellas, por modo automático, ayudaban á su padre á despachar tres adarmes de torzal ó un papel de alfileres con cabeza de vidrio, su mente, y casi pudiera decir que toda su alma, la tenían, vaya V. á saber si en algún lago de Escocia, debajo de un latanero en la isla de Francia, ó colgada del manto del duque de Buckingham! Y era lo peor de esta guillardura que las dos hermanas ni aun entre sí hablaban de ella. Cada una archivaba sus pensamientos, y seguía, en apariencia, tranquila y apática, sentada en su rincón al lado del silencioso padre.

A bien que por allí no andaban galanes escoceses de pluma en gorra. Los ojos de Clara y Joaquina, al fijarse en los tran-

seantes por la calle Mayor, reconocían perfectamente á cada burgués marinedito: el que pasa ahora es Realdo, el lampista; síguele Taconer, el armero; el otro, Casaverde, concejal y fabricante de cerillas; aquél, Baltasar Sobrado, antes militar, hoy de reemplazo y al frente de su casa de comercio; luego Castro Quintás, que expende petróleo y aguardiente de caña al por mayor. ¡Imposible representarse á Edgardo de Ravenswood en figura de alguno de estos tan apreciables convecinos!

Menos tipo de héroe de novela, si cabe, era el de Don Atilano Bujía, tendero de ultramarinos establecido frente por frente al tugurio de Bonaret. Chiquito, arrebolado de cutis, bigotudo, peludo, de voz atiplada y muy tripón, Don Atilano pasaba, no obstante, por furioso Tenorio, y ni casadas ni solteras se veían libres de sus empresas galantes. Hubo una temporada en que no se sabe qué viento le llevó con suma frecuencia á casa de Bonaret. Siempre encontraba pretextos á la visita, y en presencia del mismo padre se familiarizaba

zaba groseramente con las muchachas, en especial con Clara, objeto de sus babiliosos lascivos. Las muchachas se apartaban de su contacto como del de un sapo venenoso, y el padre, indiferente al principio, agarró un día una silleta para rompersela en las espaldas. La causa no se supo jamás: hubo sospechas de que Bujía osó ofrecer á Bonaret algún dinero "para salir de hambres". Fuese lo que fuese, Bujía no aportó más por el tenducho, y ahora se le achacaban libertinos propósitos respecto de una zapatera muy guapa, rubia como unas candelas, y legítima esposa de un esposo joven y buen mozo por añadidura.

La desaparición de Bujía satisfizo á las dos hermanas, que sentían por él aversión y el miedo indefinible que causan á las doncellas absolutamente castas los hombres disolutos, por más grotescos é inofensivos que sean. Y desde entonces, cuanto veían que les suscitase una idea cómica—el bombo de la murga, el faldero de la Brigadiera,—lo comparaban á Don Atilano.—¡Qué fachal Parece Bujía—mur-

muraba Clara, sonriendo pálidamente.

Poco tardó, sin embargo, en borrarse el recuerdo del ridículo industrial ante un suceso gravísimo, único, que señalaba honda huella de luz en el alma juvenil de Clara. Vió á un hombre, cuyas prendas exteriores podían servir de cimiento al palacio de cristal de la ilusión..., y se enamoró de él, mejor dicho, cayó en el amor como en un pozo, atada de piés y manos, indefensa, loca.

No nos importa su nombre... Clara no lo supo tampoco hasta meses después de haberle rendido á discreción la voluntad. ¿Quién había de decirle aquellas dulces sílabas? Con nadie hablaba Clara: nunca salía; y *él* era forastero, recién llegado á formar parte de la guarnición de Marineda. Todas las tardes, la hija de Bonaret veía á su ídolo, ya ceñido por el brillante uniforme, ya elegantemente vestido con chaqueta de terciopelo y calzón de punto gris, al trote de su caballo bayo de pura sangre; y sin poder detallar las facciones del gallardo oficial, la deslumbraba el relámpago de sus ojos, que al paso se cla-

vaban rápidamente en el rostro de la niña. Vierais entonces á ésta cambiar su tez de marfil por otra de encendidísima amapola; y este rubor ardiente, instantáneo, que ascendía como ola vital á aquella frente tan honesta, sería para el jinete—si lo pudiese comprender—cosa más dulce y lisonjera que todos los triunfos obtenidos sobre adversarios duchos en rendirse y contra fortalezas que rabiaban por facilitar al sitiador sus llaves.

¿Adivinó algo de esto el jinete? ¿Fue tan sólo efecto de la inveterada costumbre de no dejar hembra sin ojeada, por si acaso? Lo cierto es que sus miradas eran intensas, constantes, fascinadoras. Clara aguardaba aquel mirar como el pan de cada día. La alimentaban los ojos de su absoluto dueño. Esperaba, con la fe mesianista de los seres humildes y olvidados, que el jinete, parando el generoso corcel, la dijese: "Pues nada, que ahora te encaramas á la grupa y te vienes conmigo." ¿A dónde? ¡Bah! Adonde él mandase: á Melilla, á Filipinas, á Fernando Póo... ¡siempre sería á la gloria!

Tan tenaz se hizo en Clara esta obsesión, que, secretamente, con fuerza de voluntad espantosa, realizó sus preparativos de viaje. Del mísero presupuesto de la familia ahorró real tras real una irrisoria suma y la cosió entre el forro de un abrigo que tenía siempre colgado al pie de su lecho. Destinaba aquel caudal á la adquisición del indispensable saquillo y á la de un velo tupido para cubrirse el rostro. Lo que no se presentaba era la ocasión de salir de *ocultis* á todas esas compras urgentes. Sin embargo, acechándola bien...

Aracne silenciosa que labrabas tu tapicería en el rincón del tenducho, ¡cómo te avergonzarías si pudieses ver los bordados de seda, plata, perlas y orientales rubies que una labradora rival tuya, la ilusión, recamaba en el cerebro de Clara Bonaret! Misterioso abrazo; fusión de dos espíritus simbolizada por dos cuerpos juveniles y hermosos; abrazo que nunca te manchas con el barro de la sensualidad; poema de estrofas rimadas por caricias de ángeles; viaje á la tierra donde la ma-

tería no existe, donde no hay prosa, donde se anda sin tocar el suelo, donde las flores narran consejas á la luna... En sueño divino que unge y mata al que en sí lo lleva, ¡cómo hervías, cómo te elevabas en columna de oro del espíritu de Clara Bonaret al cielo, tu verdadera patria!

Un día el jinete no pasó. Clara se acostó febril. No había duda, ocupaciones ó enfermedad... Tampoco al siguiente se oyó el trote del caballo arrancando chispas de las piedras y del corazón de Clara. Ni al otro, ni al otro... Una semana había transcurrido.

La niña no se tomó el trabajo de inventar pretextos. Así que no pudo más, cogió las vueltas á su padre y hermana; atravesó rápidamente, sin avergonzarse, la calle Mayor, donde algunos transeuntes, conociéndola, la miraban con extrañeza; bajó hacia el Páramo de Solares y se fué derecha como un dardo al cuartel: ¿Al cuartel? ¡Vaya! A peores sitios iría ella sin vacilar. El centinela la detuvo, preguntando un instante, medio guasón y

medio solícito, qué quería. "Saber dónde vive..." (Aquí el nombre, que no nos importa.) Como el soldado no acertase á responder y pasase por allí un sargento, fué éste quien sacó de dudas á la enamorada: "Ese señorito hace más de ocho días que largó de Marineda. Siempre quiso ir destinado á Sevilla, y tanto trabajó, que lo consiguió por fin. Si tiene algo que decirle... escriba."

¡Escribir!

Clara no articuló palabra alguna. Dió media vuelta, se echó á la cara instintivamente el velo del manto y rodeó el lado derecho del cuartel, en dirección opuesta á su casa.

Volver á ella no lo pensó ni un segundo. En medio del caos de su pobre meollo, quizá la única idea concreta y dominante era huir, alejarse mucho de su casa. Su casa era un limbo gris, una tumba de vivos. Su casa... ¿y no ver pasar al jinete? Para ella todo se había concluido, todo; no encontraba fondo en que asentar la existencia ni razón para continuarla. Esto no lo discurría; lo sentía dentro, bajo el

dolorido seno izquierdo, en la apretada garganta, en la vertiginosa cabeza.

Iba andando lentamente, lo mismo que si se recrease en pasear. Era, en realidad, hora de gozar plenamente la hermosura y calma de la tarde. En las callejuelas que siguen al cuartel, la proximidad de la noche infundía paz; los chiquillos se recogían á cenar y acostarse; un soplo fresco y salitroso venía de la costa, y en la capillita pobre, frecuentada únicamente por pescadores, el esquilón convocaba al Rosario...

Clara andaba y andaba maquinalmente. No sentía, al avanzar, la flexión de sus piernas. Tenía la sensación de caminar sobre algodón en rama, con la frente hecha un horno y la boca seca y untada de hiel.

De súbito se paró. Había recorrido toda la calle del Faro, y al concluirse las casas se le aparecía la extensión sin límites del Océano.

En aquel punto no estaba azul, sino verde, de un verde negro casi, pero sereno, con admirable serenidad. Sobre la cima

de los montes fronterizos asomaba una encendida luna, envuelta en rosados vapores. Clara permanecía quieta, paralizada, invadida de repente por un dolor agudísimo. No acudieron á sus ojos las lágrimas, pero sí á su garganta un sollozo ronco, un anhelo de ave herida de muerte por el plomo del cazador.

Sus ojos se fijaban en el disco saliente de la luna. El hermoso astro, al asomar, relucía enorme, incandescente, glorioso. A medida que iba ascendiendo, su inflamado color palidecía. Al fin se convirtió en placa de oro pálido y poco después en la blanca faz de un muerto. Tal le parecía por lo menos á Clara, que no pudo menos de establecer, sin expresarla ó darle forma, una comparación instintiva entre la suerte de sus afectos y aquella poética decadencia sideral.

Así eran las cosas: extinguido el fuego, la dicha borrada, el único interés de la vida suprimido como aquel fugitivo resplandor de la luna. La existencia ya obscura y tétrica eternamente: un mar sombrío, sin límites, sin esperanza...

¡Cuán veloz germinó la idea en su cerebro! ¡Cómo prendió, á modo de chispa en seca paja! ¡Decir que no se le había ocurrido antes! ¡Un remedio tan pronto, tan seguro, tan eficaz!

Con alegría pueril echó á correr hacia la costa. No veía; la vereda era pedregosa, costanera, abierta entre los sembrados y á lo mejor interrumpida por charcos y zanjas, donde Clara tropezaba frecuentemente. Una vez hasta cayó. Soltando carcajada convulsiva volvió á levantarse y siguió su camino, después de recogerse las faldas, procurando, por hábito de pudor y como si alguien la viese, que no pasase el remango más arriba del tobillo. Ya distaba poco del mar... cuando advirtió que no podía llegar hasta él. Agrios peñascales, picudos y resbaladizos, la separaban del Océano. Cien veces se rompería las piernas antes de acercarse al agua salvadora.

¿Qué hacemos?

Miró alrededor. La luna, enmascarada ya por nubes grises, alumbraba poco el paisaje; sin embargo, Clara pudo ver que

el sendero, á la izquierda, se torcía bajando hacia el mar. Por allí debía de haber salida. Sólo que para tomar aquella ruta era preciso pasar rozando con las tapias del campo santo. Y Clara, resuelta á morir, tenía miedo á las tapias.

¿Miedo á los espantos de ultratumba? ¿Miedo á algún ánima del purgatorio? No, por cierto; ni se le ocurrió siquiera. Miedo al sitio, muy sospechoso y de fatal reputación en la capital marinédina. No obstante lo retraídas que vivían las hijas de Bonaret, habían llegado á sus oídos historias trágicas relacionadas con las tapias malditas. Allí se recogían suicidas con el cráneo roto ó mujeres asesinadas con un puñal clavado en el pecho; allí se dirimían las cuestiones á garrotazos, y allí, por último, buscaban infame seguridad las parejas sospechosas. Clara temblaba á las tapias del campo santo. ¿Qué podría sucederla peor de lo que ya tenía resuelto? Nada, en verdad; pero..., enigmas de nuestro ser: temblaba.

Al fin se decidió. El corazón le pegaba grandes brincos. El sendero faldeaba pre-

cisamente la tapia, revolviendo al tocar con el ángulo, donde un vallado lo guarnecía. Clara se deslizaba, llena de ansiedad, deseando llegar al final de su carrera...

Disponíase á dar la vuelta al ángulo de la tapia, cuando tuvo que detenerse, ó, mejor dicho, el terror la inmovilizó de golpe. Por el otro lado de la tapia sonaban voces, un cuchicheo entrecortado y singular.

Aproximóse el grupo, y se detuvo precisamente en el ángulo, antes de salvarlo y encontrarse faz á faz con Clara. En vez de proseguir, sentáronse en el vallado, tan juntos, que hacían una sola mancha oscura sobre el fondo del cielo. Fija, muda, reprimiendo el aliento, dominada por la malsana curiosidad de las doncellas, Clara los devoraba con los ojos. Eran dos amantes, no cabía duda; así estarían ella y su ídolo, si lo hubiese permitido la triste suerte... ¡Dos amantes, dos futuros esposos! ¿Qué otra cosa habían de ser, cuando así se acariciaban y estrechaban y fundían? No obstante, á los dos ó tres minutos de espectáculo, Clara sintió una especie de náusea

moral, algo parecido á la sensación de la primer chupada de cigarro para un chiquillo. Y esta náusea se convirtió en horror al salir la luna recogiendo su velo de nubes, y distinguir claramente, en la enlazada pareja, las figuras y rostros de Don Atilano Bujía y la hermosa zapatera vecina de Clara, rubia como unas candelas, y mujer de un marido joven y buen mozo;

Clara miraba al grupo, sin hacer un movimiento, cortada hasta la respiración por el asco... Su misma repugnancia la impedía huir, librarse del espectáculo grotesco y odioso. También el asco fascina, prende los ojos, prende la imaginación, y fuerza la atención, quizá con más energía que el gusto... Clara no quería ver, y miraba; no quería oír, y oía distinta y sutilmente; no quería entender, y en su alma de virgen se rasgaba un velo blanco...

.....
Hacía diez minutos que se había alejado la pareja, dando, sin duda, vuelta á las tapias por el lado opuesto, y aún Clara no tenía ánimos para arrancarse de allí... Sentía un hielo, una anestesia interior, la

congelación de su novelesco ideal. Una voz mofadora repetía á su oído: "Ahí tienes tú lo que es el amor, chiquilla..."

Una ráfaga de aire muy vivo, marino, delicioso, la despertó. Exhalando un suspiro, volvió piés atrás, se ciñó el velo y tomó á buen paso el camino de la ciudad, impulsada por el temor de que su padre y su hermana estarían vueltos locos echándola de menos.



EL SEÑOR DOCTORAL

A la verdad, aunque todas las misas sean idénticas y su valor igualmente infinito, como sacrificio en que hace de víctima el mismo Dios, yo preferí siempre oír la del señor Doctoral de Marineda, figurándome que si los ángeles tuviesen la humorada de bajarse del cielo, donde lo pasan tan ricamente, para servir de monaguillos á los hijos de los hombres, cualquier día veo á un hermoso mancebo rubio, igual que lo pintan en las Anunciaciões, tocando la campanilla y alzándole respetuosamente al señor Doctoral la casulla.

Vivía el señor Doctoral con su ama, mujer que había cumplido ya la edad prescrita por los cánones, y con un gato y un

tordo, de los que en Galicia se conocen por *malvises*, y silban y gorjean á maravilla, remedando á todas las aves cantoras. La casa era, más que modesta, pobre, y sin rastro de ese aseo minucioso que es el lujo de la gente de sotana. Porque conviene saber que el ama del Doctoral, doña Romana Villardos Cabaleiros, había sido *in illo tempore* toda una señora, en memoria de lo cual tenía resuelto trabajar lo menos posible, y señora muy padecida, llena de corrimientos y acedumbres, en memoria de lo cual seis días cada semana se guillaba enteramente, entregándose á tristes recordaciones y olvidando que existen en el mundo escobas y pucheros. En el hogar del canónigo ocurrían á menudo escenas como la siguiente. Volvía de decir la misa, y mientras arriaba los manteos y colgaba de un clavo gordo la canaleja, su débil estómago repetía con insinuante voz: —“Es la horita del chocolate.” —Alentado por tan reparadora esperanza, el Doctoral se sentaba á aguardar el advenimiento del guayaquil. Pasaba

un cuarto de hora, pasaba media... Ningún síntoma de desayuno. Al fin el Doctoral gritaba con voz tímida y cariñosa:

—¡Doña Romana..., doña Romana!

Al cabo de diez minutos respondía un lastimero acento.

—¿Qué se ofrece?

—¿Y... mi chocolate?

—¡Ay! —exclamaba la dolorida dueña.

—Hoy no estoy yo para nada... ¿Sabe V. qué día es?

—Jueves, 6 de Febrero, Santas Dorotea y Revocata...

—Justo... El día que, hallándome yo más satisfecha, voy y recibo la carta con la noticia de que mi cuñado el comandante se había muerto del vómito en Cuba... ¡Ay, Dios mío! ¡El Señor de la vida me dé paciencia y resignación!

Nunca la buena pasta del Doctoral le consintió preguntar á la matrona si, por haberse muerto del vómito su cuñado, era razón que su amo se muriese de hambre. Lo que solía hacer era abrir la alacena de la cocina, sacar de su envoltura mantecosa la onza de chocolate y roerla,

con ayuda de un vaso de agua. Después solía dedicar un ratito á consolar á doña Romana, que hipaba en el rincón de un sofá, con la cara embozada en un pañuelo.

—Doña Romana... Dios... la conformidad... No tentar á Dios, por decirlo así... ¡Si llora V. más, perdemos las amistades!...

—Mañana tendrá V. el chocolate á punto—respingaba con aspereza la vieja.

—¡Si no es por el chocolate, mujer!... Es que nuestra santa religión..., ¿lo oye V.?, nos manda que tengamos correa..., que no nos desesperemos... y que cada uno se someta á la voluntad divina..., aceptando la situación que...

Doña Romana se volvía toda venenosa, exhalando un bufido comparable al ¡fu! de los gatos.

—¡Ya entiendo, ya!... Ahora mismo me voy á poner la comida, para que no tenga V. que echarme en cara ni que avergonzarme por cosa ninguna.

—¡Jesús, doña Romana!... ¡Vaya por Dios! Todo lo toma V. por donde que-

ma... —murmuraba el Doctoral apiadado y contrito.

El caso es que, cuando al ama le daba muy fuerte la ventolera, tampoco arrimaba al fuego la olla, y algún día el canónigo, con sus manos que consagraban la Hostia sacrosanta, se dedicó á la humillante operación de mondar patatas ó picar las berzas para el caldo. Nada de esto molestaba al buen señor como los fracasos de su oratoria, que no lograba serenar el atribulado espíritu de la dueña. Porque si en algún escondrijo del alma del Doctoral crecía la mala hierba de una pretensión, era en el terreno de la elocuencia. Por componer un sermón que dejase memoria, diera el dedo meñique, ya que no la mano. Cada vez que subía al púlpito algún jesuita, de estos que tienen pico de oro y lengua de fuego para echar pestes contra las impiedades de Draper y Straus (en Marineda perfectamente desconocidas), ó algún curita joven vaciado en moldes castelanos, de estos que hablan del "judaico endurecimiento", y de la "epopeya de la Reconquista", y de la

“civilizadora luz que el sacro Gólgota irradiaba”, el señor Doctoral no se reconcomía de envidia, por imposibilidad psicológica, pero se abismaba dolorosamente en la convicción profunda de su propia inutilidad, y sus reflexiones—suponiéndoles una ilación que no tenían y peinándolas mucho—podrían transcribirse así:

—¡Jesús mío, ya está visto que yo no te sirvo para maldita la cosa! Soy un trapo viejo, un perro mudo. Necedad grande la mía en desear, como he deseado, que me enviasen á predicar el Evangelio en tierras salvajes, donde abunda la cosecha de almas. ¡Bonito soy yo para apóstol, con esta lengua torpe, estos dichos sosos, esta voz de carraca y esta fachilla insignificante! Señor, ¿por qué no me habréis concedido el don de la palabra? ¡Sería tan hermoso cantar vuestras alabanzas, llenar de una conmovida multitud vuestro templo, siempre vacío; derretir los corazones, derramando en ellos, viva y caliente, la infusión de la gracia! Y el caso es, Jesús mío, que si con vuestro infinito poder me desatarais el habla, si me cor-

taseis el frenillo y me otorgaseis el palabreo bonito y los períodos sonoros que gastan los predicadores de rumbo... ¡se me figura que diría yo cosas muy buenas! Porque en mi interior siento unos fervorines... y así como unas ideas raras, nuevas y eficaces... Cuando el Padre Incienso está á vueltas con aquello del “helado indiferentismo”, y lo otro del “determinismo positivista, nefanda resurrección del fatalismo pagano”, me entran á mi arrechuchos de gritarle: “¡Padre Incienso, por ahí no!.. ¡Si aquí no existen semejantes positivistas ni deterministas, ni hay tales carneros!... Aquí lo que importa es apretar en esto, en esto y en lo otro.. ¡Ah, si me ayudasen las explicaderas! Jesús mío, ¿por qué consientes que sea tan zote?... ¡Vaya un señor Doctoral! Señor animal es lo que debían llamarme.

En el confesonario luchaba el señor Doctoral con la misma deficiencia de facultades. Jamás se le ocurrían esas parrufadas agridulces que entretienen los escrúpulos de las devotas, ni esos apóstrofes tremendos que funden el hielo de las

empedernidas conciencias. Nada; vulgaridades y más vulgaridades. "Paciencia, que también la tuvo Cristo... Bueno: otro día procure V. no promiscuar... ¡Animo! ¡Arránquese V. del alma esa afición tan peligrosa!... Está V. obligado á restituir, y si no restituye no puedo absolverle... A ese enemigo perdónele V. de todo corazón antes de comulgar... Sería un sacrilegio horrible recibir á Dios deseando la muerte á nadie., Y patochadas por el estilo: de modo que Arcangelita Ramos, presidenta de las Hijas de María; la marquesa de Veniales, fundadora del Roperito; la brigadiera Celis; en fin, la flor y nata de las devotas marinedinas, estaban acordés en que el señor Doctoral era un clérigo de misa y olla, y el Padre Incienso un encanto, según enredaba por la reja del confesonario flores de retórica y filigranas de místico discreto.

En cambio, la gente baja decía primos del señor Doctoral. Marineros, artesanos y cigarreras, al verle pasar arrastrando los piés y sonriendo con la vaga sonrisa de las almas bondadosas, mur-

muraban con misterio: "Es un santo., En la Fábrica de Tabacos (donde no hay noticia que se ignore ni suceso que no se comente) se referían mil anécdotas de la vida privada del Doctoral. Que si habia vendido las hebillas de plata de los zapatos para que no echasen á unas pobres del piso cuyo alquiler estaban debiendo; que si, no teniendo moneda cuando en la calle le pedían limosna, daba el tapabocas, el pañuelo, el rosario; que si pasaba necesidades en su casa por socorrer las ajenas; que si á veces no se echaba carne en su olla; que si unos manteos le duraban diez años... Cuentos semejantes sofocarían muchísimo al Doctoral si los oyese. Por aquel romanticismo de la limosna callejera se regañaba diariamente á sí propio, tratándose de hombre ñoño y sin sustancia y pensando que, en lugar del ochavo, le estaría mejor establecer alguna sociedad ó congregación, escuela dominical ó cocina económica, "á fin de recabar de la filantrópica abnegación de las colectividades lo que no logran los más gigantescos esfuerzos de la iniciati-

va individual,, como decía un periódico local, *El Nautilense*, tratando de una empresa para salvamento de naufragos. Sólo que las tales fundaciones requieren labia, expediente, *agilibus...* y el Doctoral no poseía semejantes dones, esencialísimos en los tiempos que corremos.

Una noche, el Doctoral, bastante resfriado, hubo de acostarse con las gallinas. El tiempo era de perros; diluviaba, y el viento redondo de Marineda sacudía los edificios y rugía furioso al través de las bocacalles. Por lo mismo, la cama estaba calentita y simpática en extremo, y el doctoral, arropado, quieto y á obscuras, sentía ese bienestar delicioso que precede á la soñarrera. Sus huesos, torturados por el reuma, iban calentándose, y su pecho, obstruído por el recio catarro, funcionaba mejor. Era un instante de goce sibarítico, de esos que prolongan la débil existencia de los viejos. El murmullo del último Padre nuestro morfía en los labios del Doctoral, cuando el aldabón y la campanilla resonaron casi á un tiempo estrepitosamente, y el vocerío de una dis-

cusión alborotó la antesala. La discusión seguía, convirtiéndose en disputa, hasta que Doña Romana, palmatoria en ristre, se lanzó en la alcoba á noticiar que una mujer muy mal vestida, con trazas de pedir limosna, se empeñaba en que había de ver al señor inmediatamente, á la fuerza. Como el soldado que oye el toque de clarín, el Doctoral saltó de la cama y, apenas cubiertos los paños menores con otros mayores, salió á la antesala, enfrentándose con la mujer, la cual chorreaba agua, pues tenía pegando á los hombros el mantoncillo negro y á la cabeza el pañolito de algodón.

—Santo querido — exclamó intentando besar la mano del viejo, — mi hermano está en los últimos, dando las boqueadas, y no se quiere confesar... Se muere, señor, y lo mismo que un can, con perdón de V... A ver, santiño, si le convence á aquel alma negra, para que no se vaya así al otro mundo.

—¿Quién es su hermano de V., mujer?

—El escribano Roca...

El Doctoral miró con extrañeza el pobre

pelaje de la mujer, y ella, comprendiendo el sentido de la mirada, balbuceó:

—Yo soy cigarrera y gano muy poco, que tengo mala vista, el Señor me consuele... Mi hermano podrido de onzas, y nunca un cuarto me da... Allí tiene en casa una pingarrona, dispensando la cara de Vds., sin vergüenza, que todo se lo come... y yo con cuatro hijos que mantener de mi sudor infeliz. Pero no crea que es por el aquel de la herencia por lo que vengo. Pobre nació y pobre moriré, y no me interesa sino fuera por los hijos. Lo que no quiero es que el hermano se me condene, ni que se ría esa lambonaza que tiene allí, más pegada que la lapa á la peña... Santo, buena faltita me hace el dinero, pero Dios vale más. Dignese sacar del infierno á mi hermano.

—Mire, mujer—arguyó el Doctoral, subyugado ya por aquella voz enérgica.—Yo no sirvo para eso de convencer á nadie. Vaya al Padre Incienso, que sabe persuadir, y lo hará muy bien.

—¡Ay, señor! Ese Padre será bonísimo; yo no le quito su bondad, pero en

Marineda no hay otro santo como V. Las cigarreras dejamos por V. al Papa en su silla. Si no quiere venir, deme un no, pero no me diga de buscar otra persona; que si V. no hace el milagro, ni Dios lo hace.

¡Oh eterna flaqueza humana! Sintió el Doctoral un dulce cosquilleo en el amor propio.

—¡Doña Romana, mi paraguas!

—¡Su paraguas!—bufó la dueña.—¿No sabe que parecía el banderín de los Literarios, y no hubo más remedio que enviarlo á forrar?

El Doctoral vaciló un segundo, y al fin indicó tímidamente:

—¡Vaya por Dios! Bien: el manteo y el sombrero viejo... y la bufanda.

Salieron. La lluvia se precipitaba de lo alto del cielo en ráfagas furiosas, batidas por el viento loco, que obligaba al Doctoral á pararse rendido. El agua, que, penetrando al través del raído manteo, llegaba ya á las carnes del venerable apóstol, era helada, y su cruel frialdad creía él sentirla, mejor aún que en la epider-

mis, en los tuétanos. Y no era floja la tirada hasta casa del escribano. La plaza anchísima y salpicada de charcos; las lúgubres callejuelas del barrio viejo; el largo descampado del Páramo de Solares; la solitaria calle Mayor, por el día tan concurrida y animada; luego el paseo de las Filas, donde el aguacero, en vez de aplacarse, se convirtió en diluvio...

El Doctoral, caladito, advertía una sensación extraña. Parecía que su alma se había liquidado, convirtiéndose después en un témpano de nieve. "¡Jesús mío—pensaba el varón apostólico,—conservadme siquiera un poquito de calor, una chispita de fuego no más! Con este frío del polo, ¿cómo queréis que yo logre inflamar un alma? ¡Jesús mío, no permitáis que me hiele del todo!...". La centellita de fuego disminuía, disminuía; era sólo un punto rojizo allá en el fondo de un abismo muy negro... Al llegar al portal del escribano la chispa titiló, y se quedó tan pálida, que podría jurarse que estaba apagada enteramente. Y el pensamiento del apóstol, al subir las escaleras, no gi-

raba en derredor de conversiones ni de actos de fe, sino de esta preocupación mezquina y terrenal: "¡Si me diesen un poco de aguardiente de anís ó de vino añejo! ¡Si hubiese al menos un braserito donde secarse!".

La cigarrera llamó briosamente, y como tardasen en abrir, segundó el toque con mayor furia. Apareció en la puerta una imponente mujeraza, gruesa y bigotuda, de ojos saltones y pronunciadas formas, que se desató en invectivas, queriendo cerrar otra vez; pero la cigarrera se incrustó á guisa de cuña para impedirlo, y hecha una sierpe voceó:

—¡Aparta, aparta, que aquí traigo á Dios para que mi hermano no se muera como un can! ¡Aparta, condenada raposa, saco de pecados!

Y, haciéndose á un lado, descubrió al Doctoral, que chorreaba y tiritaba, hecho una sopa, trémulo, tan encogido que había menguado media cuarta de estatura. ¡Cosa rara! La mujerona, sin embargo, le conoció; le conoció tan de pronto, que su actitud cambió enteramente; apagáronse las

chispas de sus ojos, murió la injuria en su airada boca, y con sumiso acento pronunció:

—Pase, señor Doctoral; pase... Perdone, que no le veía... A V., que sacó de la necesidad á mi madre..., ¿no se acuerda? ¡En el cielo se encuentre los cinco duros que le dió para poner el puesto de hortaliza!... A V. no le pego yo con la puerta en los hocicos... Pase y haga lo que quiera, señor...; pero considérese de que estoy sirviendo hace tres años en esta casa, y es justo que, al morir el señor de Roca, no quede yo pereciendo... Entre ya.

El Doctoral se enderezó... La centella renació al soplo de aquel entusiasmo, de aquella gratitud inesperada, frutos de una buena acción ya vieja y puesta en olvido... Luz misteriosa alumbró su espíritu, y una idea, al par terrible y consoladora, le estremeció hasta lo más profundo de su corazón. La tal idea convirtió el mortal frío de la mojadura en un ardor, una especie de fiebre apostólica. Con resuelto paso entró en la alcoba del enfermo.

Hallábase éste muy fatigado, en una de

esas angustiosas crisis que preparan la agonía. Su pecho subía y bajaba al compás de estertorosa dispnea. El afanoso resuello podía oírse desde el pasillo. A pesar de tan violenta situación, de lo mucho que debía sufrir, la entrada del Doctoral no le pasó inadvertida, y, agitando los brazos y exhalando rugido vehemente, indicó que le desagradaba la visita y que el clérigo estaba de más. Sin embargo, la mujerona, después de arreglarle las almohadas, salió discretamente, dejándole á solas con el médico del espíritu.

Este permanecía á la boca de la alcoba, como hombre indeciso que aguarda la inspiración para proceder. Sus miembros los paralizaba el frío mortal; pero allá en el foco donde antes titilaba, próxima á extinguirse, la sobrenatural chispa, había ahora estallado llama intensa, que empezara á arder lentamente, y después adquiriera tal incremento, que el apóstol se sentía abrasar... Ya no pensaba el señor Doctoral ni en refocilarse con unas gotitas de anís, ni en arrimarse á un buen fuego de leña, ni en volver-

se á sus tibias sábanas. De repente se llegó á la cama del enfermo y delante de ella se hincó de rodillas. El escribano clavó en él sus ojos apagados, amarillentos y turbios.

—¿Qué... hace V... ahí?—articuló trabajosamente.

—Rezo—contestó el apóstol—para que V. se confiese, se arrepienta y se salve.

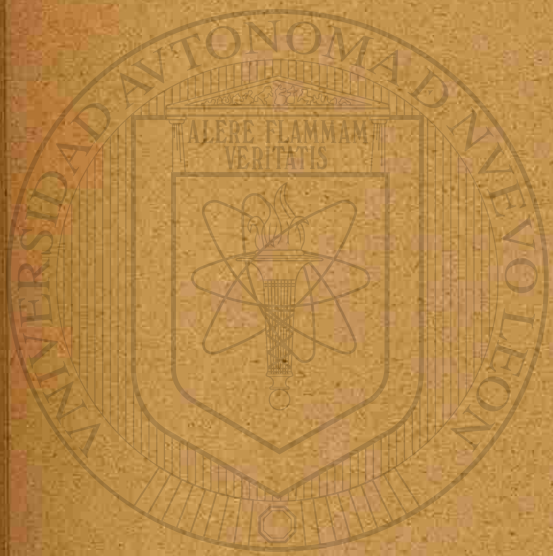
—¿Y á V. qué... ajo... le importa... que yo?... ¡Por vida!... ¡Pepa!

—No llame V., que Pepa sabe que ningún mal vengo á hacerle. El que V. se salve me importa mucho...—contestó el Doctoral irguiéndose, creciendo en voz, carácter y estatura, y encontrando en sí una fuerza de voluntad y hasta una afluencia de frases que no tenían nada que envidiar á las del padre Incienso.—Me importa mucho, porque V. podrá morirse hoy, pero yo estoy seguro, ¿lo oye V.?, de que no viviré ocho días. Me encontraba en la cama resfriadísimo; me he levantado para venir á confesar á V.; me he calado hasta los huesos, y sé que he ganado la muerte. Y como no he de presentarme

delante de Dios con las manos vacías del todo, ¡caramba!, me he empeñado en salvar su alma de V. para no perder la mía. En mi vida le serví de nada á Dios..., ¿lo oye V.? de nada absolutamente. Ahora me llama á sí, ¿y quiere V. que yo le diga: "Soy tan tonto que no supe ablandar al escribano Roca?", Ahora que me ha entrado un don de persuadir que no tuve nunca, ¿quiere V. impedirme que lo aproveche? No señor... V. me oirá. Antes me hacen pedazos que irme de aquí sin absolverle... Máteme V. si gusta, pero atienda á mis palabras.

.....
El último episodio de la historia del Doctoral ocurre en el pórtico del cielo. A él llegaron juntas las almas del apóstol y del escribano, convertido por su tardía elocuencia. El escribano, á la vez avergonzado y loco de gozo (porque con la ganga de ir al cielo, dígame la verdad, no había soñado él nunca), se apartó, á fin de dejar paso al alma del Doctoral. Y el Doctoral, sonriendo al pecador, se hizo atrás y dijo humildemente:

—No, V. primero...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

EN EL NOMBRE DEL PADRE...

A principios de este mismo siglo que ya se acerca á su fin; algo después de que echamos al invasor con cajas destempladas, y un poco antes de que se afianzase, á costa de mucha sangre y disturbios, el hoy desacreditado sistema constitucional, había en la entonces pacífica Marineda cierto tenducho de zapatero, muy concurrido de lechuguinos y oficialidad, por razones que el lector malicioso no tendrá el trabajo de sospechar, pues se las diremos inmediatamente...

Llamábase el maestro de obra prima Santiago Elviña, y sería la más gentil persona del mundo, si no adoleciese de

dos ó tres faltillas que, sin desgraciarle del todo, un tantico le afeaban. Eran sus ojos expresivos y rasgados, pero en el uno, por desdicha, tenía una nube espesa y blanca que le impedía ver: y su tez fuera de raso, á no haberla puesto como una espumadera las viruelas infames. El cabello (que en sus niñeces es fama lo poseyó Santiago muy crespo y gracioso) había volado, quedando sólo un cerquillo muy semejante al que luce San Pedro en los retablos de iglesia. Y aun con todas estas malas partes ostentaría el zapatero presencia muy gallarda, á no habersele quedado la pierna izquierda obra de una pulgada más corta que la derecha, y estar el pié correspondiente á la pata encogida algo metido hacia dentro, y zopo. Hasta se asegura que de este defecto se originó la vocación zapateril de Santiago, puesto que necesitaba calzado especial, con doble suela de corcho, y por deseo de calzarse bien, dió en aprender á calzar á los demás con igual perfección y maestría.

Porque, eso sí: de las manos y de los brazos, no solamente no era zopo San-

tiago, sino tan listo y bien dispuesto, que no había forma que se le resistiese, ni labor que no sacase acabada y primorosa. Así contorneaba el menudo chapín de tabinete negro que lucía en Semana Santa la mujer del Comandante de armas ó la sobrina del Deán, como batía la fuerte suela de las recias botas de soldados y marineros. Daba gusto ver un par de calzado en el instante crítico en que Elviña, extrayéndolo de la hormaza, lo alineaba juntándole las punteras; y, echándose hacia atrás, se recreaba en contemplar el brillo charolado, la limpieza de los puntos, la pulcritud del encerado reborde de la suela, y, en fin, todos los detalles que hermosean una obra maestra de zapatería.

Pero... no le sacasen de su oficio al buen Santiago; fuera de la habilidad pedestre, no se buscase en él otro mérito ni señal de agudeza, discreción, ingenio, oportunidad ó donaire. Había nacido llano de entendimiento, pobre de espíritu, crédulo en demasía, más que por necedad y simpleza, por candidez y bondad de corazón:

era su confianza en el género humano tan extremada, que si teniendo manos de oro para su oficio no estaba ya rico, había que atribuirlo á los infinitos pufos y chascos que le costaba su ingenuidad inverosímil; y sería cuento de nunca acabar citar nombres de personas descaradas que andaban por Marineda calzadas de balde, á cuenta del seráfico Elviña. Y es lo bueno que si alguien le daba matraca sobre el asunto, respondía moviendo la cabeza (pues era, aunque tan infeliz, unas mijañas terco y tozudo):

—Pues si me debe los escarpines, peor para él. En el otro mundo tendrá que pagármelos con réditos. Sobre su alma van. A no ser que el infeliz no tenga; que entonces... Al que no tiene, el rey le hace libre. Allá arriba hay quien lleve cuentas... ¡y bien justas!

Con su cutis de criba, su nube en el ojo, su cabeza pelada y su pata coja, Santiago consiguió la dicha de encontrar una esposa, no sólo ejemplar, sino de harto buen palmito y más que medianas entenderas comerciales. Bajo su dirección

prosperó la casa, creció el modestísimo peculio, hubo aseo en la tienda, y en el hogar paz y abundancia. La zapatera discernía de parroquianos, dirigía la venta y entrega del género, y precavía las inocentadas del marido, cobrando á tocateja. Convencida de la edad moral de su esposo, se había erigido en su protectora, y solía decir: «¡Qué sería sin mí de este *po-brinho!*»,—La dura suerte quiso que pronto conociese Santiago cuánto perdía al faltarle el numen tutelar... Murió la esposa dando á luz una niña..., y Santiago quedó solo, y con el quebradero de cabeza de sacar adelante á la rapaza.

Esta—que se llamaba Margarita—se crió de milagro; el padre la alimentó con vasitos de leche y sopas, ayudado de las vecinas compasivas, que eran todas en aquel barrio del Jardín, y jugando con recortes de suela, retazos de cordobán, leznas y martillos, la muchacha creció, fué espigando, formándose, engruesando, echando carnes y lozaneando lo mismo que albahaca en tiesto ó rosa en rosal. Si entonces se conociesen el poe-

ma de Goethe y la ópera de Gounod, no faltaría quien encontrase poética semejanza entre la amante de Fausto y la no menos humilde Margarita zapateril, porque ésta tenía, como aquélla, el pelo rubio lo mismo que el oro, el aire modesto y jovial á la vez. No era delgada ni pálida, sino fresca y mórbida, como suelen las hijas de Marineda; fina pelusa suavizaba su tez; sangre juvenil y pura coloreaba sus mejillas, y sus ojos verdosos y limpidos eran como dos *pocitas* de agua de mar, en que se refleja el cielo.

¿Vas comprendiendo, sagaz lector, por qué estaba tan concurrida de oficiales y lechuguinos la tienda del buen Santiago Elviña?

Al llegar á la edad en que la niña se transforma en apetecible mujer, Margarita había descubierto, sola y sin ayuda ni consejo de nadie, el secreto de realzar la belleza con inocentes y baratos artificios, como el artístico peinado, la flor en el corpiño, el zapato bien hecho (tenía la fábrica en casa), el vestido de pobrísimo *guingán* ó *sarasa*, cortado con gracia y

adornado... por la hermosura de quien lo vestía. Sin más arte ni más dispendios, Margarita era un sol, y casi me parece ocioso advertir que su padre la contemplaba, á hurtadillas, con pueril orgullo.

Y verán Vds. la composición de lugar que hizo para sí el zapatero: "Todos dicen que mi hija es muy bonita y muy preciosa. ¡Vaya si lo es! No dicen sino la verdad. Aún se quedan cortos, porque vale más de lo que piensan; como que reúne á esa belleza física otra cosa preferible: el genio de una santa y mucha alegría y mucho despejo, é igual disposición que su difunta madre para el gobierno y arreglo de la casa y el manejo de los cuartos. Como al mismo tiempo es tan buena y tan religiosa, ya sé yo que no tendrá un mal pensamiento ni una acción liviana. Reunida su fama de hermosa á su fama de honesta, no será ningún milagro que se prenda de ella un señorito... y si no un señorito, por lo menos un artesano acomodado, como Nicéforo el ebanista, que tantas vueltas anda dando alrededor de mi tienda. El que se enamo-

re de ella, ¿qué ha de hacer sino venir inmediatamente á pegar conmigo y decirme:— Señor Santiago, yo quiero á Margarita, y esto, y esto, y lo otro.— Y yo, ¿qué he de contestar?— En siendo ella gustosa..., esto, y aquello, y lo de más allá.— Y á la iglesia... y al año, nietos.,

Muy orondo vivía con semejantes esperanzas Santiago Elviña. Nunca había tenido tanta ni tan lucida parroquia. Toda la oficialidad de la guarnición puede decirse que se surtía allí, en términos que fué preciso tomar aprendices y velar muchas noches hasta las doce y la una. Los militares pagaban al contado, no regateaban nunca, alababan el género, y por añadidura decían á Margarita cosas de miel. Santiago estaba prendado de tal clientela.

Uno de los mejores clientes era francés, y se llamaba Armando Deslauriers, maestro de armas del regimiento de Borbón. Tenía este tal muy arrogante muslo y pierna, y gustaba de realzarla, cuando salía á caballo por las tardes, con ciertas botas de montar de arrugado charol, que, según decía, nadie sabía hacer en España

sino Santiago. Ni era la bien trazada pierna el único atractivo que realizaba al profesor de esgrima; podía envanecerse y alabarse de unos bigotes castaños, lustrosos de cosmético, un cuerpo ágil y estatuario, que el diario ejercicio del florete volvía más airoso, y, en el ramo de indumentaria, preciarse de una colección de látigos con puño de plata, calzones de punto, corbatas flotantes y dijes de reloj en extremo caprichosos; todo lo cual hacía á Armando Deslauriers muy peligroso para el mujerío marinedino de cualquier estado y condición— señoras y artesanas, dueñas, casadas y doncellas. Hay que añadir que la profesión de Deslauriers infundía cierto terror á padres, maridos, hermanos y novios.

Como íbamos diciendo, el guapetón maestro de armas dió en aficionarse á las botas que fabricaba Elviña, y no pasaba momento sin que viniese á indicar alguna reforma ó mejora en las que poseía, ó á examinar cómo marchaban las que el zapatero tenía en obra. Ya era un respunte más apretado, ya un forro media pul-

gada más alto, ya la borla que se había estropeado y hacía falta una nueva... Cada episodio de este género daba pretexto á Deslauriers para divertir largos ratos en la zapatería, sentado sobre una silla medio desvencijada, charlando y refiriendo con labia y acento francés, si bien en muy inteligible castellano, anécdotas de la guerra, cuentos chistosos, que hacían reír de bonísima gana á Elviña...

De pronto pareció como si Deslauriers les hubiese perdido todo el cariño á sus botas de montar. Corrieron días, días y días... y ni asomó por la tienda. Santiago no paró la atención en tal fenómeno, porque otro gravísimo para él le absorbía y preocupaba. Margarita estaba enferma, muy enferma.

¿Y de qué? ¡Vaya V. á averiguarlo! ¡Vaya V. á saber por qué una mocita de diez y seis ó diez y siete adelgaza, rehúsa la comida, se vuelve más amarilla que un limón, tiene siempre ojos de llorar y cara de morir, se encierra en su cuarto y se pasa el día echada sobre la cama ó sentada en un rincón obscuro, caídos los bra-

zos, caída la cabeza, sin responder cuando le hablan y sin decir, por más que la acosen y pregunten, ni qué le duele, ni el origen de su mal!

Así razonaba Santiago Elviña, y así contestaba á las vecinas que, en distintos tonos, preguntaban noticias de la muchacha ó comentaban su retraimiento... Un día casualmente fué el zapatero á confiar sus pesares á la madre del ebanista Nicéforo, aquel pretendiente asiduo de Margarita, que un año antes la rondaba la calle sin descanso. La comadre callaba, rascándose el moño con las agujas de hacer media. Por último respondió á las lamentaciones de Elviña, pero con palabras truncadas y reticentes.

—YV. qué quiere, señor Santiago... Las muchachas que son... así... piensan que el mundo es ancho y que no hay más que divertirse y campar... Les gustan los señoritos de bigote retorcido, los que gastan espuelas y trotan á desempedrar la calle... Desprecian á los artesanos honrados, á los hombres de bien, que las pretenden para casarse y hacerlas reinas de

su casita... y se van con esos tunantes, que están hartos de burlarse de todas... ¡Ya se ve!... Luego las chicas se tiran de las orejas, ¡y las orejas no les sangran!

Digna era la cara de Santiago, en aquel momento, del pincel de un gran artista. Creo que hasta el ojo tuerto despedía chispas y lumbres.

—¡Señora Clara! ¡Señora Clara! — tar tamudeó... y de pronto, recobrando habla expedita y el uso de sus potencias, gritó con tal fuerza, que se asustó á sí propio:

—¡Embustera!! ¡Embusteraá!!

—¡Embustero V.!—replicó la mujer furiosa, levantándose como una sierpe.—¿Nos querrá dar la papilla de que no sabe la verdad? A los tontos con eso..., que aquí no nos chupamos el dedo, señor Santiago. ¡Y ya que habla tan gordo..., ha de oír! He de decir que estamos hartas las madres de familia del mal ejemplo de su hija, y de verla escandalizando el barrio con el demontre del franchute, allá por los bancos del Jardín, á las doce de la noche. ¡Valiente *cara lavada!* Aquellos

paseos ¿en qué quería que acabasen? Vaya preparando—añadió con ironía sangrienta—pañalitos para lo que salga... De aquí á siete años, aprendiz nuevo en la zapatería...

Santiago no contestó. Afonía completa. Su garganta no podía formar sonidos. De pronto se llevó las manos á las sienes, y partió corriendo, con toda la rapidez que consentía el pié lisiado. Entró en su casa lo mismo que un obús, y subió derecho al cuarto de Margarita...

Se ignora lo que hablaron hija y padre, aun cuando puede deducirse de los consiguientes sucesos.—Cosa de una hora después de la conferencia, Santiago se puso camisa limpia, sacó del fondo del arca la ropa dominguera, se calzó un par de botas nuevas chillonas, y metiendo mucho ruido con suela y tacones se dirigió desde su morada al cuartel de Borbón, situado detrás del Jardín. Preguntó por el maestro de armas, *Sr. Delorié*, y le hicieron pasar á un cuarto donde el francés bebía y fumaba, en compañía de varios oficiales.

Al pronto nada vió el ofendido padre,—

tal era de espeso el humo del tabaco allí; —pero no tardó en columbrar al través de la niebla á su ofensor, que se adelantaba copa en mano.

—Hola, Sr. Elviña... Que agradable sorpresa, Sr. Elviña... V. por aquí... ¡Qué honor tan grandel!... Siéntese, y acepte un sorbito de ron.

Aquella acogida dejó suspenso al zapatero. Conoció que sólo ver el rostro del francés le hacía temblar de ira, y que otra vez le era *imposible* hablar. Maquinalmente aceptó la copa de ron, y maquinalmente se la echó al colete... Los hombres sobrios disponen de un recurso más que los intemperantes. El ron soltó inmediatamente la lengua de Elviña.

—Tengo que decirle á V.... —pronunció en tono categórico, —pero aquí no: ha de ser á solas.

—¡Oh! ¡A solas nada menos! —contestó el francés remedándole.—¡Y para qué, señor! Todos saben aquí el objeto de su venida. ¡Nadie ignora que yo he *derogado* diciendo cuatro chicoleos á la señorita Margarita..., y que V. y ella pensaban de te-

nerme cautivo! Y á propósito, ¿cómo está? ¿Siempre tan *jolie*? Preséntela V. mis cumplimientos...

Santiago se sintió temblar nuevamente. ¡Sus dientes castañetearon..., y no era de terror!...

—Otra copa de ron, —contestó, alargando la mano.

Los oficiales se agrupaban ya en torno de él, celebrando con risotadas y bromas la escena. Elviña apuró el licor, y sintió que le encendía las entrañas.

—Ya que no quiere V. hablar á solas, hablaré delante de todos. Me es igual. No ha de ser más negro el cuervo que las alas. Vengo á que se case V. con mi hija, en el término de veinticuatro horas.—Si dentro de veinticuatro horas no se ha casado V., le mato como á un perro.

Redobló la algazara, y Deslauriers hizo una cortesía irónica.

—Señor Elviña, muy agradecido al honor que V. me dispensa pidiéndome mi blanca mano para su preciosa hija..., ¡y yo sería su marido con la mayor satisfacción!... pero tengo hecho un voto..., ¿no

se dice así?, de castidad..., ¡vamos! de permanecer doncello.

Aquí la risa de los circunstantes fué tan ruidosa, que hizo retemblar los sucios cristales de la estancia. Santiago calló; apretó los dientes, cogió la botella del ron, llenó otra copa, bebió otro sorbo..., y de improviso, sin chistar, alzando la diestra, se arrojó sobre el maestro de armas... Diez ó doce brazos se interpusieron entre él y Deslauriers, no tan á tiempo que la mano del zapatero no hubiese rozado ya ligeramente la sien de su enemigo. Al verse sujeto, por reacción impensada y súbita, el zapatero... ¡se echó á llorar, á llorar perdidamente! Y el maestro de armas, que había contraído las cejas cuando se viera amenazado de un bofetón, al oír los sollozos del padre se aproximó á él, no sin dirigir antes expresivo guiño á los oficiales que le cercaban.

—¡Oh! ¡Sr. Elviña! ¡Oh! V. me ha ofendido gravemente... V. me ha levantado la mano... Esto es muy serio, ¡ah!, entre gentilhombres... Sean testigos, señores,

de la ofensa. ¡El Sr. Elviña me debe una reparación! Una reparación en el terreno del honor... ¡Ah!

—¿Oye V., Elviña? ¡Que le debe V. una reparación al Sr. Deslauriers!

—¿Reparación?—balbuceó el zapatero sin comprender, con voz mojada en lágrimas.

—Sí... Que tienen Vds. que batirse.

—¿Batirnos?—contestó el padre.—¡Claro que nos batiremos! ¡Había de quedar así! Ahora, sin tardanza... Salga V. ahí fuera... Porque aquí me sujetan todos.

—¡Oh! No lo entendemos lo mismo, señor Elviña... No ha de ser una cachetina vulgar, sino un lance como entre caballeros. El honor lo exige...

—¿Y no me sujetarán los brazos? ¿No se meterán en medio estos señores?—gimió el mísero.

—¡Sujetar los brazos! ¡Cómo se entiende! ¿No le digo que se trata de un lance de honor?

—Pues corriente... ¡Vamos allá! De cualquier modo...

—No, no; ahora no; no conoce V. las

leyes de la cortesía, señor Santiago... Los lances son de madrugada siempre... Mañana por la mañanita en el Jardín... Estos señores serán padrinos... A las seis le aguardamos. Soy el ofendido y escojo el sable.

—¿Me dan Vds. palabra de no sujetarme?—repitió con desconfianza, asombrosa en él, Santiago Elviña.

Le aseguraron que al día siguiente nadie se colocaría entre él y Deslauriers...

—¡Pues hasta mañana!

—Verán Vds qué *bonne farce*,—dijo el francés cuando el pobre diablo hubo salido.—*Cet animal là* no ha visto un sable. Le daré una paliza, para que no vuelva á molestartos... y luego le traeremos aquí y le emborracharemos con ron... y le haremos bailar. A fin de que la broma sea completa, y que vean que no quiero abusar de su bobería, como él es tuerto, yo me vendaré un ojo... *¡Nous allons rire!*

.....
Dígase la verdad, aunque redunde en mengua del heroísmo del zapatero; dur-

mió bien poco aquella noche. A las cinco en punto entraba en la capilla de la Angustia á oír misa de alba. Oyóla con devoción; rezó varias salves, y al salir, la casualidad ó un instinto difícil de explicar, le movió á fijar la mirada en el relieve que campeaba en el frontón de la portadita. Era la Virgen con su hijo muerto en brazos, advocación que se conoce por la Angustia. Santiago recordó á Margarita, á quien había dejado entregada al sueño..., y el único ojo válido se le nubló, con lo cual puede decirse que no veía.

—Debí beber un trago de ron para tener ánimos—pensaba, mientras se dirigía al Jardín.

Ya le esperaban en él Deslauriers y el grupo de oficiales, que al verle llegar cambiaron codazos y sonrisas. El zapatero, cerrando los puños, iba á embestir contra el espadachín... Los fingidos padrinos le detuvieron. ¡No sabía él el ceremonial de un lance de honor! Pues iban á explicárselo punto por punto... El sable se coge así, se juega así...

Santiago esperó resignado, abatido, y empezaron los requisitos burlescos. Hubo reparto de sol, cotejo y examen de armas, medición del terreno, todo con gran aparato; luego fué vendado Deslauriers, para que se igualasen las condiciones... Despojóse Santiago de la chaqueta, Armando de la casaca, agarró cada cual su chafarote, y se oyó una voz que decía: "Atención á la señal." Los curiosos aguardaban, muertos de risa, el duelo de un maestro de esgrima con un zapatero cojo, que nunca empuñara un arma... Deslauriers, gallardo, risueño, en elegante posición de consumado duelista, tenía apoyada contra el suelo la punta del sable... "¡En guardia!" — volvió á gritar el padrino...

Lo mismo fué oírle Elviña, que persig-narse, exclamando en alta voz: "En el nombre del Padre y del Hijo...," y correr blandiendo el sable, antes que su enemigo, cubierto un ojo por la venda, pudiese hacerse cargo del inesperado movimiento. Al decir "y del Espíritu Santo," ya la hoja había pasado al través del cuerpo

del seductor, que vacilaba un momento, tambaleándose, y, abriendo los brazos, caía desplomado á tierra... Un golfo de sangre salía de la herida, formando alrededor del cadáver una especie de laguna roja.



EL MECHON BLANCO

Los oficiales de la guarnición se hacían lenguas de la hermosura de su Capitana generala. ¡Qué cutis moreno más fresco! ¡Qué ojos más lánguidos y más fogosos á la vez! ¡Cómo caían, velándolos con dulce sombra, las curvas pestañas! ¡Qué gallardo cimbrear el del gentil talle! ¡Qué andar tan airoso! ¡Qué arranque de garganta y qué tabla de pecho, bellezas apenas entrevistas en el teatro, al través de la mínima abertura del alto corpiño!

Porque es de advertir que la Generala, para irritar la imaginación y estimular con mayor fuerza la codicia de los varo-

nes, unía á su tipo meridional, provocativo y tentador, una gran reserva, un alarde de formalidad y recato sobrado aparente para no pecar algo de artificioso y postizo. Jamás se descotaba. Apenas usaba joyas. Vestía mucho de lana negra. No bailaba nunca. No sonreía á sus admiradores. Frecuentaba las iglesias, y en sociedad apenas cruzaba palabra con los menores de cuarenta años. Sería, más bien severa, se la podía citar como tipo acabado del decoro. Y el caso es que no sucedía así, y que en torno de la Generala flotaba esa tempestuosa atmósfera que rodea á las mujeres cuya virtud es un enigma propuesto á la curiosidad del público. ¿Acusaban de algo á la Generala? ¿Había derecho para censurarla en lo más leve? No. Y, sin embargo, notábanse vagas reticencias en la voz, en el gesto, en la frase de las mujeres cuando comentaban su modestia y retraimiento, de los hombres cuando chasqueaban la lengua contra el paladar para declararla *boccato di cardinale*.

Acaso sus mismas devociones y grave-

dades fuesen quienes conspiraban contra la pobre señora. Cuando se ponía la mantilla echando el velo á la cara, y rosario en muñeca se dirigía á oír misa temprano, la sombra de la blonda hacía más apasionada su palidez, más relucientes sus pupilas, y todo aquello del rosario y del encaje tupido parecía ardid destinado á encubrir furtiva escapatoria amorosa. Los trajes de lana negra, en vez de ocultar sus formas, las acentuaban más, destacando el meneo de su andaluza cadera. La seriedad era en ella un gancho, lo mismo que en otras la risa. Su empeño en rehuir las ojeadas de los galanes hacía que sus ojos, al cruzarse por casualidad con otros muy insistentes, despidiesen un relámpago, que en vano pretendían esconder las pestañas traidoras. Su piedad era un señuelo, un cebo su melancolía, mal encubierta por la corrección, propia de distinguida dama, que sabía guardar ante los mirones. Por último, existía en ella — y eso sí que no podían negarlo sus defensores más resueltos — un pasado, un secreto, una cosa *que fué*, una ceniza aún humeante depo-

sitada en el fondo del volcán de su corazón. No era suposición gratuita ni fantástica novela: la Generala llevaba la señal, la cicatriz de ese pasado; cicatriz indeleble, delatora. Entre los cabellos negros como la endrina, copiosos y ondeados, que recogía en lo alto de la cabeza sencillo moño, la Generala lucía, junto á la sien izquierda, blanquísimo mechón de canas.

La malicia de los provincianos es como el ardid del salvaje: instintiva, paciente y certera. Acecha diez años para averiguar lo que no le importa. Hace arte por el arte; eclipsa á la policía, y, en cambio, obtiene el triunfo de comprobar que del mismo barro estamos amasados todos. Cruel, implacable, araña la herida para arrancar un grito de dolor que denuncie el punto donde sangra.— Así que los marinedinos dieron en sospechar que aquel mechón blanco sobre aquella cabellera de ébano podía tener su historia, buscaron ocasión de poner el dedo en la llaga, y consiguieron cerciorarse de que habían dado en lo vivo. A la primer pregunta

capciosa relativa al mechón, la Generala, más blanca que la pared, cerró los ojos y estuvo á punto de caer desvanecida. Y siempre que se repitió el péfido interrogatorio, pudo advertirse en la señora la turbación misma, idéntica angustia, igual sufrimiento.

Otro indicio más elocuente aún para los perspicaces indagadores, fué cierta contradicción, de esas que pierden á un reo ante un tribunal. Al ser interrogada por la señora del Auditor respecto al mechón blanco, la Generala, temblorosa y en voz apenas perceptible, contestó: "Nada..., consecuencias del tifus que pasé en Huelva., Y pocos días después, siendo la preguntona la marquesa de Veniales, el General, que estaba presente, fué quien respondió, alentando á su mujer con imperiosa mirada: "Del susto de ver venir-sele encima un aparador inmenso cargado de loza, se le puso repentinamente blanco ese mechón.,"

¡Qué par de bases para la curiosidad marinedina! ¡La Generala y su marido contradiciéndose; la Generala y su mari-

do, de acuerdo para encubrir la historia verdadera del mechón misterioso!

Desde aquel día, el General se vió observado con tanto empeño como su mujer. Ojos de microscopio, ojos omnilaterales, ojos de mosca, se posaron en el digno militar para disecarle el alma. Se estudió su carácter, se comentó su edad y su figura. El General frisaría en los cincuenta y siete; pero sanito como una manzana, derecho, entrecano, enjuto, sólo representaba cuarenta y cinco. Con su uniforme, á caballo, aún podía atraer alguna dulce mirada femenina. Ni era calvo, ni tosía: contrastaba con su mujer por lo comunicativo y afable, y la risa franca de sus labios, adornados por limpio bigote gris, descubría dientes blancos y auténticos. En nada se parecía al tipo del esposo incapaz de disfrutar y defender el cariño de una mujer apetecible y bella: era el hombre joven por dentro, vigilante del honor y sediento del amor, y que lleva espada al cinto para guardar su tesoro.— Pues no obstante...

Una persona había en Marineda á quien

los rumores, las nieblas y las conjeturas que iban espesándose en torno de la Generala hacían pasar la pena negra. No era ningún ayudante de dorada cordonadura, ningún húsar de arqueado pecho; éstos se chuparían quizá los dedos tras la Generala, mas no sabían consagrarle la silenciosa devoción que le consagraba Rodriguito Osorio, hijo mayor de la marquesa de Veniales, mozo espigado ya. A los diez y nueve años, con asomos de barba y más estatura y más cuerpo que el General, Rodriguito apenas conocía la maldad humana: habíase educado muy sujeto, muy en las faldas de su madre, y sus mejillas aún no habían olvidado los rubores de la niñez.—¿A qué detallar una vez más el conocido fenómeno de la pasión loca inspirada al adolescente por la mujer de treinta años cumplidos? Este caso se presenta en la vida real tan á menudo, que ya debe incluirse entre las enfermedades de marcha fija, de crisis pronosticable según las observaciones de la ciencia.—Rodriguito enfermó de mucho cuidado, siendo claro sintoma de la calen-

tura el ansia de sublimar, de divinizar á la Generala. Ocultaba el muchacho su mal como si fuese el pecado más vergonzoso— cuando realmente era el brote, en fragantes rosas, de su bella efloréscencia juvenil— y oía los comentarios relativos al mechón con ímpetus de cólera unas veces, otras con desaliento amargo. Si se atreviese á dar un escándalo, desharía á alguno de los maldicientes... sólo con apretar los dedos. Ya sentía rabiosa curiosidad por rasgar el velo del pasado de la Generala; ya juzgaba sacrilegio el intentar lo siquiera; ya, con infantil disimulo, torcía la conversación cuando su madre y las amigas de su madre discutían por centésima vez el secreto del mechón; ya, en los saraos de confianza de la Capitania general, clavaba los ojos con doloroso éxtasis en aquel rasgo de plata que como pincelada trágica cruzaba la sien de la señora...

¿Adivinó ella lo que pasaba en el alma de Rodriguito? ¿Fué coincidencia de simpatía, fué capricho, fué necesidad de algo que la consolase del espionaje y la públi-

ca sospecha? La Generala principió á fijar los ojos, á hurtadillas, en el hijo de la marquesa de Veniales... Hacialo con tal disimulo, con tan hábil oportunidad, que sólo el venturoso Rodrigo pudo notarlo. Al pronto se creyó engañado por un casual encuentro de pupilas... Sin embargo, las ojeadas se repitieron tanto, y fueron tan largas, tan intensas, tan elocuentes, tan propias para trastornar y enloquecer á quien ya no tenía por suyo el albedrío... ¡A todo esto, ni una palabra se había cruzado entre Rodrigo y la dama!

Una noche de invierno entró Rodrigo en la Capitania antes que llegase nadie. La Generala estaba sola, sentada ante un veladorcito, bordando; inclinaba la cabeza; la luz del quinqué bañaba su pelo, y el mechón relucía como nieve. No hay seductor de oficio que tenga los desplantes de los novatos. La inexperiencia es madre de la osadía. Rodrigo miró alrededor; se convenció de que estaba sólo; acercóse furtivamente, y en una de esas posturas que ni son arrodillarse ni sentarse,

que tienen algo de adoración y muchísimo de exceso de confianza, echó á la Generala los brazos al cuello, y delirando de felicidad, besó el mechón una y mil veces. Lo raro fué que la Generala, en vez de rechazarle, dejó caer la cabeza, suspirando, sobre el hombro del primogénito de Osorio.

Aquello duró un segundo. Las botas del Ayudante rechinaban ya en el pasillo. Voces de señoras resonaban en la escalera. Separáronse los culpables, trocando una mirada insensata, sin freno, que lo decía todo. La Generala volvió á bordar, derecha, grave y muda, como siempre.

El héroe del sarao, aquella noche, fué el forastero presentado por la marquesa de Veniales: un sobrino suyo, que por influencias de su elevada parentela en la corte venía á Marineda á desempeñar un empleo en Hacienda. Era el tal muchacho elegante, de ameno trato, muy agradable danzarín, y su presencia animó la reunión y alegró no poco á las señoritas marinedinas, siempre afligidas por el absentismo de los hombres. Al salir de la

reunión, el forastero colmó la medida de la finura ofreciendo el brazo á su tía la Marquesa. Francamente, lector, ¿no sospechas de qué hablarían tía y sobrino, hasta el portal de la casa de Veniales? ¿Del mechón blanco? ¡Naturalmente! Y el forastero hizo entrever el séptimo cielo á la señora, diciéndole con petulancia:

—¡El mechón blanco! Ya lo creo. Conozco su historia. ¿No ve V. que estando yo de oficial primero en la delegación de Zaragoza, vivía allí el General con su mujer? Sólo que entonces era brigadier no más.

—¿De veras, Juanito?— balbuceó la Marquesa, tartamuda de gozo.—¿De veras sabes la historia del mechón blanco? ¿No me la contarás, di?

Hallábanse ya en el portal, y Rodrigo, que venía un poco rezagado, se incorporaba al grupo.

—Hoy no, tía... Es tarde, y Vds. van á subir...

—Hijito... si te parece, ahora. En un instante...

—Pues abreviaré—contestó resignadamente el forastero.—Esta señora tenía en Zaragoza... lo que V. puede suponer... con un oficial de artillería, muy guapo. El marido se ausenta... cuatro ó seis días, y al volver, lo de cajón: recibe un anónimo...; mal intencionados, que nunca faltan... ó despechados, que es lo más probable. Escena dramática, reconvenções, amenazas, gritos de ella, protestas, juramentos, aquello de ¡soy inocente! por aquí, y ¡me calumnian! por allá. El marido—que es todo un hombre—la agarra, me la lleva delante de un Cristo, y la dice: "Júrame aquí, ante Dios, que es falso lo que cuenta el anónimo." La mujer, muerta de miedo, sale por este registro: "Te lo juro por la vida de nuestra hija." Se me había olvidado: tenía una chica de cuatro años, preciosa. Bueno: el marido se conforma; hay reconciliación, y todo como una balsa. A las veinticuatro horas, la chiquilla con calentura; á las cuarenta y ocho, en el otro mundo, de una meningitis. Cuando la madre volvió á presentarse en público, lucía ese mechón de

canas.—Adiós, tía, que está V. de pié y en ese portal hay corrientes...

El forastero se volvió, y dando un grito de sorpresa, añadió:

—Tía... ¿Qué es esto? ¿No ve V.? Rodrigo se ha puesto muy malo. A ver... yo le sostengo... Pero, ¿qué le pasa á este chico?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BI

¿COBARDÍA?

ERA en el café acabado de abrir en Marinera, el que les puso la ceniza en la frente a los demás, desplegando suntuosidad asombrosa para una capital de segundo orden. Nos tenía deslumbrados a todos la riqueza de las vidrieras, con cifras y arabescos, las doradas columnas, los casetones del techo, con sus pinturas de angelitos de rosado traserín y azules alas, y particularmente la profusión de espejos, que revestían de alto abajo las paredes: enormes lunas abiseladas, venidas de Saint-Gobain (nos constaba, habíamos visto el resguardo de la aduana), y que copiaban, centuplicándolos, los

mecheros de gas, las cuadradas mesas de mármol y los semblantes de las bellezas marinedinas, cuando venían muy emperifolladas, en las apacibles tardes del verano, á sorber por barquillo un medio de fresa.

Es de advertir que nosotros no ocupábamos el vasto salón principal, sino otro más chico, bien alhajado, arrendado por los miembros de la aristocrática Sociedad *La Pecera*, que, por si Vds. no lo saben, es el *Veloz Club* marinedino (tengo la honra de pertenecer á su junta directiva). La Pecera, por lo mismo que no admite sino peces gordos, es poco numerosa, y no puede sufragar los gastos de un local suyo. Bástale el saloncillo del café, forrado todo de azogadas lunas, cerrado por vidrieras clarísimas que caen á dos fachadas, la que da á la calle Mayor y la del paseo del Terraplén. A este derroche de cristalería se debió el mote puesto á nuestra Sociedad por la gente maleante. Algunos divanes y mesas de juego, un biombo, completaban los trastos de aquel observatorio, donde se reunía por las tardes y

durante las primeras horas nocturnas el *todo Marineda* masculino y selecto.

Una noche—serían las doce y media—en que ni había teatro, ni reunión, ni distracción alguna, nos juntábamos en el club ocho ó diez peces—gran bandada para un acuario tan chico.—Se había fumado, murmurado, debatido problemas administrativos, científicos y literarios, contado verdores, aquilatado puntos difíciles de ciencia erotológica, roído algo los zancajos á la docena de señoritas que estaban siempre sobre la mesa de discusión, picado en la política local y analizado por centésima vez la compañía de zarzuela; pero no se había enzarzado verdadera gresca, de esas que arrebatan la sangre á los rostros y degeneran en desagradables disputas, voces y manotadas. A última hora—casi á la de la queda, pues rara vez trasnochaban los peces hasta más de la una—se armó la cuestión recia é infalible. Minutos antes entraba en la Pecera una persona á quien yo profeso gran cariño: Rodrigo Osorio, hijo mayor de la marquesa de Veniales. Habiéndole

conocido en ocasión muy crítica para mí, nos unía desde entonces una amistad, por decirlo así, clandestina. Ni andábamos siempre juntos, ni con frecuencia siquiera; no cultivábamos ese trato pegajoso que, en opinión del vulgo, caracteriza á los amigos íntimos. Mis novias podían escribirme sin que yo enseñase á Rodrigo sus gazapos de ortografía. Pasábamos un mes sin vernos, y no por eso se nos desquiciaba la vida; nos veíamos al cabo del mes, y sentíamos—sentía yo, por lo menos—cierta efusión interior, cierto bienestar del alma. No por eso se entienda que congeniábamos. Al contrario: nuestro carácter y modo de ser opuestos nos impedían la verdadera compenetración amistosa. Yo tenía á Rodrigo por estrecho de criterio, medio beato, cerrado, meticuloso y triste: él, probablemente, me conceptuaba un libertino escéptico, un vividor egoísta. Entre el hombre que comulga todos los meses y el que sólo lo hace con ruedas de molino, se alza siempre un muro ó invisible valla moral.

Al entrar Rodrigo en la Pecera hallá-

base la disputa en sus comienzos: era de las que pueden tomar fácilmente un giro peligroso, porque de comentar ciertas bofetadas y bastonazos administrados aquella misma mañana por un tendero á un concejal á causa de no sé qué enjuagues de matute, se había pasado á discutir el valor y los modos de probarlo.

A mí estos altercados me proporcionaban un género de distracción muy original. Apenas principiaban á exaltarse los ánimos, fijaba la vista en la pared de espejos, donde se reflejaba el grupo de contendientes, observando algo fantástico, al menos para mí. Al copiarse en las lunas, no sólo el grupo, sino la imagen del mismo grupo devuelta por las lunas de enfrente, parecía como si discutiese una innumerable muchedumbre en una galería larguísima, á la cual no se le veía el fin. Recreo de ilusionismo barato, que me causaba una especie de extravío imaginativo bastante curioso. Había dado en figurarme que las imágenes reflejadas en los espejos, eran sombras, espectros y caricaturas morales de los disputadores vivos.

Sus actitudes y movimientos, que reproducían las lunas, me parecían irónicas, lúgubres y mofadoras. Y de fijo era yo quien reflejaba en el espejo la actitud de mi propio espíritu ante tanta polémica huera, tanta vanidad, tanta exageración, tanta vaciedad y tanta palabrota como allí se oía en diciendo que empezaba el debate.

El de la noche á que me refiero iba por los caminos que Vds. verán si leen.

—Yo—decía Mauro Pareja, pez de muchas libras—comprendo que en casos así se ciegue el más pacífico, se le suba el humo á las narices, y la emprendá á linternazos hasta con su propia sombra. Eso de que le llamen á uno matutero... Señores, aunque yo lo fuese, no le tolero que me lo llame ni al lucero del alba. Pero... ¡las armas naturales! Ya me apesta lo del cambio de tarjetitas, y la farándula de los padrinos con sus idas y venidas, y la farsa de los sables romos, y el sueltecillo de cajón: "Anteayer, jugando con unos sables, recibió un arañazo en una bota el distinguido joven Periquito de los Palotes...". Pleca, y luego: "Ha quedado hon-

rosamente zanjada la cuestión surgida entre Periquito de los Palotes y Juanito Peranzules...". ¡A freir monas! Y ¡vaya una manera de volver por la decencia! El puño, señores... y á vivir.

—El puño es de carreteros—arguyó el comandante Irazu, hombre desmedrado, lacio como un guante viejo, mirando de soslayo, con aparente desdén, la enorme diestra huesuda de Mauro Pareja.

—El puño y la bota, y peor para la gente esmirriada—repitió con acento incisivo Mauro.—Y hasta los dientes y las uñas. ¡qué demontre!

—Como las verduleras—bufó Irazu.—Bonito sistema. El mejor día nos arrancamos el moño. ¡Taco, oye uno cada cosa!

—El duelo—declaró el redicho jurisculto Arturo Cãñamo en voz muy flauteada—es contrario á las enseñanzas de la religión y á los adelantos de la moral social. Nos retrotrae... pues... nos retrotrae á los tiempos perturbados de la Edad Media. Es una costumbre bárbara, importada por los germanos de sus selvas vírgenes...

—¡Que la importase el moro Muza!...—

exclamó Pablito Encinar, el pececillo más nuevo del acuario, acabado de salir del colegio de artillería.— ¡Mire V. á mi qué!

—¿De modo—recalcó Cãñamo, engallándose mucho—que V. se batiría en duelo? ¿V. sostiene que cometería un asesinato legal?...

—Señor mío, eso según y conforme... Ahora hablamos á sangre fría. Pero supóngase V. que un hombre me injuria atroz, mortalmente... ¿Me trago la injuria? ¡Tráguesela V., y buen provecho le haga! V. no viste uniforme. Es decir, yo, aunque tampoco lo vistiese, no me la trago. ¡Qué había de tragar! Figúrese V.... vamos, verbigracia... que aquí, delante de todos, viene un individuo y le planta á V. un bofetón en mitad de la geta... ¿Qué hace V.? ¿Se lo guarda, y se consuela con que los germanos?...

Al llegar á este punto la discusión, mi observatorio de los espejos me reveló una cosa rara. Rodrigo Osorio tenfa vuelto el rostro hacia la pared, pero lo copiaba la luna más próxima, y vi que se ponía, no pálido, sino verde, lívido, desencajado

como un moribundo. Sus labios se movían convulsivamente, y su mano crispada hacia dos ó tres veces el ademán de aflojar la corbata, propósito irrealizable, pues era de las que llaman de *plastrón*. A la vez que comprobaba en Rodrigo esta impresión profunda é iba á volverme para preguntarle si estaba enfermo, las delatoras lunas me hicieron nuevas revelaciones; en ellas vi á tres ó cuatro Mauros Pareja guiñando el ojo y tirando de la manga á otros tantos Pablitos Encinar, y á los Pablitos Encinar dándose tres ó cuatro palmadas en la boca, de ese modo que significa: “¡Tonto de mí! Soy un charlatán imprudente..”. Y al punto que observé estos dos hechos, vi en el espejo que las figuras cesaban de accionar, mientras mis oídos percibían, en vez del alboroto de la polémica, un silencio repentino, embarazoso, helado. Dos ó tres segundos después sentí un dramático escalofrío: Rodrigo se levantaba, tomaba su sombrero, y sin pronunciar una sílaba abandonaba el salón.

Fué todo ello tan de repente, tan im-

pensado, que al pronto me quedé sobrecogido, no acertando ni á preguntar á los que, indudablemente... *sabían*. Al fin conseguí exclamar, dirigiéndome á Pareja:

—Pero, ¿qué sucede? ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Este Pablito!— contestó Pareja señalando al joven teniente, que se mordía el bigotillo, muy nervioso.—¡Le ponen á uno en cada compromiso los novatos!

—¿Pero qué es ello? ¡Si yo no sé nada!
—¡Hombre! ¿No ha de saber V.? Rodrigo le quiere á V. mucho... y además hasta los gatos lo saben.

—Pues las personas no; yo, al menos. Le ruego á V. que me ponga al tanto...

—¡No saberlo V.!—repuso Pareja con suspicacia.—Bueno, pues en dos palabras le enteraré... La cosa es muy sencilla. ¿Se acuerda V. de aquella Generala tan salada, tan guapetona y tan seria, que tuvimos hace tres años? ¿No? Verdad que V. no estaba entonces aquí... Pues era una mujer... de patente, y no faltaron almas caritativas para susurrar que este Rodriguito y ella... En fin, cosas del pi-

caro mundo. Si fuese verdad, el caso probaría que los chicos educados en tanto beaterío son lo mismito que los demás mortales que no andan comiéndose los santos... Digo, no; ya verá V. cómo, en ciertos casos, resultan diferentes. El General se enteró de las murmuraciones, hay quien cree si por algún anónimo... y se dejó decir que él no se batía con chiclelos, pero que tiraría de las orejas y hartaría de bofetones á Rodrigo donde le encontrase. La mamá se asustó, se llevó al niño á Compostela, y allí le metió de coronilla, sin duda para acabar de volverle loco, en iglesias, confesonarios y conventos.

Al cabo de dos ó tres meses regresaron aquí; no estaba la Generala: se había ido á las aguas de Cuntis; el General sí, y ahora entra lo bueno de la historia. Una tarde, paseábase el General, con su ayudante al lado, por la calle Mayor, y Rodriguito, que venía en sentido contrario, se le acerca, se encara con él y le dice (hay quien lo oyó como V. me oye): "Sé que V. desea abofetearme. Aquí estoy.

Puede V. cumplir su deseo., El General alza la mano... y ¡pum! De cuello vuelto, ¡terrible, monumental! Todos creían que el muchacho iba á sacar un revólver... ¡Nada, señores, nada! Aguantó, agachó la cabeza, se volvió... y se retiró lo mismo que ahora, con mucha pausa, sin decir chuz ni muz, arrimando el pañuelo á las narices que le sangraban.

Hubo una explosión de risas y de comentarios. Pablito Encinar juró y se retorció el naciente bigote. Sentí en la cara el ardor del recio bofetón, como si acabase de recibirlo. Temblé de ira. Comprendí en aquel instante toda la fuerza del afecto que Rodrigo me inspiraba. La lengua se me entorpecía, de pura rabia y cólera frenética. Por medio de un esfuerzo terrible me dominé, y pude articular estas frases, que dejaron á los peces más boquiabiertos de lo que estaban por costumbre:

—He conocido á Rodrigo Osorio hace un año, en Madrid. No le conocí en ninguna *soirée* ni en ningún teatro, ni en timba ninguna, sino á la cabecera de mi cama.

¿Cómo? Aguarden Vds... Parábamos en la misma fonda. Supo él que un paisano suyo, un marinedino, se encontraba enfermo de una tifoidea, bastante solo y casi abandonado. No preguntó más. Se metió en mi cuarto á cuidarme. Me cuidó como un hermano, como una hermana... de la Caridad. Pasó diez noches sin desnudarse. No contrajo mi mal, porque Dios no lo quiso. Ahora, el que sea más valentón que Rodrigo Osorio, que salga ahí. ¿Lo están Vds. oyendo? ¡A ver, á ver si alguno tiene ganas de que yo sea el General! Porque á mí me hormiguea la mano...

.....
Mauro Pareja no esgrimió contra mí los dientes ni los puños. No me vi tampoco en ocasión de *jugar* con ningún sable, florete ni otra arma mortífera.



EL INDULTO

De cuantas mujeres enjabonaban ropa en el lavadero público de Marineda, ateridas por el frío cruel de una mañana de Marzo, Antonia la asistenta era la más encorvada, la más abatida, la que torcía con menos brio, la que refregaba con mayor desaliento; á veces, interrumpiendo su labor, pasábase el dorso de la mano por los enrojecidos párpados, y las gotas de agua y las burbujas de jabón parecían lágrimas sobre su tez marchita.

Las compañeras de trabajo de Antonia la miraban compasivamente, y de tiempo en tiempo, entre la algarabía de las conversaciones y disputas, se cruzaba un

breve diálogo, á media voz, entretejido con exclamaciones de asombro, indignación y lástima. Todo el lavadero sabía al dedillo los males de la asistenta, y hallaba en ellos asunto para interminables comentarios: nadie ignoraba que la infeliz, casada con un mozo carnicero, residía, años antes, en compañía de su madre y de su marido, en un barrio extramuros, y que la familia vivía con desahogo, gracias al asiduo trabajo de Antonia y á los cuartejos ahorrados por la vieja en su antiguo oficio de revendedora, baratillera y prestamista. Nadie había olvidado tampoco la lúgubre tarde en que la vieja fué asesinada, encontrándose hecha astillas la tapa del arcón donde guardaba sus caudales y ciertos pendientes y brincos de oro; nadie, tampoco, el horror que infundió en el público la nueva de que el ladrón y asesino no era sino el marido de Antonia, según esta misma declaraba, añadiendo que desde tiempo atrás roía al criminal la codicia del dinero de su suegra, con el cual deseaba establecer una tabajería suya propia. Sin embargo, el

acusado hizo por probar la coartada, valiéndose del testimonio de dos ó tres amigos de taberna, y de tal modo envolvió el asunto, que, en vez de ir al palo, salió con veinte años de cadena. No fué tan indulgente la opinión como la ley: además de la declaración de la esposa, había un indicio vehementísimo: la cuchillada que mató á la vieja, cuchillada certera y limpia, asestada de arriba abajo, como las que los matachines dan á los cerdos, con un cuchillo ancho y afiladísimo, de cortar carne. Para el pueblo, no cabía duda en que el culpable debió subir al cadalso. Y el destino de Antonia comenzó á infundir sagrado terror cuando fué esparciéndose el rumor de que su marido *se la habla jurado* para el día en que saliese de presidio, por acusarle. La desdichada quedaba encinta, y el asesino la dejó avisada de que, á su vuelta, se contase entre los difuntos.

Cuando nació el hijo de Antonia, ésta no pudo criarlo, tal era su debilidad y demacración y la frecuencia de las congojas que desde el crimen la aquejaban; y

como no le permitía el estado de su bolsillo pagar ama, las mujeres del barrio que tenían niños de pecho dieron de mamar por turno á la criatura, que creció enclenque, resintiéndose de todas las angustias de su madre. Un tanto repuesta ya, Antonia se aplicó con ardor al trabajo, y aunque siempre tenían sus mejillas esa azulada palidez que se observa en los enfermos del corazón, recobró su silenciosa actividad, su aire apacible.

¡Veinte años de cadena! En veinte años (pensaba ella para sus adentros), él se puede morir ó me puedo morir yo, y de aquí allá, falta mucho todavía. La hipótesis de la muerte natural no la asustaba; pero la espantaba imaginar solamente que volvía su marido. En vano las cariñosas vecinas la consolaban, indicándole la esperanza remota de que el inicuo parricida se arrepintiese, se enmendase, ó, como decían ellas, "se volviese de mejor idea"; meneaba Antonia la cabeza entonces, murmurando sombríamente:

—¿Eso, él? ¿de mejor idea? Como no baje Dios del cielo en persona y le saque

aquel corazón perro y le ponga otro...

Y, al hablar del criminal, un escalofrío corría por el cuerpo de Antonia.

En fin, veinte años tienen muchos días, y el tiempo aplaca la pena más cruel. Algunas veces, figurábasele á Antonia que todo lo ocurrido era un sueño, ó que la ancha boca del presidio, que se había tragado al culpable, no le devolvería jamás; ó que aquella ley, que al cabo supo castigar el primer crimen, sabría prevenir el segundo. ¡La ley! Esa entidad moral, de la cual se formaba Antonia un concepto misterioso y confuso, era sin duda fuerza terrible, pero protectora; mano de hierro que la sostendría al borde del abismo. Así es que á sus ilimitados temores se unía una confianza indefinible, fundada sobre todo en el tiempo transcurrido, y en el que aún faltaba para cumplirse la condena.

¡Singular enlace el de los acontecimientos! No creería de seguro el Rey, cuando vestido de capitán general y con el pecho cargado de condecoraciones daba la mano ante el ara á una princesa, que

aquel acto solemne costaba amarguras sin cuento á una pobre asistenta, en lejana capital de provincia. Así que Antonia supo que había recaído indulto en su esposo, no pronunció palabra, y la vieron las vecinas sentada en el umbral de la puerta, con las manos cruzadas, la cabeza caída sobre el pecho, mientras el niño, alzando su cara triste de criatura enfermiza, gimoteaba:

— Mi madre... ¡Caliénteme la sopa, por Dios, que tengo hambre!

El coro benévolo y cacareador de las vecinas rodeó á Antonia; algunas se dedicaron á arreglar la comida del niño, otras animaban á la madre del mejor modo que sabían. ¡Era bien tonta en afligirse así! ¡Ave María Purísima! ¡No parece sino que aquel hombrón no tenía más que llegar y matarla! Había Gobierno, gracias á Dios, y Audiencia, y serenos; se podía acudir á los celadores, al alcalde...

— ¡Qué alcalde!—decía ella con hosca mirada y apagado acento.

— O al gobernador, ó al regente, ó al

jefe de municipales; había que ir á un abogado, saber lo que dispone la ley...

Una buena moza, casada con un guardia civil, ofreció enviar á su marido para que le *metiese un miedo* al picarón; otra, resuelta y morena, se brindó á quedarse todas las noches á dormir en casa de la asistenta; en suma, tales y tantas fueron las muestras de interés de la vecindad, que Antonia se resolvió á intentar algo, y sin levantar la sesión, acordóse consultar á un jurisperito, á ver qué recetaba.

Cuando Antonia volvió de la consulta, más pálida que de costumbre, de cada tenducho y de cada cuarto bajo salían mujeres en pelo á preguntarle noticias, y se oían exclamaciones de horror. ¡La ley, en vez de protegerla, obligaba á la hija de la víctima á vivir bajo el mismo techo, maritalmente, con el asesino!

— ¡Qué leyes, divino Señor de los cielos! ¡Así los bribones que las hacen las aguantarán!—clamaba indignado el coro.

— ¿Y no habrá algún remedio, mujer, no habrá algún remedio?

— Dice que nos podemos separar... des-

pués de una cosa que le llaman divorcio.

—¿Y qué es divorcio, mujer?

—Un pleito muy largo.

Todas dejaron caer los brazos con desaliento: los pleitos no se acaban nunca, y peor aún si se acaban, porque los pierde siempre el inocente y el pobre.

—Y para eso—añadió la asistenta—tenía yo que probar antes que mi marido me daba mal trato.

¡Aquí de Dios! ¿Pues aquel tigre no le había matado á la madre? ¿Eso no era mal trato, eh? ¿Y no sabían hasta los gatos que la tenía amenazada con matarla también?

—Pero como nadie lo oyó... Dice el abogado que se quieren pruebas claras...

Se armó una especie de motín; había mujeres determinadas á hacer, decían ellas, una exposición al mismísimo rey, pidiendo contra-indulto; y, por turno, dormían en casa de la asistenta, para que la pobre mujer pudiese conciliar el sueño. Afortunadamente, el tercer día llegó la noticia de que el indulto era temporal, y al presidiario aún le quedaban algunos

años de arrastrar el grillete. La noche que lo supo Antonia fué la primera en que no se enderezó en la cama, con los ojos desmesuradamente abiertos, pidiendo socorro.

Después de este susto, pasó más de un año y la tranquilidad renació para la asistenta, consagrada á sus humildes quehaceres. Un día, el criado de la casa donde estaba asistiendo, creyó hacer un favor á aquella mujer pálida, que tenía su marido en presidio, participándole cómo la Reina iba á parir, y habría indulto, de fijo.

Fregaba la asistenta los pisos, y al oír tales anuncios soltó el estropajo, y descubriendo las sayas que traía arrolladas á la cintura, salió con paso de autómeta, muda y fría como una estatua. A los recados que le enviaban de las casas, respondía que estaba enferma, aunque en realidad sólo experimentaba un anonadamiento general, un no levantársele los brazos á labor alguna. El día del regio parto contó los cañonazos de la salva, cuyo estampido le resonaba dentro del cerebro, y como hubo quien le advirtió que el vás-

tago real era hembra, comenzó á esperar que un varón habría ocasionado más indultos. Además, ¿por qué le habia de coger el indulto á su marido? Ya le habian indultado una vez, y su crimen era horrendo; matar á la indefensa vieja que no le hacia daño alguno, todo por unas cuantas tristes monedas de oro! La terrible escena volvía á presentarse ante sus ojos: ¿merecía indulto la fiera que asestó aquella tremenda cuchillada? Antonia recordaba que la herida tenía los labios blancos, y parecíale ver la sangre cuajada al pié del catre.

Se encerró en su casa, y pasaba las horas sentada en una silleta junto al fogón. ¡Bah! Si habian de matarla, mejor era dejarse morir.

Sólo la voz plañidera del niño la sacaba de su ensimismamiento.

— Mi madre, tengo hambre. Mi madre, ¿qué hay en la puerta? ¿Quién viene?

Por último, una hermosa mañana de sol se encogió de hombros, y tomando un lío de ropa sucia, echó á andar camino del lavadero. A las preguntas afectuosas

respondía con lentos monosílabos, y sus ojos se posaban con vago extravío en la espuma del jabón que le saltaba al rostro.

¿Quién trajo al lavadero la inesperada nueva, cuando ya Antonia recogía su ropa lavada y torcida é iba á retirarse? ¿Inventóla alguien con fin caritativo, ó fué uno de esos rumores misteriosos, de ignoto origen, que en vísperas de acontecimientos grandes para los pueblos ó los individuos, palpitan y susurran en el aire? Lo cierto es que la pobre Antonia, al oirlo, se llevó instintivamente la mano al corazón, y se dejó caer hacia atrás sobre las húmedas piedras del lavadero.

— ¿Pero de veras murió?— preguntaban las madrugadoras á las recién llegadas.

— Sí, mujer...

— Yo lo oí en el mercado...

— Yo en la tienda...

— ¿A ti quién te lo dijo?

— A mí, mi marido.

— ¿Y á tu marido?

— El asistente del capitán.

— ¿Y al asistente?

— Su amo...

Aquí ya la autoridad pareció suficiente, y nadie quiso averiguar más, sino dar por firme y valedera la noticia. ¡Muerto el criminal, en vísperas de indulto, antes de cumplir el plazo de su castigo! Antonia la asistenta alzó la cabeza, y por primera vez se tiñeron sus mejillas de un sano color, y se abrió la fuente de sus lágrimas. Lloraba de gozo, y nadie de los que la miraban se escandalizó. Ella era la indultada; su alegría justa. Las lágrimas se agolpaban á sus lagrimales, dilatándole el corazón, porque desde el crimen se había *quedado cortada*, es decir, sin llanto. Ahora respiraba anchamente, libre de su pesadilla. Andaba tanto la mano de la Providencia en lo ocurrido, que á la asistenta no le cruzó por la imaginación que podía ser falsa la nueva.

Aquella noche, Antonia se retiró á su casa más tarde que de costumbre, porque fué á buscar á su hijo á la escuela de párvulos, y le compró rosquillas de *jinete*, con otras golosinas que el chico deseaba hacía tiempo, y ambos recorrieron las calles, parándose ante los escapar-

tes, sin ganas de comer, sin pensar más que en beber el aire, en sentir la vida y en volver á tomar posesión de ella.

Tal era el enajenamiento de Antonia, que ni reparó en que la puerta de su cuarto bajo no estaba sino entornada. Sin soltar de la mano al niño, entró en la reducida estancia que le servía de sala, cocina y comedor, y retrocedió atónita viendo encendido el candil. Un bulto negro se levantó de la mesa, y el grito que subía á los labios de la asistenta se ahogó en la garganta.

Era él; Antonia, inmóvil, clavada al suelo, no le veía ya, aunque la siniestra imagen se reflejaba en sus dilatadas pupilas. Su cuerpo yerto sufría una parálisis momentánea; sus manos frías soltaron al niño, que aterrado se le cogió á las faldas. El marido habló:

—¡Mal contabas conmigo ahora!—murmuró con acento ronco, pero tranquilo; y al sonido de aquella voz, donde Antonia creía oír vibrar aún las maldiciones y las amenazas de muerte, la pobre mujer, como desencantada, despertó, exhaló un

¡ay! agudísimo, y cogiendo á su hijo en brazos, echó á correr hacia la puerta. El hombre se interpuso.

—¡Eh... chst! ¿A dónde vamos, patrona?—silabeó con su ironía de presidiario.—¿A alborotar el barrio á estas horas? ¡Quieto aquí todo el mundo!

Las últimas palabras fueron dichas sin que las acompañase ningún ademán agresivo, pero con un tono que heló la sangre de Antonia. Sin embargo, su primer estupor se convertía en fiebre, la fiebre lúcida del instinto de conservación. Una idea rápida cruzó por su mente; ampararse del niño. ¡Su padre no le conocía, pero al fin era su padre! Levantóle en alto y le acercó á la luz.

—¿Ese es el chiquillo?—murmuró el presidiario.—Y descolgando el candil, llególo al rostro del chico. Este guiñaba los ojos, deslumbrado, y ponía las manos delante de la cara como para defenderse de aquel padre desconocido, cuyo nombre oía pronunciar con terror y reprobación universal. Apretábase á su madre, y ésta, nerviosamente, le apretaba tam-

bién, con el rostro más blanco que la cera.

—¡Qué chiquillo tan feo!—gruñó el padre, colgando de nuevo el candil.—Parece que lo chuparon las brujas.

Antonia, sin soltar al niño, se arrimó á la pared, pues desfallecía. La habitación le daba vueltas alrededor, y veía unas lucécitas azules en el aire.

—A ver, ¿no hay nada de comer aquí?—pronunció el marido.

Antonia sentó al niño en un rincón, en el suelo, y mientras la criatura lloraba de miedo, conteniendo los sollozos, la madre comenzó á dar vueltas por el cuarto, y cubrió la mesa con manos temblorosas; sacó pan, una botella de vino, retiró del hogar una cazuela de bacalao, y se esmeraba, sirviendo diligentemente, para aplacar al enemigo con su celo. Sentóse el presidiario y empezó á comer con voracidad, menudeando los tragos de vino. Ella permanecía de pié, mirando, fascinada, aquel rostro curtido, afeitado y seco que relucía con ese barniz especial del presidio. El llenó el vaso una vez más y la convidó.

— No tengo voluntad... — balbuceó Antonia; — y el vino, al reflejo del candil, se le figuraba un coágulo de sangre.

El lo despachó encogiéndose de hombros, y se puso en el plato más bacalao, que engulló ávidamente, ayudándose con los dedos y mascando grandes cortezas de pan. Su mujer le miraba hartarse, y una esperanza sutil se introducía en su espíritu. Así que comiese, se marcharía sin matarla: ella, después, cerraría á cal y canto la puerta, y si quería matarla entonces, el vecindario estaba despierto y oiría sus gritos. ¡Sólo que, probablemente, le sería imposible á ella gritar! Y carraspeó para afianzar la voz. El marido, apenas se vió saciado de comida, sacó del cinto un cigarro, lo picó con la uña y encendió sosegadamente el pitillo en el candil.

— ¡Chst!... ¿A dónde vamos? — gritó, viendo que su mujer hacía un movimiento disimulado hacia la puerta. — Tengamos la fiesta en paz.

— A acostar el pequeño — contestó ella sin saber lo que decía; y refugióse en

la habitación contigua, llevando á su hijo en brazos. De seguro que el asesino no entraría allí. ¿Cómo había de tener valor para tanto? Era la habitación en que había cometido el crimen, el cuarto de su madre: pared por medio dormía antes el matrimonio; pero la miseria que siguió á la muerte de la vieja, obligó á Antonia á vender la cama matrimonial y usar la de la difunta. Creyéndose en salvo, empezaba á desnudar al niño, que ahora se atrevía á sollozar más fuerte, apoyado en su seno; pero se abrió la puerta y entró el presidiario.

Antonia le vió echar una mirada oblicua en torno suyo, descalzarse con suma tranquilidad, quitarse la faja, y, por último, acostarse en el lecho de la víctima. La asistenta creía soñar; si su marido abriese una navaja, la asustaría menos quizá que mostrando tan horrible sosiego. El se estiraba y revolvía en las sábanas, apurando la colilla y suspirando de gusto, como hombre cansado que encuentra una cama blanda y limpia.

— ¿Y tú? — exclamó dirigiéndose á An-

tonia. — ¿Qué haces ahí quieta como un poste? ¿No te acuestas?

— Yo... no tengo sueño — tartamudeó ella, dando diente con diente.

— ¿Qué falta hace tener sueño? ¿Si irás á pasar la noche de centinela?

— Ahí... ahí... no... cabemos... Duerme tú... Yo aquí, de cualquier modo...

El soltó dos ó tres palabras gordas.

— ¿Me tienes miedo ó asco, ó qué rayo es esto? A ver cómo te acuestas, ó si no...

Incorporóse el marido, y extendiendo las manos, mostró querer saltar de la cama al suelo. Mas ya Antonia, con la docilidad fatalista de la esclava, empezaba á desnudarse. Sus dedos apresurados rompían las cintas, arrancaban violentamente los corchetes, desgarraban las enaguas. En un rincón del cuarto se oían los ahogados sollozos del niño...

Y el niño fué quien, gritando desesperadamente, llamó al amanecer á las vecinas, que encontraron á Antonia en la cama, extendida, como muerta. El médico vino aprisa, y declaró que vivía, y la sangró, y no logró sacarle gota de

sangre. Falleció á las veinticuatro horas, de muerte natural, pues no tenía lesión alguna. El niño aseguraba que el hombre que había pasado allí la noche la llamó muchas veces al levantarse, y viendo que no respondía, echó á correr como un loco.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL RIZO DEL NAZARENO

A la hora en que él cruzó el pórtico del templo, lucían las estrellas con vivo centellear en el profundo azul, saturaba la primavera de tópidos y aromosos efluvios el ambiente, hallábanse las calles concurridas, rebosando animación, y los transeuntes cuchicheaban á media voz, fluctuando entre el recogimiento de las recientes plegarias y la expansión bulluciosa provocado por aquella blanda y halagüeña temperatura de Abril. Eran casi las once de la noche del Jueves Santo.

Entróse á buen paso mi héroe por la iglesia, en cuya nave se espesaba la atmósfera, impregnada de partículas de cera é incienso. En el altar mayor ardían aún

todas las luces del monumento, simétricamente dispuestas, alternando con vasos henchidos de gayas y pomposas flores de papel, con ramos de hojarasca de plata, y allá arriba azulados bullones de tul formaban un dosel de nubes, de trecho en trecho cogido por angelitos vivarachos y de rosada carnación, con blancas alas en los hombros, alas impacientes y cortas, que parecían, entre el trémulo chisporroteo de los cirios, estremecerse preludiando el vuelo. Todo el gran frente del altar irradiaba y esplendía como una gloria, envuelto en áureo y caliente vapor, y animado por la continua y parpadeante vibración de las candelas, y las notas de fuerte colorido de los contrahechos ramilletes.

El avanzó hacia el luminoso foco, atraído por dos negras figuras femeniles—esbeltas á despecho del largo manto que las recataba,—que de hinojos ante el presbiterio, sobresalían destacándose encima de aquel fondo de lumbre; mas en el propio instante las figuras se irguieron, hicieron profunda reverencia al altar, signáronse,

y rápidas tomaron hacia la puertecilla de la sacristía, que á la derecha bostezaba, abriéndose como una boca obscura. Echó él inmediatamente tras las figuras, sin cuidarse de dar muestra alguna de respeto, cuando pasó frente al Sagrario. Colóse por la misma boca que se había tragado á sus perseguidas y se halló en la sacristía, mal alumbrada por mezquino cabo de vela, que iba consumiéndose en una palmaria puesta sobre la antigua cómoda de nogal, almacén de las vestiduras sacras. En aquel recinto semi-tenebroso no estaban las damas ya.

Empujó la puerta de salida de la sacristía, que daba á lóbrega y retirada callejuela, y con ojos perspicaces escrutó las sombras, sin que en la angostura del solitario pasadizo viese ondear ningún traje, ni recortarse silueta alguna. Era evidente que se había perdido la pista de la res: las fugitivas tapadas, llegando á las calles principales, confundieronse, sin duda, entre el gentío. Tras un minuto de indecisión, mi protagonista, á quien me place llamar Diego, encogióse levemente de

hombros, y desanduvo lo andado, pero con menos prisa ya, no sin que otorgase una mirada al lugar y objetos circunstantes. Vió las borrosas pinturas pendientes en los muros, el lavabo de cantería con su grifo, los ornatos dispersos aún sobre los bufetes, las crespas pellices que tendían sus brazos blancos, el haz de cirios nuevos abandonado en un rincón, los cajoncillos entreabiertos dejando asomar una punta de cingulo, todo el caprichoso desorden de la sacristía á última hora. Lentamente penetró de nuevo en la desierta iglesia, y al encararse con el altar, dobló el cuerpo en mecánica cortesía, sin que ningún murmullo de rezo exhalasen sus labios, y alzandó la vista al monumento, paróse á contemplar sus refulgentes líneas de luz. Llegaban éstas ya al término de su vida; un hombre vuelto de espaldas á Diego, y encaramado en una escalerilla de mano, las mataba una á una, con ayuda de una luenga y flexible caña, y no transcurría un segundo sin que alguna de aquellas flamígeras pupilas se cerrase. Iban sumergiéndose en golfos de sombra los

frescos angelotes, los follajes de oropel y briche, las bermejas rosas artificiales de los tiestos, las estrellas de talco sembradas por el fantástico pabellón de nubes. Buen rato se entretuvo Diego en ver apagarse las efímeras constelaciones del firmamento del altar, y cuando sólo quedaron diez ó doce astros luciendo en él, dió media vuelta, propuesto á abandonar el templo. Mas en mitad de la nave mudó instintivamente de rumbo, dirigiéndose á una de las dos capillas que hacían de brazos de la latina cruz que el plano de la iglesia dibujaba. Era la capilla de la izquierda, fronteriza á aquella en cuyos muros encajaba la puerta de la sacristía.

Cerraba la capilla de la izquierda labrada verja de hierro, abierta á la sazón, y en el fondo, delante del retablo lúgubramente cubierto de arriba abajo con paños de luto, descollaban expuestas en sus andas las imágenes que al día siguiente recorrerían las calles de la ciudad formando la dramática procesión de los *Pasos*. Fijó Diego la vista en ellas con sumo interés, recordando, mediante una de las fugaces

pero vivísimas reminiscencias que impensadamente suelen retrotraernos á plena niñez, el pueril gozo con que en días muy lejanos ya, más lejanos aún en el espíritu que en el tiempo, trayéndole su madre al propio sitio, y elevándole en sus brazos, besaba él devotamente la orla bordada de la túnica de aquel mismo Nazareno. Absorto en tales remembranzas, consideraba Diego el aspecto de la capilla. Artista y observador, parecíale mirar y comprender ahora las imágenes de muy otro modo que lo hiciera allá en los albores de su infancia. Entonces eran para él símbolos del cielo, invocado en sus candidas oraciones; habitantes de una comarca felicísima, hacia la cual él deseaba remontarse por un impulso de las alas de querubín que en su espalda prendía la inocencia. Hoy le inspiraban igual curiosidad que un objeto cualquiera de arte; advertía sus detalles mínimos, las desmenuzaba, las profanaba mentalmente tásandolas en su precio neto, según la destreza del escultor que las labrara ó los conocimientos en indumentaria de la cos-

turera que cortó y dispuso los trajes. Sonrióse al distinguir en la túnica del Nazareno unas franjas de ornamentación de gusto renaciente, y al notar que la soldadesca de Pilatos vestía, de medio cuerpo abajo, á la usanza española del siglo xvi, mientras Berenice, la tradicional *Verónica*, lucía brial de joyante seda al estilo medioeval. Anacronismos que entretuvieron á Diego no poco, dándole ocasión de reconstruir en su mente una por una las impresiones de la edad en que acudía á visitar la capilla con erudición más corta y alma más sencilla y amante. En aquel punto y hora se encontraba Diego en la iglesia, merced al más irreverente de cuantos azares existen; el azar de seguir los pasos á una bella mujer, largo tiempo rondada sin fruto, y cuyo desdén hizo de martillo que arrancase chispas al indiferente y helado corazón de Diego, bastando á empeñarle con ardiente ahinco en la demanda. De seguro que á no haber visto dirigirse á la gentil dama con su más familiar amiga, — ambas rebozadas en tupidos velos, — camino de la iglesia, donde

se rezan las estaciones en aquella noche solemne; á no pensar que la hora, el tropel de gente arremolinada en el pórtico, brindaban ocasión favorable de poner con disimulo rendido billete en unas manos quizá en secreto ansiosas de recibirlo... no se estuviera él en tal sazón en la capilla, sino en su casa, leyendo á la clara luz del quinqué los diarios, ó respirando en el balcón la regalada brisa nocturna.

Mas como quiera que fuese, es lo cierto que había venido á dar á la capilla, y con la oleada de recuerdos infantiles olvidárase ya del galanteo, concentrando su atención toda en las imágenes que suavemente le conducían á los linderos del pasado. Parecíale tomar otra vez posesión de comarcas de antiguo perdidas, y con ellas recobrar la sencillez de su puericia venturosa. Allí estaba el San Juan, el amado discípulo, de rostro lindo y femenino, con su túnica verde, su manto rojo y sus bucles castaños, que caen como lluvia de flores en derredor de las impúberes mejillas y de la ebúrnea garganta. Allí la Virgen Madre, pálida y orlados los ojos

de dolor, tendidos los brazos, cruzadas con angustia las manos, arrastrando luegos lutos, trucidado por siete puñales el pecho. Allí la *Verónica* pia, de arrogante hermosura, cubierta de galas y preseas, recamado de oro el rico velo de blanquísimo tisú, turbado el semblante con lástima infinita, presentando el limpio pañuelo que ha de enjugar el sudor de la sacrosanta Faz. Allí los verdugos—que en otro tiempo hacían á Diego temblar de horror;—los sayones, de torvas cataduras y velludas fisonomías, de chatas frentes y cuerpos color de ocre, ostentando en la cabeza duro capacete ó aplastado turbante, desnudo el torso, señalando con violentas actitudes la recia musculatura de sus fornidos brazos, tirando de las sogas ó apretando amenazadores los iracundos puños. Allí, por último, el Nazareno, agobiado con el peso de su túnica de terciopelo oscuro, cuajada de palmas y cenefas de oro y sujeta por grueso cordón de anchos borlones, macilento y cadavérico el rostro, apenas visible entre los flotantes rizos de la cabellera y las espirales de la

ondeada barba virgen; el Nazareno triste, de penetrantes ojos y cárdenos labios, de frente donde se hincan los abrojos de la corona, arrancando denegridas gotas de sangre. ¡Caso peregrino en verdad! Conocía Diego al dedillo las reglas de la estética y las teorías artísticas; sabía de sobra que el arte condena severo las imágenes llamadas *de vestir*, sancionando las de bulto, donde el cincel puede revelar la armonía de las formas bajo el plegado de los paños. Y, no obstante, nunca maravillosa estatua, labrada en puro mármol pentélico por el artista más insigne de la antigua Grecia, le causara la honda impresión que aquella imagen, ataviada por la ignorante piedad, sin tomar en cuenta los preceptos del arte ni las investigaciones arqueológicas. Tal era la fuerza y viveza de sus sentimientos ante la efigie, que creía notar en los labios el contacto de la rígida orla de la túnica; y movido de curiosidad, deseando probar si algo del hombre de antaño sobrevivía en el de hogaño, miró al rededor, no fuera que estuviese oculto en los ricones de la capi-

lla alguien que pudiese soltar la carcajada; y á falta de otro público, rióse él mismo al poner la boca en la fimbria del traje del Divino Nazareno. Alzóse, y á manera de disculpa, se alegró á sí propio que también los que en edad varonil vuelven al jardín donde infantes jugaron, gustan de esconderse en los bosquecillos como solían, por renovar el recuerdo de las alegres horas de ayer.

Hecho este soliloquio, resolvió Diego dejar definitivamente la capilla y la iglesia, que así lo pedía lo avanzado de la hora. Consagró la postrer mirada á las imágenes, cuyas vestiduras, al reflejo de la lámpara colgada de la techumbre y á la flava luz de dos altos blandones fijos en las andas, destellaban oro y colores, y sin hacer genuflexión ni acatamiento alguno pasó la verja. Estaba el templo del todo sombrío: en el monumento, negro y mudo ya, ni aun oscilaba el rojizo tufo de los pábilos recién apagados; apenas combatía las tinieblas de la nave el vago fulgor de los hachones de la capilla. Diego fué derechamente á una de las

puertas que salían al vestibulo del pórtico, empujola con suavidad primero y fuerte después, y no sin gran sorpresa advirtió que resistían las hojas; la puerta estaba cerrada. Acudió Diego á la otra, y con mano impaciente buscó el pestillo; clausura completa. Palpó nervioso y trémulo, requiriendo la llave, que de fijo descansaría en la faltriquera del sacristán, puesto que estaba ausente de la cerradura. Entonces atravesó Diego apresuradamente la nave, y llegándose á la puerta de la sacristía probó á abrirla á tientas; empresa no menos vana que las anteriores. Herméticamente cerradas se encontraban todas las salidas del templo.

Hizo el mancebo ademanes de despecho y enfado. Su situación era clara: preso toda la noche en la iglesia. Mientras se embebecía en la contemplación de las imágenes, el sacristán, menos soñador y distraído, se recogía á saborear la colación en familia, cerrando bien antes. Diego torció y mordió con enojo su mostacho y meneó la cabeza, como diciendo: "Vamos á ver, ¿y qué hago yo ahora?,"

Meditó varios expedientes y ninguno tuvo por aplicable. Podría acaso, con sus vigorosos puños, forzar las cerraduras de las endeblés puertas interiores; pero le detendría la fortísima exterior del pórtico, ó la no menos resistente, aunque más baja, de la sacristía por la parte de la calle. Y ¿qué escándalo no iba á causar en la ciudad el verle á él, pacífico ciudadano, forzando puertas de templos, ni más ni menos que un burlador de capa y espada? Ocurriósele también gritar; acaso el sacristán, atareado aún en la sacristía, le oyese; pero inexplicable recelo embargó su voz, temiendo verla apagarse sin eco en la alta bóveda; además, algo pueril había en los gritos, que repugnaba á Diego. En estas imaginaciones transcurrieron diez minutos de angustia penosa; pero al cabo acudió la reflexión. Si el verse obligado á pernoctar en una iglesia no es recreativa aventura, tampoco grave mal ni terrible desdicha. Seguramente no se divertiría mucho Diego en la mansión sagrada; mas, en cambio, podría dormir á sus anchas, sin temor de que ningún im-

oportuno viniese á interrumpirle. Tratóbase no más que de una noche, y mitad de ella era ya por filo, según anunció el reloj de la torre sonando doce lentas campanadas. Faltaban para la aurora, en aquella estación del año, cinco horas apenas, que bien podían dormirse en un banco, por duro que fuese. Antes de la alba vendría el sacristán á franquear las puertas, á disponerlo todo para los divinos oficios, y entonces cádate á Diego libre y volando á su casa, á tenderse entre sábanas delgadas y limpias, á dormir hasta las once y á levantarse después para ver cómo sentaba la negra mantilla de fondo al talle de su perseguida beldad. Todo este raciocinio hilvanó el magín de Diego en un abrir y cerrar de ojos. Y pararon sus cálculos en resignarse y acogerse, atraído por las luces, á la capilla del Nazareno.

Ardían más amarillentos que nunca los cirios, soltando goterones de cera derretida, que á veces caían, y con rebote sordo se aplastaban en los palos de las andas de las imágenes. Reinaba, visible y pal-

pable casi, el silencio. Diego se sentó en un banco, recostando la cabeza en la rincónada que formaba la saliente de un confesonario, y el crujido del duro asiento, al recibir el peso de su cuerpo, le sonó extrañamente. Trató de dormir, pero no acertaba á cerrar los ojos y recogerse para conciliar el sueño. Estorbábale mucho la absoluta tranquilidad del recinto, tranquilidad que agigantaba hasta el chisporroteo de los blandones. Aquella callada atmósfera estaba llena de cosas inexplicables é incomprensibles, que Diego percibía, sin embargo. Quejas ahogadas, silabeo de oraciones en baja voz, grave salmodia de responsos, abrasadoras lágrimas de arrepentimiento, sofocados suspiros flotaban en el ambiente como seres incorpóreos, como moléculas del incienso evaporado en el aire, como átomos de la mirra quemada ante el ara; dijérase que las almas de cuantos allí imploraron del cielo paz ó perdón se habían quedado cautivas en el circuito de los altos muros de la capilla. Diego se dió á creer que menos le turbarían acaso los siniestros

rumores de derruido templo ojival donde mugiese el viento, silbase el cárabo y la corneja graznase, que el perfecto reposo de aquella iglesia moderna; y la aprensión más singular de cuantas le asaltaban, la más rara idea sugerida por el misterioso silencio, era la de figurarse que no se hallaba *solo*. Por mucho que combatiese tan ridícula suposición, no podía arrancarse de la mente el pensamiento de que allí había alguien, ó, mejor dicho, mucha gente, muchos ojos que le miraban atentos, muchos cuerpos vueltos hacia él. Sacudió la cabeza, pasóse repetidas veces la mano por la frente, que comenzaba á arder, reclinóse de nuevo en el ángulo y probó á dormirse. Pero no es dado gozar el bálsamo del sueño á quien más lo solicita; antes suele huirnos cuando lo invocamos para aplacar la excesiva tensión de nuestros nervios y las tempestades de nuestro espíritu. Cerrados los párpados, no se disipó la indefinible zozobra de Diego. Parecíale oír tenues oscilaciones del aire, pisadas muy quedas, vagos murmullos, balbuceos trémulos,

chasquidos leves, suave crujir de ricas estofas, ráfagas de viento empujadas por manos que se tendían para acariciarle ó cortadas por armas que descendían para herirle. No pudo sufrir más; mal de su grado se le despegaban los párpados, violentamente retraídos por sus músculos tensores. Miró.

Las imágenes se erguían inmóviles en las andas, los ciriales alumbraban en paz. Diego respiró ampliamente, increpándose á sí mismo. No se reían poco mañana sus compañeros de mesa de café si cometiese la simpleza de contarles cuán extrañas sinfonías entonan á las altas horas de la noche las capillas desiertas.

Tranquilo ya, recorrió otra vez con la vista las efigies todas, y, cautivado, detúvose en la del Nazareno. Era ésta la que más próxima tenía; veíala de frente y de costado á las demás. Consideró primero el traje y después el macilento rostro. Y volvió á notar lo convencional del criterio estético, observando el efecto sorprendente de realidad de los ojos de la imagen, que eran de cristal, ni más ni me-

nos que los de los animales disecados. Fuese que la luz de las velas se quebrara en ellos de modo especial, fuese que la densa sombra de la abundosa cabellera les prestase reflejos de agua profunda, el caso es que los ojos tan pronto despedían centellas, como semejaban á Diego velados por turbia cortina de llanto. Hasta llegó un instante en que de los lagrimales á las flacas mejillas creyó Diego, asombrado, ver deslizarse unas gotas, que al llegar á la negra barba se quedaron frescas y relucientes como el rocío en la tela de la araña campesina. Sintió impulsos de levantarse y contemplar de cerca el prodigio; mas al punto se calificó de necio rematado si tal hiciese. No creía en lo sobrenatural, y mejor que admitir que llorase un Nazareno de madera tuviérase á sí propio por demente y visionario. Sus ojos, deslumbrados por los hachones, y no los de vidrio de la imagen, eran causa del fenómeno. No obstante, mágica fascinación prendía sus pupilas á aquellas otras pupilas llorosas y mansas. Una especie de estremecimiento magnético le

hizo temblar de frío, y quiso dirigir la visual á otra parte; imposible; los ojos del Nazareno buscaban con empeño tal, preguntaban tan imperiosamente, que era fuerza contestarles. ¡Por vida de Diego! Lo que procedía era irse derechito á la efigie, mirarla de cerca, tocar su rostro de palo, sus ojos de cristal, y reirse después. Sí, esto era lo sensato, lo cuerdo, lo que cualquier hombre que tenga cables sus potencias opina á las doce del día, después de almorzar y fumando un cigarro. Pero á igual hora de la noche, sin haber cenado, cautivo en una iglesia solitaria, en compañía de un Nazareno á que alumbran cirios, es verosímil que el mismo hombre hiciese lo que Diego: levantarse con ademán brusco, pasar ante el Nazareno clavada la vista en tierra por librarse del imán de sus ojos y refugiarse en el interior del confesonario, cuyas paredes, de madera, caladas en un pequeño espacio por menuda rejilla, se interpusieron entre él y las imágenes, procurándole una especie de alcoba, dura y estrecha, sí, pero al cabo retirada.

Mas ni por sepultarse en tal escondite cesó Diego de tiritar y de sentir zumbido en las sienas, y dolorosa percepción del curso de la sangre por las venas de su cerebro. Al través de la apretada rejilla, parecía que los trágicos personajes del poema de la Pasión no estaban ya en sus andas, sino en el suelo, muy cerca de él, tocando con las murallas de leño de su guarida. Oía choque de corazas y espadas, sonar de cuantos de lanza sobre las baldosas, pasos trabajosos y desiguales, sordas imprecaciones, blasfemias cínicas, sollozos desgarradores arrancados de mujeriles pechos. Y también llególe el son de roncadas trompetas y destemplados atambores, y, de tiempo en tiempo, el choque mate de un objeto pesado contra la tierra. Parecía como si cantasen un coro á telón corrido; pero con tal maestría, que cada voz se destacaba aisladamente entre las demás sin romper el concierto: Diego se apretaba la cabeza y tapábase los oídos con las manos; mas de pronto las tablas del confesonario cesaron de interponerse entre su vista y el espec-

táculo que adivinaba: el telón subió, y apareció la escena.

No estaba Diego ya en la capilla, ni le alumbraban los pálidos blandones, sino que se encontraba en un camino que, naciendo en las puertas de torreada ciudad, faldeaba un montecillo, trepando por él hasta empinarse á la cumbre. Hirviente multitud ondulaba en el sendero, como flexible sierpe que colea; el sol, inflamado, rutilante en su zénit, pero de luz turbia y lívida, iluminaba sin regocijarlo el paisaje. Sus reflejos arrancaban vislumbres como de fuego y sangre á las armaduras, á los yelmos, á los hierros de lanza, á las águilas posadas en los pendones de la centuria de romanos jinetes que, indiferentes y marciales, arrendando sus briosos potros, daban escolta al cortejo. A ambos lados de la senda se enracimaban gentes del pueblo, mujeres y niños los más, que, llorando y plañendo, maltratados á veces por la cohorte, se unían al grupo central de la lúgubre procesión. Formaban este grupo los hoscos sayones, los siniestros y grotescos verdugos, que

bullían en torno de un hombre vestido con túnica nazarena.

Aquel hombre, cuyo rostro apenas se distinguía entre los copiosos y enmarañados bucles de su cabellera oscura, manchada de polvo y sangre, llevaba ceñida corona de espinas punzantes; sustentaba en sus hombros el árbol de enorme y pesada cruz, y sus piés descalzos y llagados pisaban dolorosamente los guijarros del camino. Apurábanle los sayones porque apretase el paso y llegase más presto al lugar del suplicio; cuál le descargaba fuerte puñada en los lomos; cuál le sacudía tremendo bofetón en la faz, ó le tiraba despiadadamente de los mechones del cabello. Diego miró con horror á los sicarios, y se lanzó hacia el grupo, deseoso de socorrer á la víctima; pero al alzar la mano para abrirse paso y apartarlos, halló que rodeaba su muñeca gruesa soga, pasada al cuello del reo. Entonces convirtió la vista á sí propio, y advirtió con espanto que tenía la propia semejanza y figura de uno de aquellos feroces jayanes. Desnudos llevaba como ellos pecho y espal-

da; sujeto á la cintura breve faldellín; pendiente del cinto de cuero una bolsa con martillo, tenaza y provisión de férreos clavos. Quiso entonces desasirse de la cuerda maldita; tiró, y logró solamente lastimar los lacerados hombros del reo, que exhaló suave quejido. Siguió su marcha la comitiva, y Diego, confundido con ella, mecánicamente, como paja á quien arrastran las ondas del mar. Andados algunos pasos, los piés de la víctima tropezaron en una cortante piedra y desplomóse sobre las rodillas, abrumado por la cruz. Intento Diego ayudarle á incorporarse; mas la soga volvió á rozar el herido cuello, y el reo á gemir.

Haciéndose cada vez más agría la cuesta, más grave el peso, aún vaciló y cayó, pero se sostuvo en las palmas de las manos; y entonces, como echase atrás la cabeza, apartáronse los descompuestos bucles y quedó patente el rostro maltratado y escupido, los dulces labios marchitos como pisoteada flor, la bella barba ahorquillada y rizosa, la cándida frente claveteada de espinos serenos abis-

mos de los ojos, que con ternura y paz miraban en torno de sí. Diego sintió como si le traspasase el corazón agudo y penetrante dardo, y las entrañas se le conmovieron y derritieron de pena. "Alzate, sigue", vociferaban los verdugos en una lengua extraña, que Diego entendía, sin embargo; y se precipitaron sobre el Nazareno para levantarlo de grado ó por fuerza. Cogido Diego en el vórtice del viviente remolino, extendió también los brazos y asió del reo á tuestas, según pudo entre la confusión; oyóse un clamor de agonía, contestaron á él las hijas de Jerusalén con histérico llanto, y Diego vió que las sienes de Jesús chorreaban sangre, y sintió en sus dedos un contacto blando, elástico, acariciador: enroscábase á ellos un rizo, arrancado de la frente del Nazareno.

.....
Despertóse Diego en su lecho, rodeado de solícitos amigos, que le velaban y cuidaban desde que le encontraron sin sentido y sin pulso sobre el frío pavimento de la capilla, delante de las andas.

Ya tornaba á la vida y había en sus mejillas color, en sus pupilas luz é inteligencia. Recobrándose poco á poco, incorporado sobre la almohada, fué recogiendo lentamente los sueltos cabos de sus recuerdos, y reconstruyendo lo pasado en su mente. Ensanchó el pecho respirando con desahogo, y murmuró:

—¡Qué pesadilla!

Mas en el instante mismo hubo de advertir algo delicado y sedoso, como piel de mujer, como suave pétalo de flor, que tocaba con la yema del pulgar y envolvía su dedo índice. Sus ojos quedaron fijos y dilatados, abierta su boca y paralizada su lengua. Aquella fina sortija en el rizo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
ANTERREY, MEXICO



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La dama joven</i>	5
<i>Por el arte</i>	107
<i>Morrión y boina</i>	163
<i>Las tapias del Campo Santo</i>	217
<i>El señor Doctoral</i>	239
<i>En el nombre del Padre</i>	259
<i>El mechón blanco</i>	281
<i>¿Cobardía?</i>	295
<i>El indulto</i>	309
<i>El rizo del Nazareno</i>	329

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OTRAS OBRAS

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS, Y QUE PUEDEN PEDIRSE A LA ADMINISTRACIÓN DEL «NUEVO TEATRO CRÍTICO», SAN BERNARDO, 37, MADRID.

MI ROMERÍA.—Forma un elegante tomo que se vende al precio de 2 pesetas 50 céntimos, y contiene el siguiente índice: *A Roma.—La romería en siluetas.—Una Salve.—Viaje de recreo... espiritual.—La Noche Buena en Roma.—La Iglesia Madre.—Gueños y gibelinos.—El fantasma blanco.—Los Santos novísimos.—Dos muertes.—Una audiencia y una grilla.—Un cicerone gratis.—Jornada florentina.—Una visita a San Antonio de Padua.—Loreto.—Acqua Virgine.—Don Carlos.—Confesión política.*

LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA (segunda edición).—Forma un grueso tomo de 453 páginas, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice: *I. Idea de este ensayo.—La naturaleza.—La raza.—La historia.—La autocracia.—El comunismo agrario.—Las clases sociales.—La servidumbre.—II. La palabra «nihilismo».—Orígenes de la revolución.—La mujer y la familia revolucionaria.—«Ir al pueblo».—Hertzen y Bakunine.—La novela nihilista.—El terror.—Policía y censura.—Orígenes de las letras rusas.—El romanticismo: los poetas líricos.—El realismo: Nicolás Gógol.—III. El poeta y artista Turguenef.—«Oblomovismo»: la pereza eslava.—El psicólogo y alucinado Dostoyevsky.—El nihilista y místico, conde Tolstoy.—Naturalismo francés y naturalismo ruso.*

DE MI TIERRA (GALICIA).—Forma un precioso volumen con portada de lujo, que se vende al precio de 5 pesetas, y contiene el siguiente índice: *Prologo.—La poesía regional gallega (Rosalia Castro).—El Padre Feijóo y su siglo.—La casa solariega de Feijóo.—Eduardo Pondal.—Valentín Lamas Carvajal.—Benito Losada.—El monasterio de Rivas de Sil.—San Rosendo y su monasterio, en Celanova.—El País de las benditas Animas.—El castillo de Sobroso.—Marineda.—¿Idioma ó dialecto?*

SAN FRANCISCO DE ASIS (SIGLO XIII).—Forma dos preciosos volúmenes, y se vende al precio de 10 pesetas en rústica y 12 con tapas de lujo. Contiene el siguiente índice: *La Edad Media y el siglo XIII.—Primeros años.—Aurora de la Orden.—El Apostolado franciscano.—San Francisco en España.—La Orden se constituye.—Primer corona.—Pasión.—Agonía, muerte, resurrección.—La Orden Tercera.—La Indulgencia de las Rosas.—San Francisco y la mujer.—San Francisco y la naturaleza.—La pobreza franciscana y las herejías comunistas.—La inspiración franciscana en las artes.—La inspiración franciscana en la ciencia.—Los filósofos franciscanos.—San Francisco y la poesía.*

OBRAS COMPLETAS
DE
EMILIA PARDO BAZÁN

TOMO I

LA CUESTIÓN PALPITANTE,

obra agotada hace tiempo y que acaba de ver la luz esmeradamente reimpressa, corregida y aumentada con Prólogo de la autora, Prólogo de la edición francesa y opiniones de la crítica francesa sobre el mismo libro.

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO II

LA PIEDRA ANGULAR

NOVELA NUEVA

PRECIO: **TRES PESETAS** EN TODA ESPAÑA

TOMO III

LOS PAZOS DE ULLOA

NOVELA

Los dos tomos, cuya primera edición se vendía á seis pesetas, en un volumen, al precio de

TRES PESETAS en toda España

TOMO IV

LA MADRE NATURALEZA

NOVELA

Los dos tomos de la primera edición en un volumen

TRES PESETAS Y MEDIA en toda España.

TOMO V

CUENTOS DE MARINEDA

EN PREENSA EL TOMO VI

POLÉMICAS Y ESTUDIOS LITERARIOS

Los pedidos á la Administración del NUEVO TEATRO CRÍTICO y OBRAS DE E. PARDO BAZÁN:

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRAL.

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

NUEVO TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Ha entrado en el segundo año esta publicación, *única en su género*, que ve la luz todos los meses en forma de elegante folleto, conteniendo de texto *ciento diez y seis páginas*. El NUEVO TEATRO CRÍTICO está redactado *exclusivamente* por Emilia Pardo Bazán, y además de publicar cuentos, novelas, descripciones de viajes y biografías de personajes ilustres, estudia y juzga detenidamente todo libro de importancia que aparece en territorio español ó hispanoamericano, así como los dramas y comedias que con justicia fijan la atención del público. Las personas deseosas de seguir la marcha de nuestras letras, especialmente en lo que corresponde á novela, historia, crítica y teatro, la encontrarán seguida paso á paso y reflejada fielmente en el NUEVO TEATRO CRÍTICO.

CONDICIONES DE VENTA Y SUBSCRIPCIÓN

Número suelto..... **1,50** pesetas.
Suscripción.—España: Un año.... **15** "
Colonias y extranjero; id..... **17,50** "

Los pagos deberán hacerse siempre adelantados, en letra ó libranza de fácil cobro.

La correspondencia administrativa, al Sr. Administrador del NUEVO TEATRO CRÍTICO, Ancha de San Bernardo, 37, principal, Madrid.

La correspondencia literaria y libros, á la señora D.^a Emilia Pardo Bazán.

BIBLIOTECA DE LA MUJER

DIRIGIDA POR

EMILIA PARDO BAZÁN

Interesantísima colección donde irán publicándose cuantas obras puedan servir para completar el conocimiento científico, histórico y filosófico de la mujer en todas las épocas y en todas las literaturas.

TOMOS PUBLICADOS

I. (Sección religiosa.)

Vida de la Virgen María, según la Venerable de Ágreda. (La primera edición se halla agotada ya.)

II. (Sección sociológica.)

La Esclavitud femenina, por John Stuart Mill, con extensa biografía y juicio crítico sobre este eminente filósofo inglés.

III. (Sección literaria.)

Novelas escogidas de Doña María de Zayas.

Seguirán á estos tomos: en la Sección biográfica, *Madama de Maintenon*, por el P. Mercier, de la Compañía de Jesús. — *Memorias de Madama de Stael*. — En la histórica: Las mujeres de la revolución francesa: I. *Las realistas*. — II. *Las republicanas*. — En la pedagógica: *La Institución de la mujer cristiana*, por Luis Vives. — En la novelesca: *Adam Bede*, por Jorge Elliot. — En la religiosa: *Vida de Santa Marcela* (una dama romana del siglo iv), por el P. Pauthe. — En la sociológica: *La Mujer ante el socialismo*, por Augusto Bèbel. — Y otras que se anunciarán á su tiempo.

La BIBLIOTECA DE LA MUJER se publica en elegantes tomos, con portada á dos tintas. Precio de cada tomo, **tres pesetas** en toda España.

Los pedidos á la Administración de las obras de Emilia Pardo Bazán, Ancha de San Bernardo, 37, principal, y en las principales librerías.



UA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS